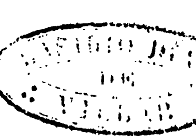


LA
CAMPANA DE LA TARDE,
ó
VIVIR MURIENDO.

NOVELA CUBANA

POR

Julio Rosas.



TOMO I.

—HABANA.—
IMPRENTA "EL ALTAR DE GUTTEMBERG."
1873.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO I.

I.

A Sentado á la puerta de una casita rústica fumaba D. Antonio un sabroso habano, legítimo de la Vueltabajo, y desgranaba mazorcas de maíz cuyos granos unos eran blancos como la crema de la guanábana, otros encarnados como la pulpa del mamey, y los más amarillos como el oro.

Á los piés de D. Antonio estaba echado un perro, negro como el totí, pero con manchas del color de la florecilla del *bonasí*. Sus ojos eran vivos, inteligentes, brillantes, y amarillos como las lucesitas fosfóricas de esos insectos volantes que

en el departamento occidental nombramos *aguaceritos*, y que el vulgo supersticioso del oriental departamento llamó *animitas* creyendo que las lucesitas de esos alígeros gusanillos son *almas en pena* que vagan por los aires en el silencio y entre las sombras de la noche.

El perro tenía cruzadas las patas delanteras la una encima de la otra, sobre las cuales descansaba su largo y humeante hocico. Á menudo elevaba sus grandes orejas, y olfateaba esquisitamente el aire. —Llamábase *Sab*. —Y porqué se llamaba así? Hé aquí porqué.

II.

SAB es el título de una novelita escrita por Gertrúdis Gomez de Avellaneda cuando apénas empezaba á fulgurar en el cielo de la literatura, en el que luego brilló con el radiante esplendor de los astros más refulgentes dejando tras sí una huella luminosa, una estela deslumbran-

te que, á despecho del transcurso de los tiempos, ni se estinguirá jamás, ni cesará de reflejarse siempre en los horizontes de los lejanos siglos de la posteridad.

Esa novela de cortas dimensiones es una de las primicias del talento jigantesco de la insigne poetisa; es una de las primeras notas desprendidas de su lira celestial; es una de las primeras bellotas de oro de su egrégia corona; es una de las primeras hojas del laurel de su inmortalidad.

El héroe de ese pequeño poema, *Sab*, es un mulato, y la accion tiene lugar en la pátria de la esclarecida escritora: —en el *Camagüey*.—Hay mucha verdad y poca invectiva en la citada produccion literaria: es un drama doméstico, una pájina de la vida íntima de la laureada novelista.

El buen Don Antonio había leido repetidas veces, y siempre con palpitante interés, esa historieta con cuyo desventurado protagonista simpatizára ardien-

temente, y, como testimonio de esa simpatía, deseando eternizar en su corazon el recuerdo del héroe de la novela, *Sab*, había bautizado con ese nombre salvaje, ya que no tenía hijos, al sér hasta entónces para él más querido: su perro, su compañero inseparable.

III.

El dia amanecía magestuoso, brillante, apacible, lleno de perfumes, armonías y embelesos.—Los últimos tintes de la aurora jaspeaban el cielo con todos los tonos intermedios de luz, desde el violado tierno hasta el carmesí deslumbrador, desde el rosado suave hasta el rosado púrpura.

Un sol claro y hermoso, un sol de abril y mayo, alzándose, gallardo y romántico, detrás de los palmares que decoraban soberbiamente el horizonte, bañaba la silvestre y libre naturaleza de Cuba envolviéndola en ligerísimas ga-

sas de oro, y lanzaba, á lo léjos, la sombra de las chocitas de guano, de los árboles cuajados de flores, y de las blancas torres, los aéreos campanarios, los rústicos palomares, los humildes *bujíos* de los esclavos, las casas de vivienda de los señores, las tápias del ignorado cementerio, y los demás departamentos de las plantaciones de cañas de azúcar.

La mañana era linda como la rosa purpúrea, salpicada de diamantinas gotas de rocío, que la vírgen enamorada sostiene en sus frescos y carminosos lábios. La mañana era alegre como el canto del *guajiro* que toca el *tiple* en la noche de sus bodas, como las argentinas carcajadas de la novia que teje con cándidos jazmines su corona nupcial.

Zumbaban los tornasolados insectos; volaban las aureoladas mariposas; piaban el solibio, el totí y el sabanero, la bijirita aceitunada y el azufrado chambergo, el mayito de la ciénaga y el canario del manglar, el sarapico amarillo

y el zorzal de patas coloradas, el carpintero verde y el carpintero jabado, el azulejo y el tomeguin del pinar; el naranjado cabrero y el arriero solitario, que gusta cantar en noches de luna; el sinsonte de variadísimos arpegios, y el bellísimo sunsun, silvestre, libre y fugaz, que la ciencia conoce con el nombre de *colibrí*, y que los indios llamaban *guaní*, pajarillo cuyos colores cambiantes reflejan todos los brillos metálicos.

Las flores se entreabrían á los halagos de la brisa matinal, brisa llena de frescura que, empapada de aromáticas y penetrantes emanaciones, mecía cadenciosamente todas las ramas.

Arrullaban la tórtola, la tojosa y la codorniz, murmullaban los arroyos, se quejaban las pencas de las palmas, y todos los rumores campestres formaban concierto arrobador.

IV.

Allá, en lontananza, en medio del silencio augusto y armonioso de la soledad de los campos, zumbaba el eco de una campana.

Aquel eco lejano, aquellas vibraciones metálicas, aquellas notas aéreas ondulando de montaña en montaña, se desprendían del rústico campanario de la ermita de la aldea cercana.

El pastoril santuario, escondido entre las arboledas de un collado como una paloma oculta entre las flores agrestes de un apartado peñasco, murmuraba misteriosamente, mediante aquellos tañidos solemnes del bronce sagrado, una plegaria, la plegaria de la oracion de la mañana que parecía elevar hasta Dios la aérea cruz que, señalando el cielo, se alzaba en la parte mas alta de la torre como si quisiera bañarse en el esplendor

de la primera aureola del sol naciente y en la úlima vislumbre del moribundo sol.

V.

Aquella solitaria cabaña de pencas y *yaguas* de palmas, ceñida de amorosa yedra y de lozana y retorcida parra, rodeada de un huertecillo donde se cultivaban coles, lechugas y rabanitos rosados, situada en la pintoresca vertiente de una risueña colina, se escondía poéticamente en un pomposo bosque de árboles frutales que brindaban zapotes más dulces que el panal de miel, anones de deliciosa crema, mameyes de pulpa gratísima como el néctar de las flores y roja como la escarlata, sabrosas chirimoyas, aguacates verdes y morados, poma-rosas de aroma agradabilísimo parecido al perfume del boton de rosa, granadas de granos purpurinos

como el rubí, caimitos blancos y rosados de carnosidad azucarada, cocos de urnas verdes como la esmeralda y agua fresca como las cristalinas linfas de los manantiales en las primeras horas de la mañana, magníficos tamarindos de sabor ácido pero agradable, guanábanas de sustancia pulposa almibarada y blanca como la flor del lirio San-juanero, canisteles naranjados como el clavel de Indias, ciruelas de diferentes clases, mamoncillos de carnosidad astringente, acorazonados marañones de zumo agridulce, plátanos amarillos como la flor del aromático sambuco, guayabas del color del ramillete del aroma *mimosa*, mangos del color de la índica pitajaya, y naranjas del color de las espigas de la planta de los jardines llamada *plumilla de oro.*

VI.

Cercaba el huertecillo un vallado de piedras por las que trepaban la cambustera punzó, el piñon silvestre, el *guaniquí* de las glorietas y emparrados, el bejuco de *borococo* cuyas perladas flores se abren repentinamente por la tarde con agradable estallido, y los aguinaldos blancos y azules que formaban cortinas de indianas enredaderas.

Un almendro de peregrina apariencia sombreaba la puerta de la pajiza casita templando el ardor del sol tropical.

Delante se estendía una *guarda-raya* de aromáticos mangos que, entrelazando sus ramas, formaban galería de arquitectura campestre.

Detrás de la choza había un corral donde la gallina de Guinea dejaba oir su *pacuá*, *pacuá*, *pacuá*, y el pavo-real su canto monótono y desapacible; donde las gallinas llamaban con su *cló*, *cló* á

sus polluelos que hacían coro con su *pío, pío;* y donde cantaba el sultan de los corrales, y balaba la mansa oveja, y arrullaba la cándida paloma.

Junto al corral había un establo en el que mugía una vaca que, acercando, á menudo, el hocico humeante á su ternerito, lo acariciaba lamiéndolo una y otra vez.—Al rededor del corral se estendían un platanal, un cocal, un guayabal, y más allá maizales, tomatales y boniatales.

Atravesaba el limpio huertecillo, saltando sobre las piedrecillas azules y formando espumosas y tornasoladas cascaditas, un arroyo de claras linfas, esmalte nacarado y quejumbroso murmullar, que arrastraba en sus cristales las hojas secas y las flores marchitas que desprendía el terral de la mañana, y se ocultaba románticamenle al pié de una espléndida seiba.

VI.

Desde aquella bonita heredad se contemplaban lindos paisajes.—Al oriente, la mar azul, no rizada por la mas ligera brisa, y salpicada á aquella hora de velas blancas que parecían alcatraces, gallaretas, guariáos, y gaviotas gigantescas deslizándose por un inmenso é inmóvil lago.—Al mediodía, una cordillera de montañas, á cuya pié, un rio, manso y ondulante, á los reflejos del sol despedía chispas de plata deslumbradora, y retrataba en su espejo las nubecillas, los pájaros que surcaban la atmósfera, el azul del cielo, los arbustos, los bejucos, las flores silvestres de sus riberas, y la dilatada cortina de querellosos bambúes que se estendían á uno y otro lado de su lecho de esmeralda, formando tupido y agreste velo, impenetrable á las impúdicas miradas que intentaban sorprender, en su casto abandono, las seductoras for-

mas de las pastorcillas que se bañan en aquellas límpidas aguas.

Al lado opuesto del mediodía, selvas impenetrables, llenas de salvaje magnificencia.—Al lado en que el pálido sol se oculta al caer la tarde, dilatados cañaverales semejando un océano de verdes aguas, sobre las cuales se elevan las torres de los molinos de cañas de azúcar. Y por todas partes, en el monte y en el llano, en los barrancos y en los desfiladeros, en los plantíos y en las sabánas, en las playas del mar y en las orillas del rio, se alzan enhiestas y magestuosas, gallardas y elegantes, las indianas palmeras, columnas de la naturaleza cuyas cúpulas de verdor inmortal parecen elevarse hasta el cielo.

VIII.

Don Antonio era feliz, si es que la felicidad existe en la tierra.—Había naci-

do en aquella heredad, fruto del trabajo de su padre; y su laboriosidad y economía habían aumentado su capital. Poseía escelente corazon: nunca la infelicidad llamó en vano á la puerta de su cabaña; era el paño de lágrimas de todos los pobres de la comarca.

No le gustaban los *guateques*, ni las *peleas de gallos*, ni el *juego del monte*, ni las cacerías,ni las corridas de *patos*, ni las férias, ni las *loterías*.

Su trage era el del *guajiro*.—Sombrero de yarey de anchas alas, camisa por encima del pantalon para sentir más el fresco, pañuelo de seda ó algodon al rededor del cuello apénas anudado por delante y con las puntas flotantes, zapatos de venado con espuelas.

Contra la costumbre de los guajiros no llevaba machete de concha de plata pendiente del cinturon, ni empuñaba el infamante látigo para hacerlo crugir sobre la ensangrentada espalda del esclavo.

IX.

Su vida era metódica, sobremanera higiénica.—Levantábase con la primera luz del alba; bebía un gran vaso de leche al pié de la vaca por él mismo ordeñada; dirigía los trabajos agrícolas; echaba maíz á sus gallinas y palomas; presenciaba la limpieza de los establos y corrales; examinaba el palomar, los *chiqueros*, la conejera, la vaquariza, la cabreriza, la caballeriza, la casa de tabaco, el almacen de café, los *bujíos*, la huerta, el jardincillo, la bomba del pozo, la nória de la represa, el *tendal ó secadero* donde se pone al sol el café cosechado para que se seque; el *molino* de *pilar*, movido por bueyes ó mulas, donde se despoja el grano de su cáscara; y el *molino de aventar* cuyas aspas, al moverse, hacen volar la cáscara y el polvo del café.

Recorría tambien el *potrero*, el palmar, los maizales, boniatales y arrozales, las *tablas de yuca*, el cañaveral de caña *criolla* ó de la *tierra* cuyo ondeante movimiento semejaba un pequeño lago de aguas verdes, los *conucos* de los negros, todos los plantíos en fin, especialmente los cuadros de café sembrados por su padre, cafetos cuyas cerezas de rubí ó coral resaltaban pintorescamente entre las hojas verdes y lustrosas.

Llegaba hasta el colgadizo del molino de maíz que en el lindero de la finca era movido, á impulsos del viento, por las aspas colocadas en una bonita torre, y, en tiempo de las aguas, por un arroyo que las lluvias torrenciales convertían en riachuelo.

A las nueve, la campana de la finca anunciaba la llegada de la hora del almuerzo.

Despues del sencillo desayuno volvía á sus tareas agrícolas.

Unas veces ayudaba á sns negros con

el machete ó la *guataca*, otras veces se ponía á leer á la sombra de un árbol. Gustábale sobremanera la lectura, siendo su lugar favorito, para gozar ese placer, un bosquecillo de bambúes ó *cañasbravas*, cuyos penachos gigantescos, flecsibles y flotantes, gimiendo dulcemente, le servían de quitasol.

A las doce se bañaba en la casita de la represa.—Después del baño saboreaba refrigerantes frutas.—Comía á las tres; continuaba sus quehaceres; y al toque de la oracion interrumpía el trabajo.—Tomaba otro vaso de leche; se sentaba en una *butaca* para tomar el fresco de la noche, ó se paseaba por el *colgadizo* fumando escelentes habanos, ó leía algunos libros á la luz de la lámpara.

A las ocho en invierno,y á las nueve en verano, se entregaba al sueño, dormía profundamente como duerme todo hombre honrado, y se despertaba al toque del *Ave-María*.

Los sábados por la tardecita cuando

el viento traía hasta allí el eco fugitivo de la campana vespertina que, ántes de tocar la oracion de la noche, tocaba á salve, se dirigía á la aldea, montado en su caballo criollo, seguido del mulatico Julio y de su perro Sab, regresando á su finca después de oida la salve.

Los domingos por la mañanita cuando la brisa llevaba en sus alas el alegre clamor del repique de las campanas que llamaban á misa, volvía á la hermita, y despues de la funcion religiosa, sin detenerse en la plaza, ni en los portales, ni en las tabernas del camino, regresaba á su finca con el corazon satisfecho, risueño el semblante y tranquila la conciencia.

¡Vida empapada de santa sencillez, vida austera como la de los primeros romanos de la antigüedad cuyas costumbres aún no habían sido corrompidas por el lujo y la holganza!

No sería tan malvada la sociedad si presentára muchos ejemplos como el de

este silencioso obrero de la paz y apóstol desconocido de la virtud......

—No soy aficionado á los *changüís* ó *guateques*,-decía á menudo,-porque son bailecillos donde se reune la gentualla á bailar á estilo de *cuna*. Me agrada el baile; deliro por la danza, pero no como la bailan los negros y los mulatos, sino como la bailan las personas finas.

—Tampoco soy aficionado á las bárbaras corridas de patos, [añadía repitiendo de memoria las palabras que había leido en un libro,] porque en esas bárbaras diversiones el hombre mata con martirio lento á un pobre animal manso é indefenso que amarrado de piés ni aún puede oponer la agilidad á su inhumano verdugo.

—Detesto las peleas de gallos porque hacen del labrador un haragan que, en vez de dedicarse al cultivo del campo, pasa el dia, con los brazos cruzados, en las tabernas del camino, en los billares del pueblo, ó en los portales de les cafe-

tines, hablando siempre de gallo. Todo gallero es vicioso, es perjudicial á su pueblo, á su familia, y á sí mismo.

—Yo no estoy por el *juego* porque las casas de juego son la guarida de los hombres ociosos, la escuela de corrupcion para la juventud, el sepulcro de la fortuna de las familias, y el orígen funesto de la mayor parte de los delitos que infestan la sociedad. Yo veo que en todos los paises la ley persigue al juego; yo veo que ningun jugador quiere que su hijo sea jugador; luego el juego es un mal.

—No me gustan las férias porque no se parecen á las de otros paises. En esta tierra las férias son pretestos para jugar al *monte*, á la *roleta* y al diablo. Yo he aprendido de memoria estas palabras que ha escrito un cubano de mucho talento y que no me canso de repetir siempre que hablo de este asunto: "Que el pueblo baile y cante, que meriende y se pasee, racional y provechoso

es; pero que casi nunca se oiga sonar una cuerda, ni se vean reunidas diez ó veinte personas sin que tropecemos con el vergonzoso espectáculo de una mesa de juego, cosa es que jamás se debe tolerar. Nada importa que estas prácticas viciosas quieran cubrirse con el velo de la religion, ó con las apariencias del bien público. Ni aquella, ni éste., deben sostenerse con tan infames recursos, pues cada moneda que á nombre del juego entra en el santuario ó en las arcas públicas, es una profanacion del mismo sér á quien se tributan, y una ofensa mortal que se hace á las leyes y á las costumbres. Tales juegos son muy peligrosos, porque espuestos á la vista del público, acompañados casi siempre de la música ó del canto, concurridos de nuestras señoritas y matronas, de nuestros jóvenes y ancianos, y exentos del aire sombrío que cubre las casas permanentes de juego, estimulan y halagan á muchos que en otras circunstancias no se

atreverían á pisar ni aún sus umbrales. Si examináramos la historia de los individuos que han caido en vicio tan detestable, descubriríamos que en esas férias fué donde muchos de ellos dieron los primeros pasos. Empezaron quizá por mero entretenimiento, ó por satisfacer una curiosidad; pero asaltándoles después el deseo de ganar ó de reparar las pérdidas; y aumentándose este deseo con aquella especie de grata sensacion que causa la incertidumbre de los lances de cada juego, porque si bien atormenta, complace el espíritu, fueron formando poco á poco el hábito, y encendiendo una pasion que ya no pueden reprimir. Las férias son las escuelas donde la incauta juventud hace las más veces su funesto aprendizage."

—Tampoco estoy por las loterías de carton. Yo tengo un libro que dice:—"Si el artesano pierde hoy á la lotería, todo ó parte de su salario ¿con qué se sostendrá mañana? ¿cuáles no serán las ten-

taciones que le asaltarán, y cuáles los pasos que no dará para ponerlas en ejecucion¿ Si gana, el mal no es por eso ménos grave. El trabajo es una virtud que solamente se practica, ó por el placer que esperimenta el espíritu, ó por los recursos que proporciona para satisfacer las necesidades de la vida. El trabajo intelectual no debe medirse por la misma escala que el trabajo mecánico, pues siendo éste casi siempre récio y penoso, no produce los placeres deaquel. El artesano y el jornalero que empiezan su faena desde que raya el dia, y sufriendo privaciones y angustias no la acaban hasta que se pone el sol, no pueden continuar su género de vida tan trabajoso, sino instigados del hambre y la desnudez. Así es, que siempre están dispuestos á trocar su condicion presente por otra que á sus ojos sea más facil y llevadera. ¿Y no es bastante seductora la del juego de lotería¿ La idea sola de que divertidos, y sin esponerse á

ninguna pena legal, pueden ganar cinco pesos en el corto espacio de pocos minutos, es suficiente para entibiar en unos el amor al trabajo, é inspirar en otros el ódio á esta virtud. —Muchos pobres é hijos de familia que no se atreven á entrar en una casa de juego, porque carecen de tres ó cuatro pesos, juegan á las loterías, pues con *medio* ó con un *real* pueden comprar un carton y divertirse: y si se considera que tan corto capital es á veces premiado con algunos pesos, entónces se conocerá que el corazon humano debe sentir en tales juegos los impulsos de una pasion que constantemente le arrastra. Y como si estos atractivos no fueran suficientes, todavía se procura acalorar la imajinacion, halagando los sentidos, pues las cifras y colores de los cartones con que se juega, el aparato de un globo puesto en contínuo giro por la mano de un jóven sentado en un lugar prominente, y el canto á veces agradable con que se procura

deleitar á los circunstantes, son estímulos tan fuertes para la muchedumbre, que ni la inocente puericia, ni tampoco la mayor edad puedan resistirlos."

—Tampoco apruebo esa multitud de dias festivos y diversion que en ellos se ofrece al pueblo pues yo he leido en un libro estas palabras que tambien he aprendido de memoria:

"¿Habrá quien pueda negar, que las festividades son los dias en que muchos se dan al juego y á la embriaguez, al torpe amor y otras licencias que la moral y las leyes severamente condenan? ¿No son ellas los dias en que jornaleros y artesanos dejan sus tareas, no para ir al templo á rendir adoraciones á su Creador, no para quedarse en sus casas ó divertirse inocentemente después de haber llenado los deberes de la religion, sino para sacrificar en una hora todo el fruto de la semana, envolver á sus familias en el dolor y la miseria, y corromper con su ejemplo á las demás clases laborio-

sas? ¿No son las festividades las que sirven de pretesto para que hombres y mujeres corran á bandadas de barrio en barrio y de pueblo en pueblo, no en bus ca de las vírgenes de Regla y de Candelaria, de S. Pablo y de S. Antonio, ni de otros tutelares á quienes invocan para profanar, sino en pos del juego y del escándalo? ¿No son las festividades las que arrancando el arado de las manos del labrador, le arrastran con su familia á la parroquia rural, y allí le fuerzan á hacer el sacrificio de su fortuna, de su honor y de cuántos objetos le son caros?"

"Es imposible que puedan existir por más tiempo tantos vicios y desórdenes. La religion profanada se cubre con un velo y huyendo de nuestra vista, abandona hasta el santuario. Si queremos aplazarla, y que vuelva á nuestros templos, es menester que purifiquemos sus sus altares, manchados con nuestras manos; pero esta espiacion no puede hacerse sin cerrar para siempre sus puertas á

la irreverencia y al escándalo. Ellas existirán miéntras existan tantos dias festivos."

—No me gusta la cacería porque me inspira lástima matar la cándida paloma, la simpática tojosa, la inocente perdiz, y tanto lindo pajarillo que con sus trinos, colores y reflejos, son la alegría y el encanto de los bosques. Las aves perjudiciales son las únicas que me agrada cazar. Los gavilanes que arrebatan á las gallinas sus polluelos; los chambergos que hacen estragos en los arrozales sobre los que caen en bandadas como una plaga: los pitirres que dañan á las colmenas; los totíes que tanto daño causan á los frutales, á los arrozales y otras siembras; los mayitos que no solamemte comen el arroz y agujerean las mazorcas de maíz para comer el grano en leche, sino que aposándose en las espigas aún tiernas, quebrantan éstas é impiden la madurez;] las carairas que destruyen aves, pájaros y lechones reciennacidos;

los caos dañosos por la destruccion de plátanos, y semillas recien enterradas; y los carpinteros jabados que pican las frutas maduras, son las únicas aves que persigo con mi escopeta por la sencillísima razon de que son perjudiciales al labrador.

Tambien persigo al *majá*, tan dañino en los gallineros y palomares y tan comedor de lechoncitos;—á las ratas y á los *guayabitos* por el daño que hacen en los muebles, en la ropa, en los víveres, en los cañaverales, en el maíz, en el palomar y en el gallinero; y al *veguero*, al *cogollero*, al *cachazudo* y á todos los gusanos que perjudican á las vegas.

Tambien persigo á la hormiga *loca*, enemigo de las labranzas y del hombre; –á la *bibijagua*, el más destructor de todos los animales pues en una sola noche concluye con las esperanzas del labrador;–y al *comejen*, ese insecto que ataca las maderas.–A la lechuza y al *áura* no las persigo porque el *áura;* como

aconseja un sábio cubano, es acreedor á la proteccion general, pues desembaraza las poblaciones y el campo de inmundicias perjudiciales á la salud; y porque la lechuza, aunque come pollos y pichones, es un daño insignificante en comparacion del servicio que presta, pues si registramos su dormitorio veremos que la mayor parte de los restos de sus presas consistirá en huesos de ratas y ratones. —Como labrador no persigo sino á los animales que hacen daño al labrador: como hombre no ódio sino los vicios. Si el destino me hubiese hecho gobernante, con el libro de la ley en la mano, persiguiría tenazmente á los viciosos; y si Dios me hubiera dado talento escribiría muy *bravo* contra los viciosos.

X.

Dotado de carácter alegre, le gustaba en el dia de la semana que Dios consa-

gró al descanso, *escobillear* el *zapateo* con las *guajiritas* mas graciosas, y cantar al son melodioso del tiple, los *Cantos del Siboney* y las décimas del *Cucalambé* que hacía aprender á los labradores y á las muchachas á quienes obsequiaba con quesos de sus cabras y ramilletes de sus flores.

D. Antonio tenía treinta años, y aún no se había casado porque su corazon, enamorado de todas las muchachas, no sabía á cual elegir.

—Quién fuera sultan,—decía riéndose,—para casarme con *toditas*.

Si *Quilla* le gustaba por el arco airoso que dibujaban sus cejas, por su boca de carminados lábios y por el puro dibujo de sus mejillas pálidas, tambien le gustaba *Nonó* por sus ojos bañados en un tinte melancólico de indefinida sensibilidad.—Si le gustaba *Nena*, la hija de *D. Magdaleno* el arriero, porque tímida bajaba confusa y ruborosa los ojos cuando le hablaban, tambien le gustaba *Chucha*,

la hija de *D. Matilde* el boyero, por su viveza, su soltura y gracia salvaje.—Si *Yeya* era bonita como la flor del aromático guayabo, tambien *Ñica* era bonita como la flor de la pitajaya amarilla.—Si Mónica la hija de D. Santiago el sitiero, era alegre como los aguinaldos y los villancicos de Noche-Buena, tambien *Chichita*, la hija de Juanillo el *guarda-candela*, era alegre como el aleluya del sábado de Gloria.—Si *Loló* enamoraba por su tez trigueña, tez que el aire de la montaña había tostado, tambien *Bibí* enamoraba por su tez nacarada como las azucenas.—Si *Loloyanda* tenía talle flecsible como la caña de azúcar, *Goyita* tenía talle flecsible como la *cañabrava.*—Si *Panchita* encantaba con sus ojos-negros como el pájaro *totí*, tambien *Colasita* encantaba con sus ojos azules como la flor del *embeleso.*

Llegó un dia—dia cuya aurora es la primera pájina de esta novela,—en que el corazon de D. Antonio dejó de ser in-

constante, en que la veleta de su volubilidad se detuvo para no moverse más. Plegó sus alas la mariposa para posarse en el cáliz de una púdica flor.

- -

Pero no nos anticipemos—Volvamos á la primer hoja de esta historia que hemos interrumpido para bosquejar el carácter de D. Antonio y describir brevemente la situacion de su rústica vivienda.—Fijemos otra vez la atencion en la primera escena del triste drama que estamos desenvolviendo, escena en que el campesino que hemos nombrado se nos presenta sentado á la puerta de su cabaña fumando y desgranando mazorcas de maíz.



CAPÍTULO II.

I.

El perro Sab que estaba echado á los piés de D. Antonio, alzó las orejas, olfateó el aire y empezó á ladrar.

Acababa de entrar en la guarda-raya de mangos que conducía á la casita, una carreta enramada con pencas de coco y tirada por bueyes del color de la canela con manchas blancas, cuyos tarros adornaban espigas de güin y bejucos con florecillas azules llenas de gotas de rocío que parecían temblorosos diamantes sobre terciopelo azul.

—¡Calla, perro!—gritó D. Antonio deteniendo al fiel centinela de su casa que quiso correr hácia la carreta.

II.

En aquel momento se presentó en el colgadizo una mulatica linda como la flor de la balsamina.

El nombre de la mulatica era armonioso y salvaje: se llamada *Abebí.*

Apénas frisaba en los trece años y ya sus formas, que parecían modeladas por un estatuario, estaban completamente desarrolladas.

Sus ojos mas negros que las plumas del totí quemaban con sus miradas tropicales, y por sus lábios, rosados como la clavellina que crece á orillas de los rios, rodaba siempre una sonrisa más dulce que el néctar que las abejas y los sunsunes estraen de la flor del *macorí*, dejando ver sus dientes blanquísimos como el alelí de las sabánas, como los olorosos ramilletes del *maraya*, como la solitaria flor del almendro.

III.

—¡Bendito sea Dios que al fin me trae á mis amigos!—esclamó D. Antonio colocando un taburete al pié de la carreta, enramada como en las romerías del dia de fiesta.

—¡La paz de Dios sea con V., D. Antonio!— dijo una voz débil como la de un enfermo.

—Buenos dias, D. Antonio,—añadió otra voz que parecía modulada por una mujer.

—Buenos dias, D. Antonio,—añadió otra voz argentina, dulce y fresca como la de una niña.

—Vamos, apéese, D. Rafael. *Abájese* V. primero. ¡De seguro que ya V. no se bambolea y que está firme como el ácana! Esas aguas de azufre le habrán devuelto la salud.

Y miéntras así hablaba daba la mano á

Don Rafael que bajaba lentamente diciendo:

—¡Ay amigo! Los achaques no me quieren dejar. Los baños calientes no me han puesto bueno porque Dios no quiere que me ponga bueno. ¡Cómo ha de ser, *camará*! Es preciso tener *pacencia*! Ya mis dias estarán *cumplíos*, y es menester que se cumpla la veluntad del que está allá arriba.

—Qué está V. diciendo, Don Rafael? Si todavía V. á de ir á mi entierro, y eso que yo estoy fuerte como la seiba que da sombra á la iglesia del pueblo.

—*Abájese* V. ahora, Doña Mariquilla, —añadió Don Antonio dando la mano á una mujer de treinta y cinco años, de regulares facciones, y cuya palidez revelaba su sufrimiento moral.

—Ahora tú, Angelina,—dijo el buen hombre ofreciendo la mano á una jovencita de catorce años, vestida de muselina blanca, de tez trigueña, y linda como el lirio de San Juan.

—Gracias, D. Antonio, dijo Angelina con voz plateada y dulcemente simpática.

—¡Jesus, muchacha! que crecida estás ya! Cuánto has cambiado en los dos años que hace no te veo! Bendito sea Dios que tales cosas cria!

—Asegúrese bien, D. Rafael, y vamos despacito á casa para beber café y fumar tabacos de la Vueltabajo miéntras charlamos. Les tengo preparado un almuerzo....qué almuerzo tan *criollo*, *camará*! *Casabe* blanco como la leche cuando sale de la ubre de la vaca, un *tasajito* que resucita los muertos, *picadillo* con arroz blanco, y un lechon tostado con hojas de guayaba y humedecido con un *mojito* tan sabroso que nos vamos á chupar los dedos. Y al medio dia comeremos *ajiaco*, aporreado de vaca, *guisito* de maíz, *tamal* de *cazuela*, *majarete*, tortillas de S. Rafael, y arroz con leche y flores de azahar. A divertirnos, D.ª Mariquilla, y fuera penas que este mundo

otro lo ha de heredar, como decía un cómico muy gracioso la noche que representó *El médico á palos* el dia de la procesion del patrono del pueblo.

Y miéntras así hablaba se dirigía á la blanca casita por la calle de aromáticos mangos cuyas ramas entrelazadas formaban una galería de arquitectura campestre.

Y junto á él iban Dª Mariquilla y la mulatica Abebí que radiante de alegría decía á la jovencita que sonreía cariñosamente y miraba con ternura á la graciosa esclava:

—¿Cómo está su *mercé*, niña Angelina? Qué bonita se ha puesto! A qué ya su *mercé* tiene novio? Pues nó! ya se vé! tan bonita! ¡Ave María, niña! qué grande está ya! Dios la bendiga!

—¡Calla, mulatica!—interrumpió Don Antonio.—No seas bruta! grandes son los caballos.

Y en esto llegaron al colgadizo de la casita seguidos tambien del perro Sab

que, moviendo el rabo, ladraba con cariño como si quisiese saludar á los recien llegados.

IV.

En el momento de llegar al colgadizo, un esclavo, que arreglaba el comedor, sacó de la sala una butaca en la que D. Antonio hizo sentar á D. Rafael.

Aquel esclavo era un jóven mulato, bien formado, hermoso, que había nacido allí, y allí se había criado con *Abebí* á la que amaba ardientemente.

El mulato se llamaba Julio. Tenía diez y seis años. Sus movimientos eran vivos, rápidos; sus dientes preciosos, sus lábios finos y rosados, su nariz recta, y sus ojos negros y brillantes, orlados de luengas pestañas.

A menudo Julio derramaba miradas empapadas de amor sobre *Abebí*, que saboreaba deliciosas emociones al sentir el fuego dulcísimo, la influencia mag-

nética de aquellas miradas que encerraban un poema de cariño inmortal.

V.

Seguían al enamorado Julio, cada uno con un taburete, dos negritos y dos mulaticos, bonitos éstos, graciosos aquellos, todos risueños y vivarachos, vestidos con una larga camisa de listado.

Retiráronse Julio y Abebí seguidos de los cuatro *criollitos*, y á poco volvieron los dos primeros sosteniendo en cada mano una taza llena de humeante y aromático café, ya endulzado, que repartieron, el mulatico Julio á D. Rafael y á D. Antonio, y la mulatica á Angelina y á Dª María.

Miéntras estuvieron gustando, á sorbos, el delicioso café, cosechado en aquella finca, y miéntras celebraban la belleza y la frescura de la mañana, el olor de las flores y el himno de los pájaros, Julio y Abebí se sonreían y se miraban

como se miran y se sonrien los novios.

Lleváronse las tazas los jóvenes esclavos, y volvieron de allí á poco, Abebí, con una bandejita charolada llena de tabacos que aceptaron todos ménos Angelina que no fumaba, y Julio, con un brasero de cobre luciente donde brillaba un carbon encendido.

—Abebí,—dijo D. Antonio,—lleva á Angelina al jardin para que te ayude á coger flores para adornar la mesa, y tú, Julio, dile al *contramayoral* que hagan faena hasta las ocho, que hoy no es dia de trabajar sino de bailar y tocar el *tambor*.

Corrió el mulatico Julio á dar, alborozado, la noticia á la *gente*, y corrieron al jardin Abebí y Angelina, enlazadas de las manos como dos amores.

VI.

Así quiso D. Antonio solemnizar aquel dia que fué para él un dia de secretas

delicias, de dulces transportes......

D. Antonio se había enamorado de Angelina como no se había enamorado nunca...........

VII.

Angelina tenía catorce años.

Su hermosura era una hermosura encantadora.—Sus mejillas eran doradas como las espigas del mes de Julio. ¡Color trigueño delicioso, arrebatador, fascinante!—Su frente, sonrosada por el púdico rubor; sus cejas, dibujadas á pincel; sus ojos, negros como los de la mulatica *Abebí*, y ya sabemos que los ojos de ésta jóven esclava brillaban con un color más negro que las plumas del *totí*.

Los dientes de Angelina eran blancos como la flor del *maboa*, como la crema de la guanábana, y sus lábios rojos como la flor del *pitajoní*, como la flor del *copey*, como la flor estrellada de la *peregrina*.

Su talle era talle de mariposa; su pié, pié de niña. Había en su voz un no sé qué tan meloso, tan dulce, tan cariñoso! Había en la pureza virginal de sus facciones un no sé qué tan melancólico, tan simpático, tan lleno de seduccion!

Angelina era linda, tan linda que los poetas habrían dicho al contemplarla que la trigueña Angelina era preciosa como el rubí, como la perla, como el diamante, como una rama de florido mirto, como la flor del macorí.

VIII.

Abebí, una vez en el jardin, á medida que arrancaba rosas, flores y ramitos de plantas aromáticas para formar ramilletes, iba diciendo con gracia encantadora:

—Aquí, niña Angelina, hay jazmin de Italia, jazmin de Arabia, jazmin del Cabo, jazmin del Malabar ó Pompon, jazmin de Cuba ó criollo; *brujas* blan-

cas, amarillas y rosadas; *moyas* moradas y de muchos colores; verbenas punzóes y azules; rosa–mosqueta, rosa–miniatura, rosa–té, rosa–bellavista, rosa de Alejandría, rosa de Jericó, rosa de Bengala, rosa de Mahon, rosa alabastro, rosa de cien hojas, rosa Borbon, rosa Pompon, rosa Napoleon; malva-rosa, que no dura sino un dia y que cambia tres veces de color pues por la mañana es blanca, luego pasa á rosada, y por la tarde es purpurina; *coral ó coralillo*, que tiene las semillas durísimas, rojas y lustrosas, con las que las negritas y yo hacemos sartas para collares; la flor de la *campana* que al salir el sol se marchita y por la tarde se anima; *galan de dia*, de flores blancas en figura de clavo, mas olorosa de dia que de noche; *galan de noche*, de flores blancuzcas, como jazmines, que perfuman el aire por la tarde y por la noche; *panetela*, que se llama así porque sus hojas huelen á panetela; *hinojo*, que es tan oloroso cuando se masca; *chamberga*, de

color de ladrillo; *banderilla roja*; clavel de los Cartujos, clavel de los Alpes, clavel de Mompeller, clavel de China, claveles blancos, amarillos, violados, encarnados, rosados y carmesíes........

Abebí, siempre risueña, siempre juguetona, siguió nombrando numerosas flores entre las cuales citaba las de la mata de *Júpiter*, moradas ó rosadas, encrespadas en ramilletes; —la *malanguilla*, flor singularísima, pues segun la describe Estéban Pichardo, representa una guardabrisa trasparente, abierta longitudinalmente y figurando en su interior una vela blanca marcada de dibujos ó grabados de rositas;— la flor de la *pitajaya*, que abre y esparce sus aromas al ponerse el sol y que muere cuando él nace;— la flor de las *buenas-tardes*, amarilla, llamada así porque se abre al caer la tarde;—la flor de *páscua* cuyas ramas en sus estremidades tienen color rojo y hermoso cuando se aproxima la Páscua de Navidad y contrastan con el

verde de las otras y el amarillo de las flores;—la flor de la *nieve*, cuyas hojas grandes se cubren al amanecer de gotas cristalinas que deslumbran con el sol;—la *sensitiva* ó *moriviví* nombrada tambien *vergonzosa*, *dormilona y adormidera*, por que encoje sus hojas y ramas cuando le tocan;—y la *inmortal* ó *viboro*, de flores colgantes, arbusto admirable por sus hojas, que separadas de la mata y léjos de la tierra, colgadas en parages sombríos, siguen vegetando y reproduciéndose por su borde.

Luego que la mulatica Abebí y la trigueña Angelina rebosaron el *catáuro* de rosas, flores y ramitos de plantas aromáticas, se sentaron sobre la yerba para hacer primorosos ramilletes, rientes y maliciosas como dos colegialas en un domingo de vacaciones.

Cuando concluyeron su *florida* tarea corrieron hácia el colgadizo, lijeras como dos venados, con la cabeza, el seno y la cintura adornadas de flores, y osten-

tando en cada mano un lindo ramo que empapaba la atmósfera de gratísimos aromas.

En aquel mismo momento las vibraciones metálicas de la campana de la finca daban la señal del descanso, que fué acogida con esclamaciones de júbilo por los negros.

IX.

Media hora despues se sirvió el almuerzo á la sombra del almendro de espeso ramaje que sombreaba la puerta de la casita, y entre dos naranjos tan llenos de azahares que el suelo estaba alfombrado de esas olorosas flores que caían ya á impulsos de la brisa, ya á impulsos del movimiento ocasionado por el vuelo de los pájaros.

El aroma de esos azahares se mezclaba con el perfume que se desprendía de los canastillos de frutas y de los ramos de flores que adornaban la mesa.

El mantel era de blancura deslumbrante.

La inocente alegría, la dulce cordialidad, presidían aquel banquete doméstico, aquel festin campestre, servido por los *criollitos* bajo la direccion de Julio y Abebí. *Tangotango*, *Quengue*, *Ñanguí* y *Lleye* eran los nombres de los criollitos.

El zumbido de los insectos, el susurro de las abejas laboriosas, el rumor del riachuelo que esparcía saludable frescor, el murmullo de la arboleda, los agradables gemidos de los bambúes, el canto de las avecillas, el olor de las flores, la frescura del airecillo, y la esplendidez de la mañana, hacían deliciosa aquella escena.

El perro Sab se había sentado á los piés de Angelina mirándola cariñosamente, y lanzando de cuando en cuando ladridos de alegría.

XI.

Cada vez que un *guajiro* pasaba junto á la *puerta de golpe* de la finca, D. Antonio le gritaba:

—Apéese, *camará*, y probará un bocadito.

—Que le aproveche, D. Antonio; ya hemos *andao* ese camino,—contestaba el transeunte.

—Mire que es con voluntad,—añadía el buen D. Antonio.

—Así lo tengo *entendío*,—replicaba el *guajiro*.

—Vámos, hombre, *abájase*, no se haga de rogar.

—Será otro dia, amigo.

Y llevándose la mano al sombrero de yarey, añadía el campesino:

—Dios guarde á V., D. Antonio, y á la compaña.

—Dios lo guie,—contestaban todos.

Y á poco se oia la voz del guajiro can-

tando los cantos del *Siboney* ó las décimas del *Cucalambé* que el eco repetía tristemente entre las montañas.

XII.

—Vamos á pasear por la finca, dijo D. Antonio después del almuerzo.—El dia está fresco y empieza á nublarse.

Todo lo recorrieron, deteniéndose á la sombra de los árboles y bajo el alero de las habitaciones para que D. Rafael descansara en un taburete que llevaba un *criollito*.

La mulatica Abebí no se separaba de Angelina.

—Su *merce* es más bonita que la niña *Tona* y que la niña *Chuchita*, las hijas del carretero *ño Juanillo*,—decía riéndose la mulatica y poniendo su mano sobre el hombro de Angelina que correspondía sonriendo á aquellos cariñosos agasajos.

Abebí tan pronto cogía *peonías* rojas

como cogía granos de *corαl silvestre* que guardaba en el seno de Angelina para que ésta hiciera collares y brazaletes; tan pronto corría tras un *sunsun* que reflejaba el brillo del oro, el rubí, la amatista y la esmeralda, como corría tras las *libélulas* ó *caballitos de San Vicente*, de álas trasparentes y brillantes como la gasa; tan pronto machucaba con una piedra la corteza del *maboa* ó del *jagüey* con el objeto de recoger *liria* para cazar pajarillos, como arrancaba *farolitos* de las ramas de las matas del mismo nombre, cuyas, vejiguillas parerecidas en su forma á la de los globos aerostáticos, los acercaba á sus sonrosados lábios, los soploba y los reventaba, ya en su dorada frente, ya en la frente de Angelina, lanzando ruidosas carcajadas de timbre simpático al oir la detonacion que los *farolitos* producían al reventarse.

En la laguna del potrero los *criollitos* cogieron *jaibas* y *camarones*, y en la re-

presa Julio y D. Antonio pescaron *biajacas*, *anguilas*, *guavinas*, *sábalos*, *joturos* y *guajacones*.

.IIIX

Llegaron hasta la chozita del *guardiero* del ingenio inmediato.

El negro viejo fumaba su *cachimba* y tejía canastas con bejuco de *uví* miéntras se asaban sobre un monton de *brusca* encendida, dos plátanos y una *jutía* que había cogido con lazo corredizo ayudado por su perrillo que se había situado al pié del árbol.

Al acercarse nuestra comitiva ladró el perrillo y *Sab* le salió al encuentro para jugar con él.

El negro guardiero, apoyándose trabajosamente en un palo que le servía de baston, se puso en pié, se quitó su tosco gorro de lana oscura, y haciendo ademan de arrodillarse, tartamudeó:

—La bendicion, mi amo.

—Canta, *táita* Alejo,—dijo Abebí entrando en el *bujío de vara en tierra* para coger la *marimba* que entregó al *guardiero.*

Éste se sentó en el suelo, puso la *marimba* entre las piernas, y tocando con las puntas de sus encallecidos dedos las tablillas que hacían las veces de teclas de aquel salvaje instrumento, hizo oir tristemente, en lengua estrangera, los cantares salvajes del Africa ardiente, evocando así los recuerdos lejanos de su país nativo, de su pátria ausente.

Aquella música lúgubre era un himno de lágrimas...Ningun corazon sensible puede oir el canto de los negros de Guinea sin enternecerse.

Angelina se conmovió, y se conmovió tanto que estuvo próxima á llorar. La más dulce de las simpatías es la simpatía de las lágrimas.

En el canto de los negros se trasuntan los sollozos del infortunio, los gemidos de la desgracia.

En ese canto, dice un publicista, "se respira ese vago dolor que lo diviniza todo; ess vago dolor que siempre han tenido las armonías religiosas; ese vago dolor que suelen tener los cantos de algunas aves cuando lloran abandonadas y tristes en un bosquecillo desierto; ese vago dolor que tiene tambien el vientecillo de la tarde cuando gime en una colina cubierta de alisos."

D. Antonio entregó algunas monedas al viejo africano que éste recibió enseñando sus encías sin dientes y murmurando:

—Dios te lo pague, mi amo.

XIV.

—Amo tanto el campo,—decía D. Antonio miéntras regresaban á la casa,—que deliro por todo lo que al campo pertenece. ¿Querrá V. creer, D. Rafael, que me gusta oir durante la noche, después de un aguacero, el canto de las ra-

nas en los montes, canto que parece imitar el sonido de una campanilla? ¿Querrá V. creer que me gusta oir al sapo, cuya voz, desde léjos y por la noche, se parece al sonido bronco del concerro de los *arrieros*? ¿Querrá V. creer que me gusta ver volar, por la tardecita, al *crequeté* y á los murciélagos, y que tambien me gusta oir el gemido de la lechuza, de esa ave nocturna tan aborrecida por los que, creyendo que es de mal agüero, la saludan, cuando pasa volando, con estas palabras: *sola vayas, ó mal acompañada*?

XV.

Cuando hubieron llegado á la casa, Abebí, riéndose bulliciosamente, enseñó una jáula donde tenía un *sijú*, avecilla feísima, nocturna, de ojos amarillos, y parecida á la lechuza. Luego les enseñó su cria de *curieles*, animalillos que los indios llamaban *corí*, mansos,

tímidos, graciosos, parecidos al conejo, que producen un chillido igual al de la rata á la que tambien se parecen.

Después les enseñó un *majá* que medía cinco varas de largo y cuyos ojos centellantes inspiraban temor. Estaba encerrado en un cajon hecho espresamente para ese objeto.

Los negros habían cogido en el gallinero aquel *majá*, al que hacía tiempo acechaban por la multitud de gallinas, palomas y lechoncitos que devoraba.

XVI.

—Vamos á la arboleda á comer frutas,—dijo D. Antonio al oir las doce dadas por la campana de la finca.

Y se dirigieron al bosque rodeado de los criollitos que reían y jugaban, de Abebí que llevaba un *catáuro* para recojer las frutas, y del mulatico Julio que inundaba el corazon de su novia con el fuego de sus hermosos ojos.

No todos los árboles del bosque eran frutales.—Allí crecían el *cúrbana* que exhala perfume delicioso y produce canela parecida á la legítima en olor y sabor;—el *cuaba*, cuyas astillas forman escelente tea que alumbra con luz clara y perenne;—el *cerillo*, árbol de la costa meridional cuya madera se emplea en bastones por sus graciosas vetas y hecha estillas sirve de luz artificial á los pescadores en sus escursiones nocturnas;—el *jayabico* que por ser resinoso suele usarse en astillas para alumbrarse;—la *carne de doncella*, madera colorada cuya flor de color de rosa es de gusto dulce y agradable;—la *bija*, de flor bella y fragante cuyas semillas rojas tiñen tenazmente;—el *aroma mimosa* cuyas hojas se estienden ó plegan al nacer ó ponerse el sol;—el ébano y el cedro, el ácana y la caoba, el algarrobo y la encina, el júcaro y el pino, la seiba y el avellano, el cerezo de cuyo fruto ácido se hacen conservas, el nogal y el

magnífico copey, el sasafrás y el laurel, el ciprés y el lloron, la angélica y el castaño, el membrillo y el pitajoní.

Veíanse allí muchas enredaderas, plantas trepadoras, que por medio de sus zarcillos escalan los árboles más altos de nuestros bosques sombríos y fértiles.

Entre esas enredaderas se veía la *parraoimarrona*, cuya uva sirve para agráz, y cuyo tronco, muy largo, de ocho pulgadas de diámetro, por donde quiera que se corte el sarmiento, destila agua cristalina y pura.

Tambien se enlazaba á los árboles formando colgantes guirnaldas de hojas verdes el bejuco llamado *mariposa* ó *papelera* que produce, segun lo describe Estéban Pichardo, unas cajitas cilíndricas de medio palmo, corteza dura prietuzca, que abre longitudinalmente á manera de tapa y presenta dentro infinidad de papelillos ó tetillas blancas en figura de mariposas que vuelan á un ligero soplo.

XVII.

El mulatico Julio, alegre y jugueton, trepaba los árboles con la ligereza de su infantil edad, para coger las frutas que la mulatica Abebí recibía sonriendo dulcemente.

—Abebí,-dijo Julio quedito al bajar de una mata, dando un hermoso mamey á la querida de su corazon. -Coge un pedazo de este mamey y luego que lo hayas probado dámelo para comerlo yo, porque es tan rojo como tus lábios y tan fresco como tu poca.

Pronto el *catáuro* se llenó de frutas que D. Antonio empezó á repartir.

Allí había mangos amarillos como la flor del africano *maní; caniteles* que interiormente parecen yemas de huevo cocido; naranjas-limas, naranjas-moreiras, naranjas-bergamotas, naranjas de China, naranjas de S. José, y naranjas cajeles de sabor amargo pero agradable;

mameyes de Santo-Domingo de carnosidad amarilla, suave, aromática y agridulce; caimitos blancos y morados; mamon de crema esquisita cuyo gusto compuesto de los más deliciosos perfumes es un néctar digno del Paraiso; mameyes de pulpa punzó como la malva-mulata, purpurinas como las flores solitarias del *abrojo* de *Florida*, mameyes llamados por algunos *conservas de los ángeles*, y que, segun la creencia de los habitantes de Haití, es el alimento de las almas bienáventuradas en los valles del otro mumdo.

XVIII·

Después que hubieron saboreado las frutas, miéntras el trueno retumbaba á lo léjos en el monte, y miéntras las *auras*, reunidas en bandadas, daban vueltas y revueltas en los aires á grande altura anunciando la procsimidad de la lluvia, D. Antonio, D. Rafael y Dª Ma-

ría sentados en el colgadizo fumaban y charlaban, y Abebí, ayudada por Angelina y por el mulatico Julio, hacía dulces en el colgadizo de la cocina.

Primero, con *casabe*, azúcar, y pimienta, hizo dulce seco de *alfajor*; después, con el jugo del maíz tierno rallado, y esprimido con leche y azúcar, hizo *majarete*; luego, con harina de *yuca*, agua, y azúcar amasada con huevos, hizo panecillos de *cusubé*, y con maíz seco molido, agua, sal y manteca, hizo *funche* para comerlo con las *jáibas* que habían cogido en la laguna del potrero; y con plátanos, y ñame salcochado y majado con manteca, hizo *fufù*.

En *jícaras de güiro* bebieron, riéndose, *agualoja*, refresco compuesto de miel, canela y clavo.

—Yo tambien, niña Angelina, sé hacer *alegría de ajonjolí*, conserva de mamey, jalea de guayaba, agraz de grosella, dulce de cidra, de toronja, de naranja-lima y naranja-bergamota.

—Y tambien Abebí sabe tejer sombreros de *yarey*, niña Angelina,—dijo el mulatico Julio.—Ella me hace mis sombreros. Tambien ella sabe hacer canastillos con esas cintas trasparentes de color de perla que sacan de ese junco que crece en las lagunas que se llama *camalote*.

XIX.

A las cuatro de la tarde se sirvió la comida al pié del mismo almendro bajo cuyo ramage habían almorzado. Todos, hasta el enfermo, comieron con apetito, mereciendo los honores de la repeticion el sabroso *agiaco* y el arroz con leche perfumado con flores de azahar.

D. Antonio se mostró obsequioso con Angelina á la que dirigía miradas de amor que hacían sonrojar púdicamente á la linda doncella.

—El amo está enamorado de la niña Angelina,-decía quedito Abebí á Julio.

—Ojalá se casaran,-murmuraba gozoso el mulatico Julio.

XX.

—¡Qué feliz es V. D. Antonio—esclamó D. Rafael al concluirse la comida.

—Sí, D. Rafael, soy feliz, y felices serían todos los hombres si todos me imitaran. Hay ambiciones bastardas y ambiciones legítimas: éstas forman la ventura de las familas, y aquellas labran la desgracia de los que nunca ven satisfechas sus innobles aspiraciones, de los que miéntras más dinero tienen más riquezas quieren poseer, no para contribuir á la felicidad de la sociedad, sino para deslumbrar con sus lacayos, sus coches y sus brillantes, para satisfacer sus pasiones carnales. Yo estoy contento con mi posicion y procuro que mis vecinos participen de mi ventura porque no soy egoista, porque hacer bien es uno de los goces de mi alma.—Me

gusta el trabajo y ayudo en lo que puedo á los que aman el trabajo. Todos los campesinos de estos alrededores me buscan cuando están neeesitados. A éste le presto una yunta de bueyes, á aquel le facilito mis carretas, á este otro le doy en calidad de reintégro el dinero que necesitan, sin interés alguno, para comprar *postura* de tabaco. y cuando caen enfermos mi médico es el de ellos, mi botica está á su disposicion, pagando cuando pueden, siendo yo el fiador. Y á pesar de esto, D. Rafael, no faltan rateros que me roban mis gallinas, mis lechones, mis carneros....Ay, amigo mio! Por cada guajiro que trabaja hay dos que no trabajan. Esos malditos gallos, ese maldito juego del monte, y esas mal llamadas férias tienen desmoralizados, corrompidos á los campesinos de esta tierra. Todos quieren ser mayorales, boyeros, maestros de azúcar, y guarda-candelas para mandar despóticamente, para manejar el látigo sobre

el infeliz negro, víctima de la codicia humana.—Si yo fuera gobernador, los malvados, los viciosos, se estremecerían al oir mi nombre, porque las cárceles y los presidios no serían suficientes para castigarlos; y los buenos, los trabajadores, me bendecirían, y no encontrarían bastantes flores para tejer alfombras para mis piés y coronas para mi frente.—Si yo fuera escritor, atacaría, sin consideraciones de ninguna clase, al perverso, aunque me proporcionara innumerables enemigos.—Yo no sóy gallero, ni jugador, ni vago, ni me paso los dias en los billares y en los portales murmurando de todo el mundo, calumniando....Ese tiempo tan lastimosamente perdido yo lo empleo en la útil lectura. Me gusta leer y tengo un placer grande en conocer á los hombres de talento. El talento, D.Rafael ,es lo único que envidio. He tenido la fortuna de conocer á tres hombres de esta clase: Estéban Pichardo, Alvaro Reynoso, y

Tranquilino Sandálio de Noda.—Tampoco soy opresor de los desgraciados negros. El dia que mi padre murió, hace cuatro años, heredé treinta esclavos. Ese mismo dia concedí la libertad á los que pasaban de cincuenta años y á los que no llegaban á diez. Una vez libres, ninguno se vá, ninguno me abandona. Los mantengo, y les doy doce pesos mensuales. Yo, D.Rafael, no apruebo la esclavitud porque los libros me dicen que la esclavitud es un ultrage á la humanidad.—Este año toca á Julio y á Abebí la *carta de libertad* que les daré el mismo dia que se casen. Yo seré el padrino.

Y mirando cariñosamente á la hija de D. Rafael, añadió:

—Y tú, Angelina, quieres ser la madrina?

—Y porquénó?-contestó la pudorosa vírgen llena de alegría.

—Entónces, en celebridad de ser tú la madrina del matrimonio de la mulatica Abebí y del mulatico Julio, liber-

taré á otros dos esclavos que son los únicos que me quedan. Así habré concluido de enmendar la falta que cometió mi padre de hacerse rico con el sudor y las lágrimas de sus esclavos. Si nunca me caso, si nunca tengo hijos, regalaré estos terrenos á mis negros para que lo repartan entre sí. ¿Quién con más derecho que ellos?....Como no quiero dejarlos embrutecidos los estoy enseñando á leer y á escribir.

—¿Con qué Julio y Abebí saben leer? -preguntó Angelina.

—Sí, y los vas á oir.

El mulatico Julio que ayudaba á Abebí y á los criollitos á quitar la mesa, obedeciendo á una señal de su amo, cogió uno de los periódicos que estaban sobre la mesa de D. Antonio, y con clara y fácil pronunciacion leyó lo siguiente:

XXI.

"El espectáculo de nuestros ingenios

es grandioso, pero tiene algo de aterrador. El de nuestras vegas es bello, pero bañado tambien de cierto tinte melancólico.

"En los ingenios se esparce la vista por aquellos hermosos horizontes de caña, sin pensar que se siembran bajo los rayos de un sol abrasador, y que á veces se riegan con lágrimas: el ruido de las máquinas, el eco de la campana al caer la tarde, las llamas que se escapan por la boca de las chimeneas: el fuego de las hornillas; el chasquido del látigo, el canto salvaje de los negros; los afanes y las esperanzas angustiosas del amo; los cálculos y las acechanzas del refaccionista, todo esto se agolpa á nuestra imaginacion siempre que vemos un ingenio y nos conmueve sin que podamos definir bien la cáusa, á ménos que no lancemos nuestra alma en el porvenir.

"Cuando saboreamos una copa de agua endulzada, nos figuramos siempre encontrar en aquel líquido una gota amar-

ga, parecida á la lágrima del sufrimiento.

XXII.

—Ahora me toca á mí,—dijo riendo Abebí, y tomando el periódico que le presentaba el mulatico Julio, con un timbre de voz purísimo, leyó correctamente lo siguiente:

PENSAMIENTOS.

—"Toda nacion que tolera en su seno una gran injusticia, lleva en sí los elementos de una convulsion terrible."

—"Las faltas de las mujeres, de los niños, de los débiles, de los indigentes, y de los ignorantes, son por culpa de los maridos, de los padres, de los amos, de los fuertes, de los ricos, y de los sábios.

—"Mal piensa el que juzga que los ricos son ménos desgraciados que los pobres; al mendígo le falta el pan; cuand lo tiene lo come solo: el potentado lo

mezcla con ricas viandas, y esquisitos vinos y delicados licores, pero la mayor parte de las veces lo baña con lágrimas, lo saborea con penas, y lo digiere con amargura. La conciencia hostigada por el remordimiento, la vanidad, el lujo venal, el despilfarro, el hastío, el cansancio de todo, producen males á los que es preferible muchas veces la miseria. La tranquilidad en la conciencia se halla con más facilidad en el hambriento que en el poderoso. Los pobres están más cerca de Dios que los ricos."

—"Un buen gobierno es aquel donde los buenos mandan y los malvados no tienen autoridad alguna."

—"El hombre que carece de educacion es una béstia, pero no como quiera, sino una béstia feroz, porque tiene mejores medios de ejercitar la maldad que los animales dañinos."

—"Semejante al vapor, la libertad no ofrece peligros sino cuando se la comprime, obligándola á estallar con des-

tructora violencia."—*Víctor Hugo.*

—"Pocas personas hay que no tienen la verdad como una injuria."

—"La ignorancia es el mayor tirano; es la prostitucion de la mujer, la esclavitud del hombre."

—"Todo está perdido en una sociedad cuando los malvados sirven de ejemplo, y los hombres de bien de risa." *Pitágoras.*

—"Yo he visto los males que afligen la tierra. El débil oprimido, el justo mendigando el pan, el malvado lleno de honores y nadando en riquezas, el inocente condenado por jueces inícuos, y sus hijos errantes sin lecho ni abrigo."—*Lammenais,*

—"La virtud sucumbiendo bajo la audacia impune, honrada la impostura, desterrada la virtud, la libertad errante ofrecida en sacrificio á los dioses vivientes del mundo, y la fuerza estableciendo á la sombra de la injusticia, su dominacion ilimitada. La fortuna protegiendo

de contínuo los grandes crímenes! Las iniquidades legitimadas por la victoria! La gloria siendo el precio de la sangre! Los hijos heredando la iniquidad de los padres."–*Lamartine.*

—"El diputado francés Guadet, una vez en el patíbulo, quiso hablar, pero los tambores ahogaron su voz.

—¡Pueblo!–esclamó indignado.-El redoble de los tambores es la elocuencia de los tiranos! Los tiranos ahogan los acentos del hombre libre para que el silencio encubra sus crímenes."

XXIII.

Apénas concluyó Abebí de leer, llegaron al *batey* los negros de la finca á bai lar el *tambor*.

He aquí como el distinguido escritor Anselmo Suarez y Romero describe estas fiestas africanas:

"La negrada rodea á los tocadores, pero dos bailan solamente en medio, un

negro y una negra: los otros acompañan palmeando y repitiendo acordes el estribillo que corresponde á la letra de las canciones que dos viejos entonan. ¿Y qué figuras hacen los bailadores? Siempre ajustados los movimientos á los várthe compases del tambor, ora trazan círculos, la cabeza á un lado, meneando los brazos, la mujer tras del hombre, el hombre tras de la mujer; ora bailan uno en frente de otro, ya acercándose, ya huyéndose; ora se ponen á virar, es decir, á dar una vuelta rápidamente sobre un pié, y luego al volverse de cara, abren los brazos y los estienden, y saltan sacando el vientre. Algunos, luego que toman calor, alzan un pié en el aire, siguen sus piruetas con el otro, y cogen tierra con las manos inclinándose hácia el suelo que parece que van á caerse. A montones llueven pañuelos y sombreros sobre los más diestros bailadores, y, agotados que son, hay quienes por hacer de los chistosos y gracejos

les tiran un collar de cuentas á ver cual lo levanta ántes si el hombre ó la mujer, pero se entiende que sin dejar de bailar ni perder el compás. Ya he dicho que sólo dos bailan en medio; pero quién contiene á los negros de nacion y á los criollos que con ellos viven en oyendo tocar tambor? Así es que por brincar se salen muchos de la fila, y aparte de todos, como unos locos, matan su deseo hasta más no poder, hasta que bañados de sudor y relucientes como si los hubiesen barnizado, hijadeando, casi faltos de resuello, se incorporan nuevamente en las filas. Los varones van sacando las hembras; un pañuelo echado sobre el cuello ó sobre los hombros hace las veces de convite. Viejos y muchachos, hasta los más cargados de niguas, todos bailan.

"Cada ingenio, tiene sus canciones particulares, que se diferencian no sólo en los tonos sino tambien en la letra. Unas sirven para solemnizar aquellos

dias en que está alegre el corazon, la páscua de Navidad, la de Resurreccion, la del Espíritu-Santo, el dia que se reparten las esquifaciones y las frazadas, los bautismos, los matrimonios, el principio de la molienda y de la recoleccion del café, el año nuevo, los Santos Reyes. Otras acompañan á los entierros, á las grandes faenas, al frio y al calor escesivos. En el primer caso más bien se grita que se canta. En el segundo las modulaciones de la voz son tristes y lúgubres, apénas se oye al que guia ni á los que responden, y es necesario no ser hombre para oir esos cantares y no saltársele á uno las lágrimas. Pero hay tonadas que nunca varían, porque fueron compuestas allá en Africa y vinieron con los negros de nacion; los criollos las aprenden y las cantan así como aquellos aprenden y cantan las de éstos: son padres é hijos, no lo estrañemos! Lo particular es que jamás se les olvidan; vienen pequeñuelos, corren años y a-

ños, se ponen viejos, y luego, cuando sólo sirven de guardieros, las entonan solitarios, en un *bujío*, llenos de ceniza, y calentándose con la fogata que arde delante. Pero si Ytalia es en Europa el país privilegiado de la armonía, la tierra de los *minas* lo es en Africa. La música de estos negros llega al alma, habla al corazon; principalmente aque llas canciones que entonan en memoria de los difuntos, con el cadáver en medio sobre una tarima, y ellos en torno sollozando."

XIV.

Abebí bailó tambien luciendo un túnico de muselina de color de rosa y un sombrero de criollo *guano* adornado con cintas azules y aguinaldos azules tambien.

Su compañero de baile era un jóven de continente gallardo y de simpática hermosura, cuyo color era el color do-

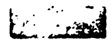
rado de las facciones de una raza desgraciada...... Aquel jóven mulato era Julio, su amante.

XXV.

Ya el sol se había ocultado tras las blancas columnas de los verdes plumeros de los palmares, entre las montañas de purpúreo fuego formadas por las nubes, cuando el negro carretero,–miéntras sus compañeros seguían bailando arrebatados por los trasportes del más frenético entusiasmo,–unció los bueyes á la carreta enramada con pencas de coco, á la que subieron, al caer la tardecita, Don Rafael, Angelina y Doña María, seguidos de Don Antonio, el mulatico y otro negro, montados en sus respectivos caballos.—La luna llena y magestuosa, ya empezaba á alumbrar.

Antes de continuar es preciso detenernos un momento, un momento no más.

—¿Quién es Don Rafael? Quién Doña María? ¿Quién Angelina?—Vamos á saberlo.





CAPÍTULO III.

I.

No léjos de la poética casita de Don Antonio, á un tiro de pistola lo más, rio abajo, y no muy léjos tampoco de la represa, descollaba entre un platanal y en la esmeraldina vertiente de una montaña, una chocita de guano que en noches de luna parecía un cisne muy grande durmiendo en un lago de esmeralda.

En aquel *sitio* vivía Don Rafael con su mujer Doña Mariquilla y su hija Angelina. Cuatro bueyes y aquel paño de tierra cultivada por él mismo y regada con el sudor de su frente, constituían su única fortuna. Allí llevaba el pobre labrador una vida de trabajo paciente y sencillez laboriosa, y sin embargo, era feliz, porque nada ambicionaba, porque el

mundo se reducía para él á aquel horizonte y al amor de la compañera de su corazon y de la hija de sus entrañas.

Pero hay hombres que están unidos á la fatalidad por lazos de hierro.—Don Rafael no había prosperado nunca: siempre trabajador. siempre abrasado por el ardiente sol tropical qne ostenta en todas los estaciones del año con terrible esplendor su corona de fuego, el fruto de sus fatigosas tareas apénas le bastaba para cubrir las necesidades de su familia.

Unas veces el insecto destructor, otras veces la abundancia de la lluvias continuadas, y otras veces una sequía desoladora que secaba las aguas del rio y agostaba las plantas que se encorvaban sobre sus marchitos tallos abrumados por aquel calor jadeante, ponían á prueba la resignacion casi estóica del labrador.

Su mujer y su hija aseaban la choza, cosían, cocinaban, y despues de llenados los santos quehaceres domésticos, tejían

sombreros de yarey con cuyo producto contribuían á ganar el pan de la subsistencia. ¡Humilde ofrenda que depositaban todos los dias en el altar del hogar! ¡Práctica virtuosa sobrellevada con la calma del mártir por los corazones pobres de fortuna que aman la religion de los penates!

II.

Don Rafael enfermó. Angelina y su madre pasaron insomnes muchas noches á la cabecera del lecho de las enfermedades, tristemente alumbradas por la débil claridad de una vela de sebo que parecía una lámpara sepulcral.—¡Cuántas lágrimas silenciosas se derramaron en aquella soledad!—¡Cuántos suspiros ahogados se escaparon de aquellos pechos doloridos!

¡Qué lúgubre era en aquellas noches el silencio de los campos!—Qué lúgubre el lejano ahullido del perro que vagaba

por la campiña! ¡Qué lúgubre el fatídico grito de la lechuza!

¡Qué triste sonaba el rio! Qué triste sonaba el platanal al ser movido por el viento de la montaña! Qué triste sonaba la lluvia al caer sobre el techo de la cabaña!

¡Qué amargo les parecía entónces el plátano que les servía de pan! qué amar ga la leche de la oveja que Angelina ordeñaba! qué amarga el agua que la buena María cojía en el remanso del rio!

El médico derramaba el bálsamo del consuelo en estos ulcerados corazones, pero eran tantos los corazones ulcerados que tenía que consolar! eran tantas las lágrimas que tenía que enjugar, tantos los dolores que tenia que dulcificar, tantas las luchas que tenía que sostener con la muerte para arrancarle sus víctimas!

El porvenir de esta familia era cada vez más incierto, más pobre, más miserable: el horizonte de aquel hogar era

cada vez más sombrío, más opaco, más nebuloso!

—¡Paciencia!— decía Don Rafael.— Mas sufrió Jesucristo en la tierra: él murió lanceado en una cruz y yo moriré en mi cama.

Y procuraba con su resignacion calmar la amargura de su compañera y de su hija, ocultándoles sus padecimientos, reprimiendo su llanto, sofocando los gritos que le arrancaban sus dolencias.

Avanzaba el tiempo, y Don Rafael empeoraba, Don Rafael se acercaba á la tumba.

Eran desgraciados, muy desgraciados, pero la flor de la esperanza no se marchitaba en sus cándidos corazones. Llenos de fé, fortalecidos y animados por sus creencias religiosas confiaban en Dios, y Dios era el móvil de tanta virtud, tanta laboriosidad, tanta resignacion.

III·

Un dia Don Antonio llamó á la puerta de aquella choza en cuyo umbral había crecido la yerba, y desde aquella hora una estrella de suaves resplandores apareció en aquel horizonte opaco, sombrío nebuloso; un rayo de alegría desvaneció la bruma de aquella atmósfera de tristeza, una claridad suave iluminó aquellas noches de soledad.

Don Rafael fué trasladado con su familia á una pintoresca aldea cuarenta leguas distante, cuyas aguas termales le habían sido recomendadas por el médico.

Sus bueyes, su choza de guano y su paño de tierra, quedaron al cuidado de Don Antonio que proporcionó generosamente toda clase de recursos al desgraciado labrador para sostenerlo con comodidades en la aldea de los baños calientes.

Aquellas aguas sulfurosas aliviaron sus males pero no lo curaron. Repetidas veces quiso regresar á sus lares, pero D. Antonio insistió permaneciese allí donde algun dia recuperaría su quebrantada salud. Y allí permaneció dos años.

Pero al trascurrir este tiempo conoció su próximo fin, y quiso morir en el paño de tierra que había cultivado y regado con el sudor de su frente, y bajo el techo donde había pasado su noche de bodas, donde había nacido su hija.

D. Antonio consintió y le mandó una carreta, enramada con pencas de coco, y tirada por dos mansos bueyes del color de la canela con manchas blancas.

Aquella carreta rústicamente engalanada como para una romería, esperó á la familia de D. Rafael en el paradero del ferro-carril distante cuatro leguas, y condujo como hemos visto, al enfermo, á su compañera, y á su hija, á la heredad de D. Antonio, quien quiso pasa-

sen allí el primer dia del regreso de la familia al valle natal.

IV.

D. Antonio, que dos años ántes la había visto partir para la aldea de los baños termales, siendo niña aún, y que la veía regresar hermosa y completamente desarrollada, sintió una emocion desconocida: estaba profundamente enamorado de Angelina.

Aquel dia fué para D. Antonio un dia de secretas delicias, de dulces trasportes hasta entónces ignorados para él porque nunca había amado con amor verdadero, con ese amor que no se puede definir y que nos hace aparecer las casas de campo, las cabañas de palmas, las escenas campestres, las flores, los arroyuelos, y la naturaleza toda, más bella que nunca.

Y como el verdadero amor nunca puede estar oculto porque el que está ena-

morado lo revela en sus miradas por más que procure disimularlo, D. Rafael y Dª María sorprendieron aquella naciente pasion en los ojos de Don Antonio, y sin comunicarse sus ideas se alegraron mucho porque todos los padres desean la felicidad de sus hijos.

El enfermo se sentía aquel dia más animado. Sea que el amor hácia su hija que había sorprendido en las miradas de su protector, inundase su corazon de inmensa alegría, sea que la vuelta á su valle natal donde tenía sus bueyes, su querida choza y su paño de tierra que sus manos habían labrado, le comunicase á su cuerpo vigor pasagero,—conocida como es la influencia del espíritu sobre la materia,—sea un capricho de organizacion, D. Rafael, que el dia ántes se sentía desfallecer, mostró aquella mañana, escitando la admiracion de su mujer y su hija, fuerzas tales, que pudo acompañar á aquella caravana hasta el vallado de piedras que servía de límites

á la heredad, ya apoyándose en el brazo de Angelina, ya en el de Doña Maríquita, ya tambien en el brazo de su huésped.

Ya hemos visto de que manera tan agradable pasaron el dia Don Rafael, Doña Mariquilla y Angelina en la here dad de Don Antonio.

Por la tardecita, cuando la luna-llena empezaba á alumbrar, la carreta enramada con pencas de coco, condujo á D. Rafael, á su mujer y á su hija á la choza de guano donde Angelina habia nacido.—La calándria volvia á su nido.

Don Rafael, ántes de entrar en la choza, y en los momentos en que la campana de la iglesia de la aldea lanzaba en el espacio con lenta solemnidad el melancólico toque de la oracion, besó la tierra como lo hubiera hecho un antiguo romano al volver á su pátria.

CAPÍTULO IV.

I.

Los aires del valle natal no devolvieron la salud á D. Rafael. El médico del villorrio volvió á visitar al enfermo, pero ya la ciencia era impotente para apartar la huesosa mano de la muerte que se alzaba sobre la cabeza del labrador. Imperaba allí el silencio de los sepulcros: respirábase alli la atmósfera de los cementerios: sentíase alli la calma de las tumbas.—El génio de la muerte se habia sentado sobre un ataud negro en el umbral del rústico albergue, aguardando con un ramo de flores de muerto y una tea funeraria en una mano, y con un reloj de arena en la otra mano, el último momento del moribundo.

Y aquella calma, aquel silencio, parecían interrumpidos á largos intervalos por una voz cavernosa que decía: *están doblando á muertos*, y entónces la imaginacion creía oir, no solo los golpes de la azada con que el sepulturero cava las fosas en el campo-santo, sino tambien el eco lúgubre del fúnebre doblar de las campanas que zumbando tristemente en el espacio, se estendía lentamente de llanura en llanura.

II.

Todas las tardes, próximo el sol á ocultarse, llegaba D. Antonio al silencioso retiro, y su venida era saludada con purísima alegría por D. Rafael y la buena mujer, pero los pasos que anunciaban su llegada resonaban tristemente en el oi do de Angelina que sentía en sus párpados la proximidad de las lágrimas al dar las buenas tardes á su generoso protector.

Qué significaban aquellas lágrimas próximas á saltar? Ay! su corazon encerraba un misterio, un secreto que á nadie había revelado..........

Dos sentimientos hermosos, dos emanaciones del cielo, la caridad y el amor, eran los móviles que impulsaban al buen D. Antonio hácia aquella cabaña perdida en la ladera de la montaña.

El generoso labriego se congratulaba en pensar que su presencia en aquella austera soledad derramaba torrentes de júbilo en el corazon de los que allí vivían, pero ignoraba que derramaba torrentes de amargura en el corazon de la tímida vestal que lloraba silenciosamente en aquel templo consagrado á la virtud y á la honradez.

III.

Angelina sufría con la calma sombría del mártir, sin contar á nadie el secreto de sus pesares. Las lágrimas imprimían

sus huellas en sus mejillas de terciopelo dorado. El tormento de los corazones que no se quejan, alteraba el arco airoso de sus lábios de terciopelo rosado, empañaba el esmalte de sus ojos y nublaba su frente con las nubes del dolor. La acongojada madre creyendo que aquel sufrimiento no era originado más que por la lenta agonía de su esposo, lloraba con ella, y el honrado D. Antonio abrigando la misma creencia, se esforzaba en consolarla con palabras de cariño y ternura.

Angelina lloraba la agonía de su padre, pero lloraba tambien la agonía de su corazon, porque su corazon se sentía morir.

Y porqué agonizaba su corazon? porqué se sentía morir? Ay! el presentitimiento le auguraba dias de eterua desgracia. Cuál era, pues, el orígen de ese presentimiento? Qué secreto guardaba su alma? Qué misterio encerraba en su afligido pecho? .....

CAPÍTULO V.

I.

Una tarde, D. Antonio estaba sentado junto al lecho del enfermo en cuya cabecera se hallaba reclinada Dª María.

La ventana del cuarto estaba abierta. Por allí entraban los moribundos resplandores del sol que caían sobre el suelo, sobre la cama y los taburetes como lluvia de oro.

El horizonte estaba sombrío. Oíanse truenos lejanos que anunciaban la tempestad. Veíanse en lontananza los relámpagos que imprimían en el cielo surcos luminosos ya blancos, ya purpúreos, ya violados. —La luna pálida y de escaso disco aparecía entre celajes de color pardo. El sol ahogaba su disco en el seno de las aguas tiñendo de escarlata las opacas nubes.

II.

Desde el cuarto del enfermo se veía por la ventana abierta á la pobre Angelina que junto á un plátano ordeñaba su oveja blanca como el vellon del algodonero, como la flor del *mangle colorado.*

La oveja, mansa como el tierno corderillo, lamía los hombros de la linda campesina.

Angelina, vestida de blanco, estaba envuelta en un reflejo de púrpura, última vislumbre del sol.

D. Antonio la contemplaba absorto, en vagaroso éstasis.

III·

—Qué buena es Angelina!–murmuró.–Si ella me quisiera......

Qué dice U., D Antonio?–dijo la escelente madre estremeciéndose de alegría.

—Si ella me quisiera..–añadió el interrogado,–yo me casaría....

—U. se casaría con Angelina?-esclamó el enfermo con voz clara, alzando la ca-

beza y mirando fijamente á D.Antonio.

—Sí, D. Rafael, yo me casaría con ella. Es tan buena, tan linda!

—Pero mi hija es muy pobre,-añadió el enfermo.

—Pobre su hija, D.Rafael? Oh, no! Es más rica que yo porque su corazon es de oro. Y qué me importa que no tenga bienes? no los tengo yo? Yo quiero casarme con una muchacha pobre y trabajadora porque sus necesidades serán pocas y pocos sus deseos, y cuanto mas sencilla es la vida mas fácil es la felicidad.

—Y U. ama el matrimonio, D. Antonio? -preguntó la escelente madre.

—Sí, Dª María. El matrimonio es la institucion más bella y más santa. Tengo treinta años, y llega una edad en que el hombre que no se casa es criminal.

En aquel instante Angelina se dirigió al cuarto de su padre llevándole un vaso de espumante leche.

—Toma, papá, bebe. -Está caliente; yo

misma acabo de ordeñar la oveja.

—Dios te lo pague, hija mia.

Y dirigiéndose á su mujer, replicó:

—Trae la lámpara, María. Ya es casi de noche y apénas se ve.

María se levantó, salió, encendió la lámpara, entró y la colocó en la mesita.

IV.

En seguida salió otra vez, y acercándose á su hija que lavaba el vaso en que D. Rafael había bebido la leche, le dijo:

—Tú quieres á D. Antonio, Angelina?

Angelina tembló

—Qué dices, mamá?–preguntó con trémulo acento.

—Te pregunto si tú lo quieres.

—Y porqué me lo preguntas, mamá?

—D. Antonio quiere casarse y me ha dicho que si tú lo quisieras se casaría contigo.

Angelina sintió que su pecho se oprimía y que su cabeza bamboleaba.

—¡D. Antonio casarse conmigo!—esclamó la jóven llena de admiracion.

—Pero tú no lo quieres?

Angelina no respondió. La vista se le desvanecía, y sus oidos zumbaban, y su cuerpo se estremecía.

Era casi de noche y la madre no pudo advertir aquel desvanecimiento, aquel temblor, aquella turbacion.

—Vamos, dí, tú no lo quieres?

—Lo quiero como á un hermano, porque es muy bueno, por gratitud.

—Y tú querrías que fuese tu marido?

—¡Mi marido! -balbuceó la jóven apoyándose en la mesa para no caer. -No, no, mamá.

—Porqué no Angelina? Es tan bueno! Nos ha hecho tantos beneficios! te quiere tanto!

—Pero......

—Qué? Acaba.

—Mamá......

—Vamos, concluye. Porqué te detienes?

—Mi corazon no es mio!–esclamó Angelina llorando y abrazando á su madre.–Mi corazon es de otro hombre....

—Qué dices, Angelina? Con qué tienes novio y nada me habías dicho? Con qué tienes novio y hasta ahora me has ocultado lo que pasa en tu corazon?

Angelina lloraba: no podía hablar.

—Pues bien, no hablemos más. Cásate con el que sea de tu gusto. Yo no te pido más sino que quieras á D. Antonio por gratitud. Yo me alegraría que lo quisieras como al amigo que ha de ser tu marido, pero ya que no puedes quererlo sino como al amigo á quien estás reconocida, tendré paciencia, y sea lo que Dios quiera.

V.

—Pero dónde has conocido á ese hombre que se ha hecho dueño de tu corazon?

—En la aldea de los baños calientes.

—Cómo se llama?

—Arturo.

—Pero cállate, mamá, -añadió Angelina bajando la voz.– Cállate, no hablemos aquí porque D. Antonio puede oirnos. Ven al platanal y te lo diré todo.

La madre y la hija se dirigieron al platanal, y sentadas, María sobre una piedra, y Angelina sobre un monton de hojas muertas, la pobre jóven refirió la historia de sus amores.

VI.

Miéntras Angelina hablaba, la luna, que se había ocultado, asomó entre las pardas nubes, y un pálido rayo de su luz venía á morir sobre la pálida frente de la campesina rodeándola de una auréola de nacarados resplandores que embellecía la pureza virginal de sus meláncólicas facciones.

Los relámpagos inundaban el horizonte de cárdena claridad, y los lejanos truenos resonaban con prolongada vibracion.

La voz de Angelina vibraba triste como el murmullo de los pinos de la montaña.

La breve y sencilla historia que Angelina refirió á su madre es la que vamos á narrar.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

LA
CAMPANA DE LA TARDE,
ó
VIVIR MURIENDO,

NOVELA CUBANA

POR

Julio Rosas.

TOMO II.

—HABANA.—
IMPRENTA "EL ALTAR DE GUTTENBERG".
1873.

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO I.

I.

Miéntras Angelina permaneció en la aldea de los baños termales, asistió siempre á la salve que se cantaba todos los sábados por la tardecita.

La iglesia era limpia, y blanca como la pulpa del coco. Sus campanas, de timbre agradable, alborozaron siempre los corazones de aquellos aldeanos. Estaba situada en la cumbre de una sinuosa colina, y rodeada de un bonito jardin que las muchachas del pueblo cuidaban con esmero.

Subíase á la iglesia por una calle de naranjos cuyas doradas frutas respetaban los muchachos, y cuyos perfumados

azahares esmaltaban como estrellas de alabastro la arena del camino.

Canoras avecillas se anidaban en aquellos elegantes árboles saludando á todas las horas del dia, con himnos de alabanza y bendicion, al Dios que se adoraba en los altares de aquel sencillo templo, templo cuya silueta, nadando en la luz nacarada del alba y en la púrpura de la tarde moribunda, y destacándose sobre el fondo azul del horizonte, inspiraban al poeta, al pintor y al enamorado, éstasis contemplativo, mística vaguedad, religiosa y meláncólica meditacion.

II.

Junto á la iglesia se alzaba, sombrío y bello, el cementerio de blancas paredes, sembrado de cruces, y tristemente adornado, no con el mármol, ni el pórfido, ni el jaspe, ni la plata, ni el cristal con que atavían sus mausoleos los so-

berbios de la tierra, sino con funerarias adelfas, lánguidos sáuces, auréolas umbrías, llorosos cipreses, plátanos sonantes, claveles de las tumbas, adormideras blancas, querellosos bambúes, y melancólicos llorones.

Algunas tórtolas habían construido sus nidos en aquellas ramas donde dejaban oir sus quejumbrosos arrullos que atraían á las cándidas palomas de la montaña vecina y que bajaban á aquel campo sagrado, donde á la sonrisa de la aurora y á los gemidos del crepúsculo vespertino, teñidas por la escarlata de la última hora de la tarde y por la rosa de la primera hora de la mañana, prestaban á aquel cuadro, bellamente sombrío, un encanto poéticamente melancólico.—En ese cementerio fué donde Arturo y Angelina se vieron por primera vez.

III.

Era una tarde.—El sol se ocultaba: sus últimos rayos, indecisos y temblorosos, bañaban de pálido rocío las flores, las cruces y la yerba fina y recortada que alfombraba las tumbas.

Momentos ántes había caido ligera llovizna derramando oscilantes perlas y trémulos diamantes de purísimas aguas que reflejaban con esmalte tornasolado los colores del arco íris, y que esmaltaban los pétalos de oro de los claveles de las tumbas, los cálices purpurinos de las adelfas, las hojas de raso verde de los plátanos, las corolas plateadas de las adormideras, las hojas esmeraldinas de las auréolas, y las ramas de los cipreses, los bambúes, los sáuces y los llorones.

Arrullaban las tórtolas, arrullaban las palomas, piaban las avecillas de los naranjos, y las campanas de la iglesia

con su alegre repique anunciaban á los aldeanos la proximidad de la hora en que se iba á cantar la salve al compás del órgano.

El cielo tenía el color aterciopelado de la violeta.—Algunas estrellas empezaban á brillar tímidamente aquí y allá: algunos grupos de nubecillas, que parecían aéreos velos de gasa arrebatados por el viento de los hombros de las vírgenes, jaspeaban el cielo.–La luna-llena, suave y tranquila, asomaba entre las cúpulas de verdura de los palmares y las flechas de los ondulantes y quejumbrosos pinos.

IV.

Angelina paseaba por el cementerio acompañada de su madre.

Arturo tambien paseaba por el campo-santo, solitario y meditabundo.

Los dos jóvenes se veían por primera vez.

Y porqué la linda campesina se hallaba allí?—Arrastrada por secreto impulso, por una sobrenatural revelacion del amor, quiso visitar ántes de su regreso al valle natal, aquel lugar sombrío que no había visto en los dos años de su permanencia en la aldea.

Y porqué Arturo se hallaba allí?–Había llegado en la mañana de aquel dia, y arrastrado por secreto impulso, por una sobrenatural revelacion del amor, quiso visitar aquel lugar sombrío.

V.

Arturo tenía diez y ocho años. Hacía seis meses había salido del colegio, y desde entónces empleaba sus dias en servir de amanuense á D. Pedro, comerciante de la Habana, que le daba multiplicadas pruebas de distincion, dignamente merecidas por su suave carácter, agradables maneras, bellos sentimientos y rígidas costumbres.

Habiendo enfermado la madre de D. Pedro, los médicos la recomendaron aquellas aguas sulfurosas.—D. Pedro acompañó á su madre á los baños termales, llevando consigo á Arturo, el cual continuó en el pueblecillo la misma tarea á que estaba consagrado en la capital.

Arturo no tenía bienes de fortuna. Era hijo de un militar retirado: hijo único, y huérfano de madre.

La mujer del capitan había muerto al dar á luz á Arturo.—¡Pobre niño! Sus lábios nunca se habían estremecido al contacto de los lábios de la que le diera la vida: sus mejillas jamás habían sido acariciadas por la mano de aquella en cuyo seno fué concebido: su frente nunca sintió el calor del regazo maternal.—¡Pobre jóven! Su corazon no había paladeado nunca las santas delicias de ese sentimiento magnético que atrae á la madre y al hijo: su alma no había saboreado nunca esos goces purísimos

que se disfrutan junto á la madre.—¡Pobre Arturo!

VI.

Una esclava, nacida en los silenciosos desiertos del África ardiente, crió á Arturo con la leche de sus pechos, y arrulló el sueño del niño con los cantos tristísimos de su pátria salvaje.

La esclava se llamaba *Sabá*.—Al llegar á las costas de Cuba un traficante de carne humana la vendió á un ingenio. Allí Sabá fué madre, y su hijo murió al nacer.

Sabá bendijo á los *manitús* de sus desiertos porque no habían permitido que su hijo fuese esclavo. Sabá bailó sobre la sepultura del pedazo de sus entrañas con alegría tan frenética, tan delirante, que muchos la creyeron loca.

El capitan, que estaba destacado en la aldea inmediata al ingenio, pidió al dueño de la plantacion de las cañas de

azúcar una negra para nodriza de su hijo Arturo, y el hacendado le dió á Sabá.

Sabá amó al niño con ternura maternal: creyóse feliz, y sin embargo, lloraba lágrimas de dolor punzante y sombría desesperacion al pensar llegaría un dia en que la campana de la desgracia le anunciaría su regreso al ingenio, donde, al chasquido del látigo y á los gritos arrancados por el azote, tendria otra vez que abrir surcos en la tierra para sembrar cañas de azúcar.

Empero, el cielo se apiadó de ella, y mandó al ángel de la muerte rompiese la cadena que aprisionaba á la esclava. Sabá murió, y murió sonriendo porque iba á dormir el sueño de la muerte mas dulce que el sueño de la esclavitud.

Entónces Arturo tenía seis años. Su padre, llenando los deberes del soldado, erraba de castillo en castillo, de fortin en fortin, de aldea en aldea, siempre destacado, siempre en activo servicio.

Empezó entónces á derramar las primeras aguas de la fuente de la educacion sobre la frente de su hijo haciendo él mismo las veces de maestro; pero cuando éste tuvo diez años, queriendo darle brillante instruccion, puso al niño de pupilo en un instituto de pública enseñanza donde Artnro siguió creciendo solitario, sin mas alegrías que las que le proporcionaban en las horas de recreo sus tiernos compañeros de colegio; pero el colegio es siempre una cárcel, y Arturo lloraba su perdida libertad. Trascurrian con frecuencia largos meses sin que el capitan pudiese abrazar á su hijo, y así se pasaron los años hasta que Arturo abandonó su prision para empezar su peregrinacion por este valle de desterrados.

Arturo fué admitido de amanuense en el escritorio de D. Pedro, donde en breve mereció la prediteccion del comerciante.

VII.

Tal es la sencilla historia de Arturo, en cuyas sonrisas y en cuyas miradas se reflejaba ese no sé qué profundamente melancólico qne la naturaleza imprime en la frente de los que están destinados á morir temprano.

Arturo era gallardo y hermoso, y aquella simpática tristeza, suavemente esparcida en sus facciones, era un nuevo atractivo que cautivaba las voluntades.

IX.

En aquel cementerio se encontraron Arturo y Angelina por primera vez, y los dos caminos de la la vida que ámbos recorrían se cruzaron allí, se confundieron y se unieron en un solo camino como se habían confundido y unido sus corazones en un solo corazon. —Desde aquel instante Arturo y Angelina se

enamoraron profundamente pero con un amor ¡ay! triste desde su nacimiento, porque aquella llama que empezaba á abrazarlos se había encendido en un lugar tétrico, grave y silencioso, entre las tumbas de un cementerio!......

X.

Cuando empezó á oscurecer, la lejana campana de un ingenio inmediato tocó con paulatina solemnidad la melancólica oracion de la tarde.



(PARÉNTESIS.)

I.

Yo no puedo esplicar la atraccion que el sonido de la campana de los ingenios egerce sobre mi alma, sobre mi organismo, sobre todas las fibras de mi sensibilidad.

Yo no sé definir las emociones tristísimas que produce en mi corazon la armonía magestuosa .y profundamente melancólica de los golpes solemnes de ese bronce sagrado.

Yo no sé porqué el timbre gravemente sonoro de ese mágico metal, me conmueve y aproxima las lágrimas á mis párpados.

Yo no sé porqué la lenta vibracion de esa tétrica voz está llena para mí de indefinible melancolía.

La armonía dolorosa, el timbre quejumbroso de la campana de los ingenios, suena en mi corazon como música de muerte.

Sus tañidos llenos de tristeza y desolacion, me parecen voces de lamentos, quejidos de agonía, gemidos de un corazon moribundo.

Los ecos prolongados y lastimeros de sus toques, perdiéndose de cañaveral en cañaveral, de palmar en palmar, de llanura en llanura, de montaña en montaña, tienen para mí un lenguaje singular y misterioso......

II.

La oracion del alba ó toque del *Ave-María*, dado por la campana de los ingenios, que tan lúgubre vibra en medio de la calma solemne, de la soledad augusta y del silencio funerario de la madrugada, parece el eco de los sollozos de un corazon que siempre está llo-

rando, de un alma doliente que solloza y gime siempre.

La oracion de la tarde ó salutacion del *Angelus*, tocada por la campana de las plantaciones de cañas de azúcar, parece el remedo del canto tristísimo de los desgraciados esclavos, el remedo de los quejidos de los cañaverales, de los lamentos de las palmas, del susurro quejumbroso de las *cañas-bravas*, del murmullar gemidor de los riachuelos.

La *queda* ó toque del silencio, dado por esa campana á las nueve de la noche en la primavera esplendente y en el ardiente estío y á las ocho en el nebuloso invierno y en el pálido otoño, vibra paulatinamente con una armonía llena de tristeza religiosa, de desolacion santa y lúgubre, que adquiere una espresion singular de pavorosa y salvaje melancolía cuando sus ondulaciones sonoras se mezclan con el graznido de la agorera lechuza y con el fatídico grito del buho que canta para las tumbas y para las ruinas.

III.

Nunca me conmueve más la campana de los ingenios como al oscurecer, á cuya hora toca con pausada solemnidad la oracion de la tarde.

La oracion del *Angelus*, cantada por la campana de la tarde, es una plegaria llena de mística poesía y triste dulzura que conmueve y hace paladear misteriosas emociones á los corazones esencialmente delicados.

Siempre entristece el toque plañidero de la campana, á la caida de la tarde, porque parece que con él se mezcla el golpe de la azada del sepulturero.

Siempre las notas aéreas de la campana vespertiua, que vibran lentamente entre el cielo y la tierra, enternece los pechos esquisitamente sensibles.

Siempre las metálicas vibraciones de la campana crepuscular, llenando lánguidamente las ondas de la atmósfera

con sus quejumbrosas notas, empapan de agradable melancolía las almas llenas de ternura.

IV.

La rústica campana, balanceada en el cielo, zumba tristísimamente en los aires como el "*vuelo de un pájaro con álas de bronce*". —Con qué languidez, con qué lentitud ondulan en el espacio esos sonidos sepulcrales!

El plañido de la campana de los ingenios parece una queja, una plegaria, una invocacion á Dios, un fúnebre clamor, un eco agonizante: su tétrica voz remeda los sollozos de desesperacion de una raza desgraciada, y el eco lastimero de sus ondas sonoras se estingue lenta, triste y dolorosamente entre las montañas.

Si el sonido lúgubre y monótono de la campana de un monasterio, ya en el silencio de la naturaleza de una bella noche, ya en la solemne quietud de la madrugada, ya en la magestuosa calma de

la caída de la tarde, inspiran al alma dulce melancolía, y, elevándola al cielo, la hacen olvidar el mundo y los hombres; el sonido de la campana de los ingenios, que parece el eco fúnebre de una campana de muerte, mece el corazon en olas de infinita tristeza.

Las paredes de los *barracones*, destacándose sobre el fondo oscuro de los cañaverales, parecen de noche las tápias de un cementerio campestre.—El rústico campanario, á esas mismas horas de soledad y silencio, parece un gigantesco espectro, y la aérea torre del molino de las cañas de azúcar, "*blanca á pesar del humo, como si un mar de lágrimas la bañara diariamente,*" semeja un fantasma colosal cubierto con un blanco sudario.

V.

Cuántas veces, paseándome por las *guarda-rayas* de los cañaverales, por las serventías que conducen al camino real, por las orillas del maizal, del buniatal,

del tomatal, del platanal, y del arrozal; por las callejuelas del grupo de los *bujíos*, y por los plantíos de los *conucos*, ya en mitad del dia, ya por la madruga da, ya á la caida de la tarde, á esa hora de la mística vaguedad de la meditacion y de la contemplacion, cuántas veces me he detenido para escuchar el clamor de la campana de los ingenios!

VI.

¡Dios mio! Dios misericordioso! Tú has visto correr las lágrimas silenciosas y puras que en las soledades de mi tierra natal ha derramado mi corazon al oir las vibraciones de la funeraria campana de los ingenios, que al perderse lentamente de llanura en llanura, de montaña en montaña, me parecen que repiten el eco de los quejidos de los cañaverales y de los lamentos de los palmares, el eco de los sollozos de las *cañasbravas*, y del canto fúnebre y doloroso

de los pobres negros que, siendo hombres libres en los espléndidos bosques y las ardientes llanuras del África salvaje, fueron arrebatados de allí para hacerlos esclavos en esta tierra de luz y perfumes donde se contemplan

las delicias del físico mundo,
los horrores del mundo moral;

esclavos cuyas lágrimas se han convertido en diamantes para sus señores, sus gotas de sudor en perlas, y en rubíes sus gotas de sangre arrancadas por el látigo entre las rojas cerezas de los cafetos y los esmeraldinos cañaverales de las plantaciones de cañas de azúcar.



CAPÍTULO II.

I.

Angelina, que escuchaba con religiosa atencion los lamentos de la campana crepuscular, se conmovió profundamente: á sus párpados asomó una lágrima que se deslizó por sus mejillas como una gota de rocío sobre la hoja de una rosa.

—¿Porqué lloras, Angelina?—preguntóle su madre.

—¡Qué triste, mamá, suena esa campana! suena triste como un *miserere*!

—Y cómo nó, Angelina, si anuncia la muerte de la tarde, la caida del dia? Suena triste porque esta hora, la tardecita, es siempre triste.

—Siempre la campana de la tarde me entristece, mamá: siempre me parece señal de mal agüero...: suena en mi oid·

como cuando la campana de la iglesia está tocando á agonía ó doblando á muertos....

—Vamos á oir la salve, hija mia; ya es hora.

La jóven no contestó: miró con tristeza á Arturo, y siguió maquinalmente á su madre.

Angelina y Dª María tomaron la calle de naranjos que conduce á la iglesia, entraron en el templo y se arrodillaron junto á los altares.

II.

Siguiólas Arturo atraido por el magnetismo del amor; tomó tambien la calle de naranjos; entró tambien en el templo, y tambien se arrodilló junto á los altares.

Los dos amantes se contemplaron con tímidas miradas, y Dios santificó la correspondencia purísima de aquellas dos almas castas que, sin acordarse de la materialidad de los deseos, se entregaban á la vaguedad encantadora y á los

honestos delirios del amor inmaculado.

III.

Aquella noche Arturo adquirió noticias, y supo que Angelina era hija única de unos pobres labradores que vivían á cuarenta leguas de distancia en un villorrio perdido entre montañas y muy apartado del camino real.

Supo tambien que el infeliz labriego había ido á aquellos baños á buscar la robustez y la lozanía que había perdido.

Tambien supo, y con dolor amargo, que el enfermo, conociendo su cercano fin, quería volver al valle natal, cuyo regreso iba á tener lugar al amanecer del dia siguiente.

Aquella noche fué para los dos amantes una noche de amargura. ¡Separarse en los primeros momentos de conocerse! ¡Separarse al entreabrirse para ellos la flor del amor, flor de los jardines del cielo! ¡Separarse en la mañana del mismo dia en que sus almas se habían fundido en una sola alma! ¡Cruel separacion!

No nos detendremos en bosquejar estas horas de angustia porque son muchas las pájinas de dolor que tenemos que dibujar aún, y tememos que nos falten colores bastantes sombríos para dar las últimas pinceladas á este cuadro empapado de lágrimas.

CAPÍTULO III.

I.

Era una de esas noches de verano alumbradas por la luna, cuya belleza indescribible, cuya deliciosa frescura desvanecen el sueño y nos detienen fuera de la cama.

Bella estaba la noche, pero triste, muy triste.

Angelina no había podido dormir, y sigilosamente se había levantado de su cama. Asomada á la ventana, con los codos apoyados en los balaustres y la cabeza descansando entre sus manos, contemplaba aquella hermosa noche con la mirada perdida en el azul de los cielos. Su cabellera estaba destrenzada y caía sobre sus espaldas semejando un manto de terciopelo negro, cuyo color de azabache resaltaba sobre el color blanco de su traje de percala.

Imperaba un silencio profundo en el que había algo de religioso y augusto, silencio suavemente interrumpido por los quejidos y los lamentos que producía el vientecillo entre los árboles de la aldea, murmullo misterioso que, á aquella hora, remedaba los suspiros y los gemidos de dos novios próximos á separarse, á cuyo murmullo se mezclaba el lejano rumor del choque de las olas contra los escollos, y el triste y monótono gemido de los manantiales de agua caliente que corrían murmuramdo cristalinas gotas.

Desde allí se veían las blancas paredes del cementerio que, alumbradas por la blanca luz de la luna y destacándose sobre la claridad de la noche, producían en el alma una impresion tranquila, suave, santa y melancólica, semejante á la sensacion melancólica, santa, suave y tranquila que esperimenta el alma cuando, en una serena noche del mes de las flores y alumbrados por la jaspeada claridad de la luna, nos detenemos

solitarios y meditabundos en las riberas de un mar apacible que murmura dulcemente como el último canto de un ruiseñor moribundo en su nido de flores.

II.

Bella estaba la noche, pero triste, muy triste.

Arturo, que tampoco había podido dormir, vagaba por las calles, y al pasar por la casita en que vivía Angelina, se detuvo á contemplar aquella vírgen estasiada en el misterio de aquella soledad melancólica y encantadora.

¿Qué hacía Angelina en la ventana? Buscaba en la calma de la noche, calma para su espíritu agitado, alzando su alma hasta Dios entre los esplendores de las constelaciones.

¿En qué pensaba? Pensaba en Arturo, en su novio, como piensan todas las jóvenes enamoradas; pensaba en lo desconocido, en lo incomprensible, en lo infinito.

¿Qué ideas flotaban en su imaginacion? Ideas tristes, sombrías, desoladoras, ideas de luto, de amargura, de martirio.

Y porqué esas tétricas ideas? Ay! Su corazon presentía dolores desconocidos y se engaña tan pocas veces el corazon de la muger de organizacion esquisitamente sensible y eminentemete poética!

Arturo, el pobre Arturo, sentía un placer vago, indefinible, en mirar lo que ella miraba: el cielo, la luna, las estrellas; en oir lo que ella oía: los quejidos y los lamentos del vientecillo en el follage, el rumor lejano del choque de las olas contra los escollos, y el triste y monótono gemido de los manantiales de aguas calientes que corrían murmurando cristalinas gotas.

Arturo, en los trasportes de sus pesares, gozaba de una manera inenarrable al sentir en aquellos momentos la proximidad del objeto amado.

"!Oh¡ Quién no recuerda, ha dicho un poeta, uno de esos momentos tan fugiti-

vos, verdes oásis que Dios coloca á veces á nuestro paso para ayudarnos á recorrer el desierto de la vida! Muy desgraciado debe ser el que no haya encontrado un sitio semejante para refrescar su ardorosa frente y reposar sus miembros abrumados de fatiga."

III.

Angelina, en medio de su éstasis contemplativo, creyó oir una voz llorosa que pronunciaba su nombre, y cuyo timbre resonó en su oido como eco desprendido del cielo.

Sus miradas elevadas al cielo bajaron á la tierra y vió junto á sí á su hermoso amante,

—¡Angelina!—repitió Arturo con trémulo y amoroso acento.—Es cierto que vuelves á tu valle?

—Sí, — murmuró Angelina tímidamente y con voz armoniosa pero triste.

—¡Oh Angelina! separarnos tan pronto! separarnos á las pocas horas de habernos conocido!

—¡Dios lo quiere así!–murmuró la jóven con voz entrecortada por los sollozos.

—Pero tú no me olvidarás, Angelina?

—¡Nunca!–dijo la pobre campesina dejando correr sus lágrimas.

—Oh! no llores, Angelina!–esclamó Arturo sintiendo temblar una lágrima en sus párpados.

—¡Oh Angelina, no llores, por Dios! –añadió estrechando entre sus manos, con dulces y amorosos trasportes, la mano de su amante que ella le abandonó cariñosamente.

—Qué nos importa la distancia?–prosiguió.–Siempre estaremos unidos por el pensamiento. Yo me acordaré siempre de tí y siempre tú te acordarás de mí. Yo siempre pensaré en tí y tú pensarás siempre en mí, no es verdad, Angelina?

—Sí, murmuró la campesina enjugando sus lágrimas.

—Me quieres mucho, Angelina?

—Sí, murmuró la jóven tímidamente,

con voz temblorosa y de timbre delicioso.

Y llena de pudor, bajó los ojos.

--Y si tanto me quieres, Angelina, no te aflijas, porque para los novios no existe el tiempo ni la distancia. Yo te escribiré todos los dias.

—Yo no sé leer,–balbuceó la candorosa campesina bajando la frente llena de vergüenza.

—No sabes leer, Angelina! –esclamó Arturo admirado.

—No, repitió la jóven sin alzar la frente.–Mis padres tampoco saben.

Hubo un momento de silencio entre los dos amantes.

Oh! qué triste era aquella confidencia de lágrimas de dos novios próximos á separarse, confidencia arrullada por los quejidos del vientecillo en los árboles, por el lejano rumor del choque de las olas contra los arrecifes, y por el gemido de los manantiales de aguas calientes qne corrían murmurando cristalinas gotas.

—Y tu madre, Angelina?

—Mi madre duerme.

—Y tu padre?

—Mi padre!....¡pobre padre mio!....

Las lágrimas bañaron otra vez las megillas de la vírgen.

—No te desconsueles, Angelina; ten resignacion y ruega á Dios: tu Arturo rogará tambien.

—Sea lo que Dios quiera!—mururó Angelina sin poder reprimir su llanto.

En aquel instante la campana de la iglesia zumbó tristemente en el espacio, y el eco repitió de montaña en montaña el toque del *Ave-María.*

Aquella campana hizo estremecer á los dos amantes. Aquel toque vibró en sus corazones como el doble de muertos.

—Adios, Angelina,—dijo Arturo cuando aún temblaba en el aire la última vibracion.—Ya las estrellas empiezan á languidecer, y si permaneces mas tiempo en la ventana el fresco de la madru gada puede hacerte daño. Ya el dia se

acerca. No oyes el canto del gallo? No oyes las campanillas de las vacas de los lecheros que se van reuniendo en la plaza de la iglesia? No ves el primer rayo de la aurora en la cruz del campanario de la aldea? No ves como alumbra ya el lucero de la mañana entre las pencas de los cocos? No ves la claridad del alba blanqueando el cielo? Adios, Angelina, hasta luego. Yo me sentaré en el muro del puente para verte pasar, para saludarte con el pañuelo, para decirte adios, para seguirte con la vista, con el corazon.

—Adios Arturo, -murmnró Angelina llorando.

Y los dos amantes se separaron.

CAPÍTULO IV.

I.

Los aldeanos despertaron con el canto de los pájaros, y llamados por el repique de las campanas se dirigieron á la iglesia para oir la misa de los pastores. Á aquella hora, en que se perciben mejor los mas ténues rumores porque la humedad de la madrugada es buena conductora del sonido, las campanas vibraban con timbre mas agradable, y el eco prolongaba mas tiempo aquella armonica vibracion que se estendía al fondo del valle perdiéndose lentamente de monte en monte, de cañaveral en cañaveral, de cafetal en cafetal.

Ya los arrieros que conducían las récuas cargadas de plátanos, gallinas, verduras y frutas, tomaban café en las bodegas, á la luz de las lámparas de acei-

te: ya los lecheros rodeados de los criados de los bañistas que aún dormían, empezaban á ordeñar las vacas las cuales al mover la cabeza para lamer sus terneritos formaban agradable concierto con el sonido de las campanilas: ya los pescadores, que acababan de llegar, estendían en un ángulo de la plazoleta de la iglesia hojas de almendro y pencas de coco para colocar sobre aquella alfombra su abundante pesca: ya los negros, con sus farolitos en la mano, salían de las cabañas para comprar la leche y el pescado. —¡Qué bello era este cuadro alumbrado por ese claro-oscuro sombrío pero tan poético de la última hora de la madrugada!

II.

El dia amanecía lentamente.

La primera luz de la mañana tenía ese purísimo violado de las mañanas de otoño. —La aérea cruz del rústico campa-

nario, las flechas de los gigantescos y siempre verdes pinos, y los tembladores plumeros de los palmares ondulaban en aquella luz linda y misteriosa.

Las abejas de abril y mayo zumbaban en las flores purpurinas de los cafetos, y los pájaros de primavera cantaban en las cañas de azúcar.

Arturo sentado en el muro del puente contemplaba con tristeza aquel panorama, abismado en esa vaguedad en que se pierden las almas soñadoras.

III.

Antes de asomar el sol, apareció, en una de las calles que desembocan en la plazoleta de la iglesia, una carreta tirada por cuatro bueyes, y conducida por un viejo campesino y por un negrito de catorce años.

Al pasar la carreta por el puente, Arturo y Angelina se dirigieron una de esas miradas, poemas de suprema amar-

gura, que encierran un adios lleno de lágrimas y de sentimiento.

La pobre jóven se llevó el pañuelo á los ojos para enjugar su lloro. Hubiera querido morir allí mismo, á los piés de su amante, ántes que salir de aquella aldea donde dejaba su alma, su vida, su corazon, su pensamiento; donde quedaba su ídolo, su encanto, su hermano, su amigo, su todo.

—Donde quiera que me halle, ¡oh Arturo!—balbuceó Angelina,—siempre estenderé mis manos hácia tí, siempre te buscarán mis miradas y tu nombre lo pronunciarán mis lábios todos los dias, á todas horas, en todos los instantes.

Y al pronunciar esas palabras, Angelina dejó caer sobre la yerba del camino su pañuelo empapado de lágrimas que aún conservaba el calor de su seno.

El desconsolado novio cogió el pañuelo, y llevándolo á sus lábios cubriólo de besos, probando así el contacto de su amante. Guardó el pañuelo sobre su co-

razon, y siguió con la vista la carreta que se alejaba lentamente arrebatándole su linda Angelina á la que amaba con amor profundo, con amor suave, con amor religioso.

Cada vuelta que daban las ruedas de la carreta, era una espina que la desgracia encajaba en su pecho; cada minuto que pasaba era un puñal agudo y helado que el destino enterraba en su corazon, porque cada minuto que pasaba, cada movimiento de las ruedas de la carreta, le ocultaban una línea de las facciones de su novia, un perfil de su pálido semblante, y ponían la distancia entre ella y él, distancia que de instante en instante se iba aumentando.

La carreta desapareció al fin en un recodo del camino. Entónces el jóven se subió sobre el muro del puente, pero nada distinguió. Solo pudo oir la voz del carretero que gritaba á los bueyes llamándolos por sus nombres, nombres que el eco repetía:

—¡*Grano de oro*! ¡*Diamante*! *Pelegrin*! ¡*Perla fina*!

El amante de Angelina lloraba, y lloraba como un niño.

Arturo se quedó solo con su amor y su tristeza. ¡Pobre Arturo! ¡Pobre jóven!

Tal fué la novela de sus amores que Angelina refirió á su madre.



LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO I.

I.

—Pero hace cuatro meses que estamos aquí, Angelina, y todavía Arturo no te ha escrito.

—Olvidas, mamá, que yo le dije que no sé escribir?

—Y porqué no ha venido á verte?

—Vivimos tan léjos!....

—Para los novios no hay distancia lejana, Angelina.

—Pero están los caminos tan malos!.. hace tantos dias que llueve sin cesar!..

—Yo tengo mas esperiencia que tú, hija mia, y conozco un poco el mundo. Quién sabe si el amor de Arturo será amor pasajero, amor de un dia. Habrá

vuelto á la Habana, y allí, distraido con los bailes y los teatros, no se acordará de tí, y tal vez te habrá olvidado por otra jóven miéntras tú lloras por él. ¡Quién sabe, hija mia, si su amor habrá durado lo que duran las flores de la *malva-rosa*! ¡Quién sabe, Angelina, si Arturo habrá sido inconstante como el color de esas mismas flores que por la mañana son blancas, rosadas al mediodia, y por la tarde purpurinas!

—¡Olvidarme por otra jóven!—esclamó Angelina con acento desgarrador.

Y un relámpago de celos atravesó el corazon de la pobre niña.

—¡Oh mamá, no ofendas á Arturo sin conocerlo!—añadió llorando.—Arturo no puede engañarme, no puede faltar á su palabra, no puede olvidarme por otra jóven.

—¡Ojalá sea lo quedices, Angelina! Solo te pido que te muestres agradecida con D. Antonio, y no te parezcas nunca al *jagüey*, esa planta ingrata que se ali

menta á espensas del árbol en que se apoya chupándole su jugo. Yo quiero que siempre seas buena; yo quiero que nunca seas mala como el *guao*, ese árbol que con su sombra hincha y dá picazon, y que con su leche venenosa produce llagas que duelen mucho; yo quiero tambien que no seas mala como el *manzanillo*, ese árbol cuyas flores producen con su perfume hasta la muerte.

Así habló la escelente madre, abrazando á su hija, besándole la frente, acariciando sus megillas, y enjugando sus lágrimas. Luego la llevó al cuarto del enfermo mièntras ella encendía la lámpara de la sala.

Por fortuna la amante de Arturo había logrado dominar su emocion, ocultando así á los ojos de D. Antonio sus secretos pesares.

—Ya está aquí Angelina, D. Rafael. Ella lo acompañará miéntras yo voy á la sala á fumar un cigarro. *Ahorita* vuelvo.

Y al decir estas palabras, D. Antonio salió del cuarto del enfermo.

Angelina se alegró porque no sabía como desviar de su frente las miradas amorosas que D. Antonio le dirigía.

En aquel instante los truenos se oyeron mas cercanos. La tempestad se aprocsimaba.

CAPÍTULO II.

I.

—Escucha, hija mia,—dijo D. Rafael haciendo que la jóven se sentase en la orilla de su lecho.—Escúchame bien, y que mis palabras, mis últimas palabras queden siempre fijas en tu memoria.

Y rodeando con su brazo la cintura de su hija, añadió con cierta solemnidad:

—Yo me siento morir, Angelina, y conozco que voy á morir muy pronto, tal vez esta misma noche. Yo moriría contento si tu porvenir no me inquietara, pero la muerte me es horrorosa, horrible, al considerar que mi Angelina y mi María, despues de mi muerte, no tienen amigos si desgraciadamente D. Antonio muere tambien. Muertos nosotros dos, qué será de ustedes? Solas, solas en el mundo, y pobres! Si á lo ménos yo

les pudiera dejar algun dinero!.... Es verdad que el dinero no forma la felici dad, pero tambien es verdad que evita muchos trabajos y ahorra muchas lágrimas. Yo sufro mucho al hacer estas reflexiones, pero tú, Angelina, puedes asegurar tu porvenir y el de tu madre.

—¡Yo, papá!—esclamó Angelina profundamente admirada.

Y sin saber por qué, la pobre niña tembló.

En aquel instante oyóse el toque lento y lejano de la plañidera campana de un ingenio inmediato.

La campana de la tarde, vibrante y melancólica, tocaba paulatinamente la oracion crepuscular.

—Hay un hombre, hija mia, honradó como pocos hombres, y de un corazon tan bueno como la malva. Ese hombre hace dos años y medio que es nuestro padre, nuestro hermano, nuestro amigo, nuestro consuelo, nuestro bálsamo, nuestro protector, nuestro único apoyo.

nuestro Dios. Cómo pagar tales beneficios?

—Con la gratitud, papá.

—Pero cómo manifestar esa gratitud, Angelina?

Y el padre dirigió á la hija una mirada investigadora.

La hija comprendió la mirada del padre, y sintió en su pecho dolor vivo y punzante.

—Ese hombre, hija mia, á quien tanto debemos, ese hombre te ama, y si tú lo amas, te quiere por esposa.

Angelina se llevó el pañuelo á la boca para sofocar un grito que se escapaba de su pecho fuertemente oprimido. Un sudor, frio como la nieve de Enero, roció con gotas de cristal su pálida frente que parecía una franja de terciopelo dorado esmaltado de diminutas perlas.

Los truenos se acercaban cada vez mas, y el viento, quejándose en los pinos, imitaba el último jemido de un moribundo

—Si tú amas á D. Antonio, hija mia, debemos considerarte dichosa, porque la pobreza no te atormentará, y tu pobre madre, mi pobre María, ya no trabajará más, ya no sufrirá más, ya no llorará mas.

—Qué dices, papá?—esclamó la jóven con arrebato.—¿Es verdad qué entónces mamá no trabajará mas, ni sufrirá mas, ni llorará mas?

—Sí, Angelina, porque casándote con D. Antonio tendrás siempre en tu mesa pan fresco y agradable, y ni tú ni María tendrán que trabajar como negros, ni pasarán tantas noches en vela como han pasado hasta ahora para ayudarme á comprar el pan de cada dia. Pero si no te casas con D. Antonio, quién sabe la suerte que te espera! Todos los campesinos de estos alrededores son pobres. muy pobres, y ninguno puede hacerte feliz como nuestro amigo. Si uno de esos campesinos es tu marido, tu vida seguirá siendo una vida de miserias y

trabajos. Qué vejez le espera entónces á tu pobre madre, á mi pobre María! qué de dolores taladrarán su corazon, y quién sabe, Angelina, quién sabe si los padecimientos de su alma acabarán con ella y te quedarás sin madre como te vas á quedar sin padre!

—¡Morir mi madre!—esclamó Angelina en un arrebato de dolor—Yo me casaré con D. Antonio, papá, y mi madre no morirá.

—¡Bendita seas, hija mia! Dios te bendiga porque me dás una muerte agradable!—esclamó el enfermo abrazando á la jóven cuyo sacrificio heróico no adivinaba, y á quien hacía desgraciada creyendo hacerla feliz.

II.

—Abráceme usted, D. Antonio!—añadió D. Rafael dirigiéndose á su jeneroso amigo que en aquel momento entraba en el cuarto, seguido de Dª María.—Abrace usted á este pobre viejo agonizante que está llorando de alegría por-

que Angelina quiere casarse con usted.

Un cárdeno relámpago inundó de vivísima luz toda la cabaña.

Angelina se echó en los brazos de su madre, cubrióle la boca con el pañuelo, y empujándola suavemente hácia la sala, dijo en voz baja entrecortada por angustiosos sollozos:

—Cállate, mamá. Tu hija hace tu felicidad.... Casándome con D. Antonio.... no tendrás que trabajar tanto, y tu vejez será tranquila. He dado mi palabra á papá, y la cumpliré....

—Quiero hablar á Rafael,—esclamó la escelente madre en ademan resuelto.

—Rafael, que nada sabe, lo sabrá todo, y te devolverá la palabra que le has dado.

Y desasiéndose de los brazos de su hija, entró en el cuarto del enfermo, pero D. Antonio se adelantó, diciendo con acento profundamente conmovido:

—Roguemos á Dios por el alma de D. Rafael!

El padre de Angelina acababa de morir en los brazos de D. Antonio. La emocion de la alegría, impresionando fuertemente y agitando violentamente aquella organizacion ya deleznable y casi sin vida, habia herido de muerte el corazon de D. Rafael.

....

....

El horrísono estampido del trueno rodó sobre la choza, y las cataratas del cielo se abrieron dejando caer torrentes de agua, vivísimamente iluminados por la deslumbradora luz de los relámpagos que se sucedían sin interrupcion, cubriendo todas las nubes de una estensa sábana de resplandores ya encarnados, ya de color de azufre, y envolviendo la tierra en una atmósfera de fuego.

La tempestad acababa de estallar.

CAPÍTULO III.

I.

El dia siguiente, próximo el sol á ocultarse, se detenía en el campo-santo de aquella comarca, tres leguas distante de la choza de Angelina, una carreta, adornada con ramos y guirnaldas de flores de color naranjado, de color pajizo ó azufrado y de color amarillo como el oro, flores que se conocen con el nombre de *claveles de Indias ò claveles de muerto*.

La carreta era tirada por dos bueyes, negros como la muerte, cuyos tarros estaban adornados con adelfas funerarias ó *rosas francesas*, llenas tambien de gotas de agua como los ramos y guirnaldas de *flores de muerto*.

La tempestad que había estallado con ímpetu en los momentos en que D. Ra-

fael espiraba, había calmado al amanecer del nuevo dia, pero densas nubes continuaron cerrando los horizontes y lijeras lloviznas siguieron empapando la tierra hasta las tres de la tarde, hora en que las lloviznas cesaron, y en que el sol, pálido y sombrío, asomaba entre las sombrías nubes como si quisiese alumbrar con sus rayos, lívidos como los muertos, el cadáver de D. Rafael, hasta que el sepulturero guardara, en la noche de la eternidad, los despojos de aquel pobre desterrado, que, despues de cumplida la época de su peregrinacion por esta tierra con tanta verdad llamada valle de lágrimas, volvía á la pátria de los buenos:—el cielo.

Un ataud, forrado de negro, se veía en el centro de la carreta. Una rama de sáuce y una rama de lloron estaban colocados sobre el ataud en forma de cruz.

Seguía otra carreta, adornada con ramas de pino y tirada por dos bueyes

cuyos tarros estaban adornados con ramas de ciprés. En esta carreta iba la fúnebre comitiva.

El cadáver de D. Rafael había sido espuesto, entre blandones amarillos, en la sala de la casita de D. Antonio.

II.

Angelina y doña María habían quedado en la cabaña de D. Rafael al cuidado de la mulatica Abebí, y acompañadas por *Loló*, por *Petra*, y por *Bebé*, las hijas del mayoral del ingenio, cuyos cañaverales lindaban con el buniatal del difunto.

D. Antonio había convidado para acompañar el cadáver á D. Magdaleno el arriero, D. Matilde el boyero, D. Santiago el sitiero, Juanillo el *guarda-candela*, D. Agustin el mayoral, D. José de la Merced el carretero, D. Manuel el maestro de azúcar y D. Atanasio el carpintero.

Tambien iba en el entierro el négro José Jesus que sentía hácia D. Rafael un agradecimiento purísimo, porque un dia se había postrado á los piés del labrador pidiéndole con lágrimas le sirviese de *padrino* para con el administrador del ingenio que le iba á dar cincuenta latigazos porque se había quedado dormido en el *batey* miéntras hacía la guardia de la madrugada.

La fúnebre comitiva se puso en marcha á las cuatro de la tarde. Las dos carretas recorrieron tres leguas, llegando al cementerio en los momentos en que el astro moribundo, *el sol de los muertos*, trasponía el collado y las lejanas alturas, ocultando su disco, lúgubremente purpurado, en el esplendorosò mar.

Los guajiros que transitaban por la calzada, al pasar junto al entierro, se quitaban respetuosamente el sombrero de *yarey*, diciendo:

–¡El Señor lo tenga en su santa gloria!

Las hojas que la tempestad había arran-

cado alfombraban el camino, en cuyas orillas se veían derribados grandes platanales y estensos maisales. Piaban las avecillas, y las *áuras* posadas en las pencas de las palmas, estendían sus alas, húmedas con el agua de la tempestad, para que se secasen á los tibios rayos del sol de la tarde.

Tambien los pajarillos piaban entre las flores del campo-santo, y tambien las *áuras* con las alas abiertas se posaban en la cruz de la capilla.

III.

El sepulturero tomó la azada, cavó la tierra, y los convidados condujeron en hombros el ataud hasta aquella huesa donde fué enterrado el padrede Angelina en medio del sepulcral silencio de la fúnebre comitiva que, con el sombrero en la mano, oía con religioso silencio el ruido sordo que producía la tierra al caer sobre el féretro. D. Antonio inclinó la

cabeza, y en sus párpados tembló una lágrima. ¡Hermosa ofrenda que un corazon honrado tributaba piadosamente á la memoria de otro corazon honrado!

El negro José Jesus se arrodilló sobre la sepultura, besó la tierra, y regó aquella humilde tumba con maís tostado y granos de arroz. Así aquel esclavo daba á la humanidad una leccion severa y encantadora de reconocimiento profundo!

La comitiva subió á la carreta que estaba adornada con ramas de pino y ciprés, y siguiendo tras la otra carreta donde había sido conducido el ataud, regresaron por el mismo camino á la heredad de D. Antonio sin pronunciar una sola palabra en toda la travesía.

¡Tal fué la última página de la dolorosa historia de aquel mártir desconocido del resto de los hombres!

LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO I.

I.

Han pasado quince dias.

Á la hora en que callan las aves y se cierran las flores, Angelina, sentada al pié de la higuera que había sembrado su padre, se hallaba solitaria entregada á sus recuerdos y á sus pesares.

El sol se había ocultado ya, y la luna llena se alzaba, tímida y pudorosa, sobre el platanal, besando con sus primeros rayos la frente de la jóven.

No léjos, una paloma lustraba con su pico rosado su plumaje de blanca espuma.

La oveja, acostada sobre la yerba, lamía á su tierno corderillo, el cual, me-

neaudo el rabo, mamaba ansiosamente.

Abebí, –que desde la muerte de D. Rafael, siguiendo las órdenes de D. Antonio, no se había separado de Angelina,–limpiaba la loza junto al platanal, cantando la *Bayamesa* con voz flexible y argentina, llena de dulce melancolía que despertaba un eco triste en el corazon. Aquel canto lánguido y quejumdroso, á aquella hora y en aquel sitio, conmovía profundamente y hacia llorar. Angelina pensaba en su padre, pensaba en Arturo: aquellos recnerdos la enternecieron y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

II.

¡Pobre niña! Veia, en la aurora de su vida, desvanecerse la aurora de su amor: veia disiparse sus ensueños de rosa y oro y sus plateadas esperanzas: veia agostarse la dorada flor que empezó á entreabrirse en la verde primavera de su corazon el dia que Arturo la atrajo con el magnetismo de sus miradas. Los nue-

vos horizontes de color de rosa que desde aquel dia dilataron el horizonte de su vida, se desvanecian como se desvanece el perfume de la azucena que se marchita. Los rosados fantasmas de la imaginacion enamorada que siempre rodean el lecho de los corazones que sueñan con el objeto de sus amores, se disipaban como se disipan al aparecer el sol las brumas purpuradas de la primera hora de las esplendentes mañanas de estío.

III.

Maria, qne cosia en la sala, y que desde allí observaba á su hija se acercó á Angelina sin ser sentida porque la yerba sofocapa el ruido de sus pasos.

—Lloras, Angelina?–le dijo cariñosamente.

La jóven se estremeció al verse sorprendida.

—Comprendo cuanto pasa en tu alma, hija mia,–añadió la madre con amargu-

ra.—Lloras por la muerte de tu padre, pero esas lágrimas que derramas por él, las derramas tambien al acordarte de Arturo.

La jóven tembló porque había sido sorprendido el misterio de sus silenciosas lágrimas.

—Soy madre, Angelina, y no puedo consentir te cases con un hombre á quien no amas.

—Olvidas, madre mia, que así lo prometí á mi padre?

—Tu padre ignoraba tu secreto, y él te habría devuelto tu palabra si la muerte no lo hubiera sorprendido en el momento en que yo iba á revelarle tu misterioso amor.

—Entónces, mamá, habrias amargado sus últimos instantes.

—Es verdad que habria amargado sus últimos instantes, pero esos instantes eran breves, y el cumplimiento de tu palabra amargará toda tu vida, y tu vida puede ser muy larga.

La jóven se llevó la mano al pecho, comprimióse el corazon, y haciendo un esfuerzo supremo sobre sí misma para dominar la emocion que agitaba su alma, esclamó:

—Yo amo á D. Antonio....

IV.

Angelina mentía: mentía por la primera vez de su vida: mentía con heróica abnegacion, con sublime desprendimiento, con la calma del mártir, porque quería hacer la felicidad de su madre proporcionándole una vejez descansada, una primavera contínua.

Angelina mentía, y aquellas palabras: -*Yo amo á D. Antonio*-abrasaban sus lábios, dislaceraban su alma, y rompían su corazon en pedazos mil.

—¡Tú amas á D. Antonio!—esclamó Dª María profundamente admirada.

—Sí;-balbuceó Angelina haciendo otro violento esfuerzo sobre sí misma para

pronunciar ese *sí* que taladró su corazon como si le hubiesen atravesado el pecho con una espada fria y envenenada.

—Y Arturo?

—Arturo.....—murmuró Angelina palideciendo y sintiendo en su corazon la frialdad del mármol.—Yo no me acuerdo ya de él.

Y procurando sonreirse, repuso:

—¿Cómo he de recordar á quien no se acuerda de mí? Bien me dijiste una vez, mamá:—"Quién sabe si el amor de Arturo será amor pasajero, amor de un dia! Habrá vuelto á la Habana, y allí, distraido con los bailes y los teatros, no se acordará de tí, y tal vez te habrá olvidado por otra miéntras tú lloras por él. ¡Quién sabe, hija mia, si su amor habrá durado lo que duran las flores de la *malva-rosa*! ¡Quién sabe, Angelina, si Arturo habrá sido inconstante como el color de esas mismas flores que por la mañana son blancas, rosadas al mediodia, y por la tarde purpurinas!"—

Así me hablaste una tarde, mamá, porque tú tienes la esperiencia que yo no tengo, y porque conoces el mundo mejor que yo. Entónces, mamá, no creí en tus palabras, pero he reflexionado y veo que tienes razon. Y si tienes razon, porqué he de pensar en quien no piensa en mí?

Angelina, la heróica víctima, no pudo continuar. Los sollozos embargaron su voz, las lágrimas humedecieron sus mejillas.

—Pero tú lloras, Angelina.

—Son las últimas lágrimas que derramo á su memoria,—dijo enjugando las perlas de su corazon torturado.

—Desde hoy me verás alegre y risueña, mamá,—añadió luchando con su dolor para asomar á sus lábios una placentera sonrisa.

V.

En aquel instante Abebí se acercó diciendo:

—Ya viene por el puente mi amo Don Antonio.

La madre y la hija se dirigieron á la sala á recibir á aquel hombre que sentía latir en su pecho un corazon hidalgo y angelical.

Angelina, que nunca había mentido, que nunca había ocultado las emociones de su alma, engañó á su madre porque quiso hacerla feliz sacrificándose por ella, porque á sus ojos se presentaba á cada instante el cuadro sombrío que su padre le había trazado en sus últimos instantes.

¡Pobre Angelina! ¡Pobre Arturo!



CAPÍTULO II.

I.

Desde aquella tarde empezó para Angelina un nuevo martirio, una nueva agonía, sin consuelo, porque tenía que ocultar su dolor sonriendo con la sonrisa del corazon que no se queja; mirando con las miradas tranquilas del corazon tranquilo que palpita sin recuerdos amargos ni esperanzas sombrías; hablando con la voz cuyo timbre suena sin vibraciones quejumbrosas. Llevaba la muerte en el corazon y mostraba la vida en los lábios En presencia de su madre y de D. Antonio ahogaba en su garganta los gritos de su pecho torturado, sofocaba sus sollozos, y reprimía sus lágrimas. ¡Heróica fortaleza! ¡Martirio cruel! ¡Grandiosa fuerza de voluntad!

Empero, en la soledad de su cuarto daba espansion á sus lágrimas, prorrumpia en gemidos, y su corazon henchido de amargura, se abandonaba á los delirios y á los trasportes del amor apasionado y ardiente que la unía á su amante Arturo con guirnalda de rosas blancas, con broches de diamantes de purísimas aguas, con el lazo santo de esa simpática atraccion que emana del cielo y que yo no sé como llamar porque no encuentro en el lenguaje de los hombres una palabra bastante dulce, bastante suave, bastante melodiosa para dar un nombre armonioso á ese sentimiento delicioso que los poetas y los enamorados llaman *amor de los ángeles.*

II.

La heróica víctima quería corresponder á la pasion de D. Antonio, pero mentían sus lábios, mentía su corazon, porque era falsa y mentida aquella pasion.

¡Sacrificio sublime! ¡Finjir amor sin amar!

La pobre jóven profesaba á D. Antonio ese sentimiento apacible, suave, tranquilo que se llama amistad y que es inspirado lo mismo por el cándido niño que por el anciano venerable, pero no sentía por su protector ese amor profundo, ardiente, delicioso, que une á las almas castas y pudorosas, sentimiento purísimo que nos hace paladear emociones sin nombre alfombrando de frescos azahares el camino de nuestra vida y perfumando con balsámicas emanaciones la atmósfera que nos envulve, sol radiante y espléndido que se alza en el horizonte de nuestra juventud sobre las flores de la primavera de nuestro corazon.

—¡Oh Arturo! ¡oh dulce amigo mio! Yo no amo á nadie mas que á tí! perdóname, perdóname por compasion!

Así esclamaba Angelina todas las noches arrodillada al pié de su cama, de-

rramando esas lágrimas amargas, candentes, que la intensidad del dolor arranca del corazon como si fuesen gotas de sangre.

Al oir sus lamentos, un poeta habría esclamado con el Tasso:—"Lo mismo que el ruiseñor, exhala de su seno, enfermo de amor, la armonía de sus quejas."

III.

D. Antonio iba todas las mañanas y todas las tardes á la cabaña de Angelina, y las horas pasadas allí las empleaba en enseñar á leer y á escribir á la pudorosa vírgen que iba á ser su esposa, su compañera, la madre de sus hijos.

Así fueron pasando las horas, los dias, las semanas, los meses, hasta que trascurrió un año.—¡Qué horas tan lentas, qué dias tan largos, qué semanas tan interminables, qué año tan eterno!

IV.

Abebí no se separaba de Angelina. La peinaba, la consolaba, la hacía reir, jugaba con ella, le hablaba de D. Antonio, del mulatico Julio, y le decía á menudo:

—Mi *amita*, cuando su *mercé* se case con mi *amo* D. Antonio, qué alegre estará entónces el cafetal! Yo seré su criada de mano y su costurera, y Julio será el criado de mano y el calesero. Cuando Dios me dé hijo yo seré la criandera del hijo de su *mercé*. Mi hijo y el de su *mercé* jugarán juntos, serán hermanos de leche.

V.

Alguna que otra vez, instadas por D. Antonio, iban Angelina y su madre á la residencia campestre de éste buen hombre. Acompañábanlas siempre,

D. Antonio, el mulatico Julio, y la mulatica Abebí.

Durante el trayecto, la desgraciada jóven solía detenerse á la entrada de las *guarda-rayas* de esbeltas palmeras y floridos naranjosque conducen á cada cafetal, para contemplar el magnífico paisaje que presentan esas pintorescas alquerías.

Deteníanse siempre sus melancólicas miradas en los solitarios cipreses que elevan, por encima de las cercas de piedra, sus sombrías copas.—Las almas tristes son siempre contemplativas.

VI.

En la isla de Cuba los cafetales son olorosos jardines.

Sus portadas, algunas muy elegantes, están adornadas, á uno y otro lado, con altos é inmóviles cipreses, obeliscos de la vejetacion que prestan á esas valiosas heredades melancólico encanto.

Sus lindas *guarda-rayas*, rectas, prolongadas, limpias, y de arena roja,—que pueden considerarse como paseos amenos y deliciosos,—están formadas de hileras de soberbias palmas y floridos naranjos que esparcen la fragancia de sus azahares, entre cuyos árboles, de trecho en trecho, alzan airosamente sus anchas copas, su ámplio follage, el mango y el mamey, el mamoncillo y el sapote, el caimito y el mamoncillo.

Á uno y otro lado de las *guarda-rayas*, y á la sombra de elegantes plátanos de hojas colosales, osténtanse los cuadros de cafetos cuajados de flores blancas que parecen jazmines, y de cerezas rojas que semejan corales.

El *batey* de los cafetales, espacioso y sin una yerba, remeda el patio de una casa de recreo.—En su centro se ven bonitos jardines con asientos, glorietas, y cenadores; los *tendales*, estensos y aseados, y el rústico campanario: en sus alrededores, los almacenes de café, los

barracones ó *bujíos* de los esclavos, la enfermería, la habitacion del *mayoral*, y la *casa de vivienda* donde residen los propietarios, quienes festejan á los que llegan á disfrutar de los placeres del campo durante las fiestas de las Páscuas de Navidad, época deliciosa en que los *aguinaldos*, de todos colores, cubren las *tunas*, los *piñones* y las piedras de las cercas de las fincas, y lós *atejes*, *guásimas*, *jobos*, *guayabas*, y demás árboles silvestres.

Hay cafetales renombrados por su magnificencia, especialmente en los distritos de Alquízar y S. Márcos, lindos jardines de Cuba.

VII.

"La perpétua verdura de los árboles de los cafetales,—dice un viajero, —y el variado matiz de las flores, y la imponderable variedad de las plantas, contrastan caprichosamente con el

terso azul del cielo que las cobija y el encendido encarnado de la tierra que las produce. —Embellecen esas fincas infinidad de cuadros de cafetos dispuestos en líneas regulares, cuyas formas graciosas, cuyas hojas lustrosas y de un verde suave que encubren una multitud de granos encarnados que brotan por todas partes, forman un conjunto armonioso y encantador."

"La coquetería,—añade el mismo viajero,—el esmero, el lujo reinan en aquellas viviendas rodeadas de jardines magníficos. Allí se encuentran reunidas todas las maravillas vejetales de Oriente y Occidente: las hojas, los frutos y las flores más raras y más estrañas se ofrecen por donde quiera á los ojos del espectador, que no se cansa de admirar tantas bellezas. Un botánico tendría mucho que hacer aquí; en una parte se agrupan el *índigo*, el *cocotero*, el *alcanforero*, el árbol del *pan*, el *algodonero*: más allá, la vainilla estiende sus frutos

sobre un cuadro de fresas: el tamarindo se apoya sobre un cerezo; el canelo crece á la sombra de una encina; todos ellos dominados por otros árboles jigantescos que cubiertos de musgo y de enredaderas, tienen suspendidas á sus viejos troncos muchas jeneraciones de *angarilla*, *borococo*, *marrullero*, *guacalote*, *campanillas*, *curamagüey*, y de otras infinitas plantas. Los cafetales están separados entre sí por *guarda-rayas* de dobles columnatas de palmeras, cuya elevacion, valentía y majestad hacen latir el corazon de admiracion y alegría."

VIII.

El dia que Angelina iba al cafetal era para todos un dia de cándida y alborozadora fiesta. Parecía entónces que en la finca se respiraba la atmósfera del Paraiso.

Los negros le regalaban pollos, gallinas, y *catáuros* llenos de huevos y de

frutas: las negras le ofrecían ramos de flores, palomas y dulces hechos por ellas mismas.

Desde muy temprano se notaba en el cafetal un movimiento inusitado.

Al apuntar el alba ya todas las hornillas estaban encendidas. Una lámpara de cobre, reluciente como el oro, y dos farolitos de cristal, alumbraban la limpia y blanca cocina.

Al salir el sol, todas las cacerolas, donde se cocía el almuerzo, humeaban exhalando olor apetitoso.

Julio, rodeado de los bulliciosos *criollitos*, daba vueltas á una varilla de hierro puntiaguda, asador cuyas estremidades descansaban en dos piedras junto á un árbol, en cuya varilla, el novio de Abebí, con ramas de aromático *guayabo*, tostaba un *lechon*, y lo sazonaba sabrosamente con el escitante zumo del limon.

La mulata *Chucha*, mujer del *contramayoral Chumbo*, preparaba en la cocina guisados *criollos*;—Abebí confeccio-

naba el suculento *mondongo*, y entre todos, en el colgadizo de la cocina, hacían morcillas, chorizos, salchichas, y otros embuchados.

Servíase el almuerzo en el bosque, sobre la yerba. —Los platos eran pedazos de *yagua*; las copas, cañutos de *cañabrava*; los tenedores, espigas de *yüin* y de *bambú*, y las cucharas, hojas de *uva caleta* recortadas.

Nunca faltaban los *chicharrones*, el arroz *blanco*, los frijoles *dormidos*, el *picudillo* de vaca, el *tasajo* de puerco, los plátanos maduros fritos, y los plátanos verdes asados y humedecidos con manteca derretida.

Las flores brillantes de los trópicos, colocadas simétricamente en jarros de *búcaro*, adornaban siempre la mesa, y siempre, guirnaldas de hojas y rosas, tejidas por Abebí, cubrían el barandaje del colgadizo.

En la comida se saboreaba siempre el criollísimo *ajiaco*, cargado de zumo de

limon y *ají* picante, acompañado de tortas de *casabe.*

Aquellos rústicos banquetes eran sazonados por la más espresiva alegría, y presididos por la paz, el amor y la cordialidad.

Al compás del tambor africano cantaban y bailaban los negros. Ellos vestían zapatos de baqueta, calzones y camisas de listado, y pañuelos de *jayabá* al cuello; y sus compañeras túnicos de zaraza, mantas de algodon, aretes de oro francés, sortijas de piedras falsas, y collares de cuentas de vidrio de vivos colores.

Aunque los trasportes de alegría enajenaban todos los ánimos, aquel contento no contajiaba el corazon de Angelina porque no podía dominar su secreto pesar, su oculto dolor.

IX.

D. Antonio, con motivo de la proximidad de su casamiento, había introducido várias mejoras en su heredad.

Junto á su casita rústica había construido otra casita de dos pisos, espaciosa, elegante, pintada de azul, y rodeada de un colgadizo con persianas verdes, desde cuya azotea, adornada con macetas de flores y plantas aromáticas, se veían las copas de los árboles, los caseríos de las fincas inmediatas, las montañas que á lo léjos se confunden con las nubes, y las siluetas de los campanarios rústicos y de las aéreas torres de las plantaciones de cañas de azúcar que en lontananza se dibujan sobre el azul del cielo.

Agrandó el jardin que adornó con rústicas glorietas, agrestes cenadores y poéticos emparrados donde, durante las horas más ardientes del dia, se disfruta

de plácida sombra y deliciosa frescura. Adornólo tambien con asientos de yerba de perenne verdor cuyo espaldar era de auréolas, jazmines, *galan de noche*, *lágrimas de Cupido*, y *murraya*, recortadas con artística simetría. Tambien lo adornó con pequeños *tanques* llenos de agua donde crecía la *flor del agua*, de color de rosa y de color azul, de tamaño colosal aquella y de regulares dimensiones ésta.

Abrió, hácia el lado en que el sol se levanta, otra entrada á la finca, aprovechando una *guarda-raya* de palmas, alternadas de trecho en trecho con naranjos y limoneros, á cuyo pié, tambien alternando, crecían floridos rosales y grupos de lirios y de *brujas* blancas, amarillas y rosadas.

Aquellas líneas paralelas de limoneros, de naranjos, y de altas palmas que parecían columnatas del órden corintio; aquellos rosales y aquellos grupos de lirios y de *brujas* que adornaban la *guar-*

da-raya, alegraban, embellecían y perfumaban tan poética avenida.

En aquella residencia campestre, como en la gruta de Calipso, no había oro, ni mármol, ni estátuas, ni columnas: allí se desconocían las pompas mundanales y las nécias grandezas de la tierra: allí la naturaleza alzaba el pendon de la paz y de la sencillez.

Multitud de jáulas, pendientes del techo del colgadizo, encerraban el vivaz *tomeguin*, el dorado *canario* de variadísimos trinos, el *negrito* de armoniosos cantos, el *tomeguin* del *pinar* que en las primeras horas de la mañana canta sus amores sobre las espigas de las yerbas; el bullanguero *chambergo*; el *tocororo*, cuyo plumaje es de esmeralda, grana y zafiro; el *azulejo* que tanto ama la soledad de los bosques y tanto gusta del retiro á orillas de las aguas estancadas que sirven de depósito para regar arrozales; el *arriero de costa* de color aceitunado con reflejos bronceados cuyos sonidos

son agrestes y orijinales; el *sinsonte* indíjena de dulcísimas melodías y tonos variados que con tanta naturalidad remeda el canto de los otros pájaros y aún diferentes voces de los cuadrúpedos; el *ruiseñor criollo* cuyo canto es dulce metálico como el sonido de las cajitas de música, así nombrado á cáusa de la melodía con que emite sus armoniosos acentos en las apacibles noches de primavera, y tan justamente llamado el génio de las selvas por JUAN LEMBEYE, distinguido naturalista que, arrebatado por la admiracion que le inspira el *ruiseñor criollo* lo describe poéticamente en estos términos:

"El ruiseñor inventa y ejecuta á la vez, y sus composiciones llevan casi siempre el sello de la mas caprichosa originalidad. Recojido la mayor parte del dia este trovador de los bosques, buscando acaso en su retiro nuevas inspiraciones con que cautivar á su amada, espera, para salir, el crepúsculo, y á la

débil luz de los quebrados reflejos, entona sus cantares, interrumpiéndole sólo de vez en cuando el susurro con que la brisa estremece delicadamente las palmeras y los arbustos que el inspirado pajarillo elije por teatro. Entónces jugueteando de rama en rama, y dejándose entrever muy rara vez, puede decirse que improvisa deliciosos preludios, recorriendo el diapason en todos tonos para afirmar las dulces melodías que ya majestuosas, ya lijeras, entona en el silencio de la noche. No se limita el ruiseñor á tres ó cuatro frases musicales; lèjos de este servilismo, elije un tema y le varía con una maestría inconcebible. Á veces se ha observado que le repite en diferente tono pero elijiendo nuevos adornos y terminando por fin en una cadencia perfecta. Es indecible el hechizo del que le escucha, ya en sus alegres tonadas como en sus plegarias ó en el dulce adios que dirije al recojerse para ir á beber en las mismas fuentes de su génio, una nueva inspiracion."

CAPÍTULO III.

I.

Era una de esas noches de verano alumbradas por la luna, noches cuya belleza indescribible, cuya deliciosa frescura desvanecen el sueño y nos detienen fuera de la cama.

Bella estaba la noche pero triste, muy triste.

Angelina no había podido dormir, y sijilosamente había abandonado la cama.

Asomada á la ventana, contemplaba aquella hermosa noche, contemplaba las hojas muertas que caian temblando.

Su cabellera estaba destrenzada, y caía sobre sus espaldas semejando nu manto de terciopelo negro cuyo colór de azabache luciente resaltaba sobre el color blanco de sú traje de percala.

II.

Imperaba un silencio profundo en el que había algo de relijioso y augusto, silencio suavemente interrumpido por los lamentos que producía el vientecillo en los árboles, murmullo misterioso que á aquella hora parecía los suspiros y los sollozos de dos novios próximos á separarse, á cuyo murmullo se mezclaba el sonido quejumbroso del rio, y el triste y monótono jemido de los arroyuelos que caían murmurando cristalinas gotas.

Desde allí veía Angelina las casitas blancas de los pastores que, alumbradas por la luna y destacándose sobre la blanca claridad de la noche, producía en el alma una impresion tranquila, suave, santa y melancólica, semejante á la sensacion melancólica, santa, suave, y tranquila que esperimenta el alma cuando, en una serena

noche del mes de las flores y alumbrados por la jaspeada claridad de la luna, nos detenemos, solitarios y meditabundos, en las riberas de un mar apacible que murmura dulcemente como el último canto de un ruiseñor moribundo en su nido de flores.

Bella estaba la noche pero triste, muy triste.

III.

¿Qué hacía Angelina en la ventana? En la calma de la noche buscaba calma para su espíritu ajitado, alzando su alma hasta Dios entre los esplendores de las constelaciones.

¿En qué pensaba? Pensaba en Arturo, en su novio, como piensan todas las jóvenes enamoradas; pensaba en lo desconocido, en lo incomprensible, en lo infinito.

¿Qué ideas flotaban en su imajinacion? Ideas tristes, sombrías, desoladoras; ideas de luto, de amargura, de martirio.

IV.

Un año ántes, en una noche semejante á aquella, Angelina había hablado por primera vez con su novio.

Angelina se acordaba de aquella noche inmortal en su memoria y en su corazon; los recuerdos la enternecieron y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

Se acordaba de su querido Arturo, de sus palabras tan cariñosamente pronunciadas, de la dulce languidez de sus miradas, de la cándida ternura de sus sonrisas, de la suave melancolía de sus facciones, y del timbre de su voz que conmovía el corazon como el eco de música lejana.

Creía ver en la luz de la luna el suave reflejo de los ojos de su amante; creía oir su voz en los quejidos del vientecillo, en el melancólico sonido del rio y en el lamento tristísimo de los arroyuelos; creía ver, á la claridad de la luna, las blancas paredes del cementerio de la al-

dea de los baños de azufre; creía oir el lejano rumor del choque de las olas contra los escollos, y el jemido de los manantiales de agua caliente; y se complacía en recordar todas las líneas, todos los perfiles del semblante de su novio.

¡Cuán dulce es el recuerdo! El recuerdo es uno de los más preciosos dones de la naturaleza....

V.

—¡O Arturo! mi tierno Arturo! sólo á tí ama mi corazon! perdóname si te sacrifico!

Así murmuraba Angelina llorando, y cuando así murmuraba, añadía, cruzando las manos sobre su inmaculado seno:

—O Dios mio! Compadécete de la hija y perdona á la amante! Dame fuerzas para inmolar mi amor, el amor de novia, en aras de otro amor, el amor filial, en aras del bienestar de mi madre! dame valor para consumar mi sacrificio.

VI.

De recuerdo en recuerdo, de meditacion en meditacion, no sintió que se deslizaban las horas de la madrugada hasta que la campana del ingenio inmediato, zumbando tristemente en el espacio, repitió de montaña en montaña, el melancólico toque del *Ave-María.*

Angelina se estremeció. Los ecos de la campana vibraron en su corazon tristes como el sonido de la campana de la iglesia que á la caida de la tarde dobla á muerto.

Apartóse de la ventana, y trémula, asustada, entró en su cuarto.

El gallo, cantando en el corral, anunciaba en aquel momento la aparicion de la aurora y la proximidad del dia.

CAPÍTULO IV.

I.

El dia que se verificó el casamiento de Julio y Abebí, era uno de esos dias de aurora perpétua, de primavera perenne en los que, –como dice Víctor Hugo,– parece que toda la naturaleza está de vacaciones, de risa y de fiesta.

D. Antonio en señal de regocijo, regaló á las negras túnicos de muselina, y á los negros camisas de holanda.

La alegría era frenética: todos se esmeraban en festejar á los desposados.

La comida fué copiosa, *criollísima*, y agradable por la variedad y muchedumbre de manjares. Abundaban la carne de ternera, carnero y *guanajo*, los dulces *criollos* y el vino de *piña*. El *lechon* tostado figuraba en el centro de la me-

sa primorosamente adornado con flores y mariposas.

Dª María, recostada en una *butaca* y con su tabaco en la boca, y D. Antonio y Angelina reclinados con neglijencia tropical en *mecedores* de mimbre, contemplaban, desde el *colgadizo*, aquel cuadro tan fresco, tan agradable, tan sencillo.

El perro *Sab*, ladrando y meneando el rabo, tan pronto se echaba á los piés de D. Antonio como retozaba junto á Angelina, tan pronto corría por la *guarda-raya* como saltaba al rededor de la mesa del festin, participando de la alegría general.

Al empezar los bríndis, D. Antonio entregó á los dos novios la *carta de libertad* que fué recibida entre vítores atronadores.

Abebí, llorando de contento y abrazando á su libertador, brindó por el mejor de los *amos*, y Julio, enternecido, abrazándolo tambien, brindó por el más

noble de los *blancos.*—¡Hermosa escena que conmovía y dilataba el alma!....

Poco después, D. Antonio, cumpliendo el ofrecimiento qne había hecho á Angelina, en celebridad de ser ésta la madrina del matrimonio de Julio y Abebí, dió tambien la *carta de libertad* á los únicos esclavos que le quedaban.

Renunciamos á describir la alegría de aquellos negros............

II.

Abebí estaba arrebatadora con su blanco traje nupcial, regalado por su libertador, traje aéreo de muselina y de cintas que parecia hecho, como diría Víctor Hugo, de alegría y de música, perfumado de lilas.

La corona de cándidos azahares había sido la ofrenda cariñosa de Angelina, corona que con trémula mano colocára en la frente de la mulatica.

—¡Cuanto te envidio, oh Abebí!—pen-

saba Angelina contemplando á la amante de Julio. —¡Cuánto te envidio, porque te has casado con el hombre á quien amas, con el elejido de tu corazon! ¡Desgraciada de mí que voy á unirme á un hombre á quien no amo, á un hombre á quien debia amar pero que no puedo amar porque ántes de que me enamorára ya yo amaba á Arturo!....

Y más de una vez Angelina tuvo que llevarse disimuladamente el pañuelo á los ojos para enjugár una furtiva lágrima, y mas de una vez la linda hija de los trópicos, abatida y meditabunda, inclinó su frente dorada por los ardientes rayos del sol de su pátria, como se dobla el lirio cuyo delgado tallo no puede sostenerle.

Julio y Abebí confundían sus dos existencias en una sola. Una irresistile corriente de magnetismo misterioso los enlazaba. Sus corazones, inundados de purísimo placer, se cruzaban sonrisas de amor y frases cariñosas. Sus ojos bro-

taban miradas de ardiente simpatía, em papadas de suavísima dulzura.

La sonrisa de la felicidad brillaba como una flor en los carminados lábios de la virginal mulatica en cuyas doradas mejillas el ángel del pudor entreabría el ramillete de sus rosas.

Los dos reciencasados saboreaban las dulzuras del éstasis, y había todo un cielo en aquel éstasis.

III.

Los ardientes ojos de Abebí, negros como las plumas de los cisnes de Nueva Holanda, hacían repetir á Julio estos versos que había aprendido en los *Cantos del Siboney* de Fornáris, el popular poeta bayamés:

Tus ojos
son lo mismo que dos brasas;
así que por donde pasas
queda un rastro de esplendor.

IV.

Concluido el festin nupcial, cantáronse, al son del *tiple* melancólico, tristes canciones cubanas, y se bailó la arrobadora y voluptuosa danza criolla.

Julio, apoyando su mano derecha en el talle de ninfa, en la cintura de avispa de su novia, bailaba con ese *oido* esquisito que distingue á la gente de color. Los diminutos piés de Abebí parecían que no tocaban la tierra.

Los negros, al compás del rústico tambor africano, cantaron, palmotearon y bailaron hasta el cansancio.

V.

—Tú no eres pobre, Abebí,—decía Julio á su novia miéntras bailaban.—Tú eres muy rica.

—Sí, soy rica porque eres mi marido.

—Tú eres rica porque tienes mucho oro,

mucha púrpura, muchas perlas.

Yo mucho oro, mucha púrpura, y muchas perlas? decía Abebí asomando á sus lábios de carmin una sonrisa de irresistible seduccion que dejaba ver la belleza de su dentadura.

—Sí, porque tu corazon es de oro, porque tus lábios son dos franjas de púrpura, porque tus dientes son dos sartas de perlas.

VI.

El regalo de Julio á Abebí fué un *sunsun* de color purpúreo metálico, con reflejos acarminados, violados, dorados y verde-azulosos, *sunsun* que por una casualidad había logrado cazar la tarde anterior entre la perjudicial yerba de D. Cárlos y el aromático romerillo que rodeaban la laguna del *potrero*, á donde iban á parar los patos silvestres y las palomas torcazas y en cuyos alrededores saltaban los *sabaneros*, *los frailecillos* y las cándidas *tojositas* llamadas *biajanís* por los indios.

Abebí se apresuró á dar la libertad al precioso pajarillo porque es tan silvestre, libre y fugaz que no puede existir dos dias cautivo.

VII.

"El *sunsun*,—dice el distinguido naturalista *Juam Lembeye* con ese estilo elegante é impregnado de poesía que le es peculiar, —es una bellísima joya de la naturaleza, en cuyas plumas de admirable estructura resplandecen las luces del rubí y esmeralda con toda la intensidad del sol ardiente que las ilumina.—Creado para vivir en una atmósfera perfumada por el azahar de las flores, se le encuentra zumbando de contínuo al rededor de sus pétalos, deteniéndose suspendido como por encanto delante de cada una, á manera de aquellas mariposas crepusculares conocidas con el nombre de *esfinjes* con las que se les confunde cuando visitan las plantas á la caida de la tarde.

"Si nos trasladamos á las risueñas florestas de nuestros campos, veremos gozar de su alegre vida á estos lucidos fragmentos del arco íris, corriendo incesantemente de flor en flor como si les animára el liviano espíritu de alguna sílfide: allí sostenido por sus álas invisibles, ya se le vé recorrer con vuelo somero las plantas floridas que matizan el suelo, ya elevarse hasta las trémulas guirnaldas de los bejucos, que desmayadas fluctuan á merced del viento desde la altiva copa de los árboles.

"Al contemplar este diminuto sér brillante como la estrella más refuljente de nuestras constelaciones; rápido en sus movimientos como la fugaz exhalacion que cruza el firmamento, al verlo, repito, tan jentil y gracioso, apénas hubiéramos podido concebir mayor conjunto de belleza.

"En los últimos meses del año suele frecuentar las marismas silenciosas donde la *llana* y otros árboles de ribera em-

piezan á cubrirse de flores al abrigo de los manglares. Allí suele sentirse de vez en cuando el zumbido de sus diminutas álas al pasar sobre la copa de los árboles, en cuya elevacion es difícil distinguirle de los innumerables insectos que como él acuden de todas partes, y quizá pasaría desapercibido si otra vejetacion puramente local no esparciese á menor altura sus lucidas producciones.

"En los terrenos bajos visitados por el *sunsun*, el *roble* deja sus hojas y se cubre de guirnaldas rosadas; la *majagua* matiza de rojo y amarillo su verdinegro follaje, y algunas enredaderas muestran sus cálices inclinados hácia el suelo. El pájaro que desde la altura descubre tantos alicientes se precipita repentinamente, y recorre las matas con vuelo tan rápido que en el momento se pierde de vista; pero cada rama florecida que encuentra al paso, cada capullo que se se entreabre á la sombra de las hojas, llaman su atencion y hacen detener su

marcha; así es que aparece y desaparece instantáneamente, permitiéndonos contemplarle solo el breve instante que permanece aleteando para absorver el néctar y apresar los pulgones que viven entre las corolas: en esta operacion se eleva á la altura de cada flor, prolongando el cuello que despide luces tan rojas como el fuego de Bengala; rejistra con atencion su seno, é introduce en él su lengüecilla flecsible con la mayor delicadeza."

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

LIBRO QUINTO.

CAPÍTULO I.

I.

En álas del tiempo volaron dos meses. Se acercaba la hora en que debía celebrarse el matrimonio, y se acercaba helando de espanto el corazon de Angelina, y encendiendo de casta impaciencia el corazon de D. Antonio.

Á medida que avanzaba el tiempo, Angelina sentía frio en las manos, frio en los piés, frio en el pecho; sentía estremecimientos convulsivos en todo el cuerpo; sentía que un dogal apretaba su garganta, que un círculo de hierro oprimía su frente, que una llama quemaba su cerebro.

II.

Una tarde, á la hora en que las avecillas buscan la arboleda para recojerse en su nido, y en que el pastor regresa á su choza de guano para paladear los encantos de la familia y buscar reposo en ese sueño profundo y apacible que proporciona la ignorancia feliz de las pasiones, Angelina se hallaba sentada al piè de la higuera que había sembrado su padre.

Á su lado rumiaba la yerba su blanca oveja, y, un poco mas allá, una vaca bebía en un arroyuelo que se deslizaba quejándose por el platanal.

III.

El sol se ocultaba.

Las llanuras ondulaban bajo un tapiz dorado, y las espigas de maíz lijeramente purpurinas, y la herbosa alfombra

que cubría las montañas, nadaban en el color de rosa y oro de la última hora de la tarde.

En oriente tenía el horizonte el color de las flores que se marchitan.

El terral de la tarde desprendía las hojas marchitas de los árboles, hojas amarillas que tambien el pájaro errante hacía caer al rozar las ramas con sus álas.

Oíanse á lo léjos truenos prolongados que anunciaban próxima tempestad.

IV.

El matrimonio iba á verificarse al dia siguiente, y miéntras D. Antonio tejía la corona de los novios y perfumaba el blanco velo de las desposadas, y encendía las antorchas nupciales, y adornaba de azahares el altar, Angelina quiso buscar la soledad, y se sentó al pié de la higuera que había sembrado su padre.

V.

Nunca como ahora he conocido la impotencia del lenguaje de los hombres para espresar los grandes sufrimientos. Yo no puedo pintar aquel martirio, aquellas sonrisas, aquellas miradas, aqueaquel lánguido decaimiento, aquel vivir muriendo.

Quisiera mojar mi pluma en lágrimas para pintar ese martirio, esas sonrisas, esas miradas, ese lánguido decaimiento, ese vivir muriendo.

Un poeta, al contemplarla á aquella hora y en aquel sitio, pálida, moribunda, habría creido ver la estátua del dolor ó el génio de los pesares sentado solitario y silencioso, al pié de la higuera.

VI.

—El momento se acerca y me siento morir.....Dáme fuerzas, dáme valor,

Dios mio, para presentar mi pecho al brazo que me ha de herir con la cuchilla del sacrificio........

Así esclamaba Angelina, y estas palabras, dolorosamente pronunciadas, fueron repetidas muchas veces aquel dia, lento como el último dia del reo en capilla.

Y al lamentarse así, temblaba como una rama agitada por el viento, y sentía su corazon despedazado como si le hubiesen atravesado el pecho con acerados puñales, con flechas envenenadas.

La desgraciada vírgen no había podido dominar en aquellas horas, poemas de suprema angustia, la tristeza profunda, infinita, inenarrable que oprimía fuertemente su corazon como la serpiente que se enrosca al rededor del cuerpo de su víctima para chuparle la sangre.

VII.

Su madre, la buena Dª María, sorprendió aquella tortura muda y resignada, y aguardó el momento en que Angelina se aislase en su cuarto para hablarle y descubrir la cáusa de aquel nuevo dolor que ella no sabía á qué atribuir porque su hija había fingido con tal verdad durante un año que ya creía apagado para siempre la llama del amor que Arturo encendiera en el pecho de Angelina.

Empero, María era madre, y su corazon, con la penetracion de madre, comprendió, adivinó el tormento silencioso de la jóven.

—Mi hija no ha olvidado á Arturo!—esclamó.—Todavía se acuerda de él!

Y al pronunciar estas palabras, horrorizóse, porque midió en toda su estension la profundidad del abismo en que se precipitaba su hija, y sintió sobre su

corazon el peso inmenso de la cadena de hierro que iba á rodear el cuello de Angelina.

VIII.

D. Antonio que había pasado aquel dia con la madre y la hija, y que contemplaba en la tristeza de la que estaba próxima á ser su esposa, esa suave y encantadora melancolía que el pudor inspira á las castas vírgenes en la víspera de sus bodas, se retiró al caer la tarde para hacer los últimos preparativos.

IX.

¡Pobre D. Antonio! Él mismo, con su propia mano, había pintado su casita, de blanco las paredes, de verde las puertas y ventanas, de azul el palomar. Él mismo había tapizado de fina arena, cogida en la playa, el suelo de la calle

de mangos que formaban una magnífica galería de arquitectura campestre. Él mismo había adornado con pencas de palmas las columnas del colgadizo;—él mismo había hecho los farolillos de papel azul y rosado con los que iba á alumbrar la calle de mangos en la noche de sus bodas:—él mismo había colocado en los troncos de las palmeras de la *guarda-raya* principal los vasos de colores:—él mismo había ido á la Habana á comprar la corona de azahares, el velo de blanco encaje, y el traje de aérea gasa blanca.

¡Pobre D. Antonio! Él mismo, sin saberlo, transformaba su casita, que tan primorosameute engalanaba, en estrecha cárcel, en sombrío calabozo donde la elegida de su corazon iba á vivir muriendo.



CAPÍTULO II.

I.

Dª María, al ver sola á Angelina al pié de la higuera, se acercó á ella, y contemplándola como contemplan las madres que ven padecer á sus hijas, le dijo con ese acento cariñoso que sólo emplean las madres y los enamorados cuando quieren derramar el bálsamo santo del consuelo en los corazones que son pedazos de sus corazones.

—¿Qué tienes, Angelina?

La jóven, sorprendida en su doloroso éstasis, se estremeció, pero dominándose súbitamente, esforzóse en sonreir con la sonrisa de la mujer cuya atmósfera es atmósfera de luz y de perfumes, y cuyo camino es camino de rosas.

—Estabas tú ahí, mamá?—murmuró

con voz turbada.

—Sí, Angelina, estoy aquí porque tu padeces. Tú me ocultas algun pesar, hija mia....Tú estás triste y yo sé porqué estás triste....

—No, no, mamá, no estoy triste.

—Tú me engañas, Angelina, tú, que nunca me has engañado.

—Y porqué crees que te engaño?

—Angelina!—dijo Dª María después de un mòmento de silencio y con cierta solemnidad.—Tú no has olvidado á Arturo!

Al oir este nombre tan querido á su corazon, la jóven tembló como la paloma herida por la bala del cazador.

—Ya lo he olvidado hace mucho tiempo,—esclamó mordiéndose los lábios para sofocar el grito de desesperacion infinita y de suprema angustia que se escapaba de su pecho rompiéndole en pedazos mil.

—Si no lo has olvidado, aún es tiempo de impedir el matrimonio. D. Antonio

tiene un escelente corazon y no consentirá que te sacrifiques por él.

Angelina vaciló: su imajinacion, enfermiza y exaltada, vió en aquel momento á Arturo con semblante airado llamándola perjura, desleal, impía.

—Angelina!—prosiguió la madre después de un instante de silencio.—El dia de tu matrimonio se acerca, pero tú puedes alejar ese dia para siempre. No temas por nosotras. Yo trabajaré como he trabajado miéntras Rafael vivió. Rafael ignoraba tu secreto; no sabía que tú amabas á Arturo. Desde el cielo él te retirará la palabra que le empeñaste en su lecho de muerte. Por otra parte, tu padre estaba equivocado: con la mejor buena fé te hace desgraciada porque la felicidad no consiste en las riquezas. El dinero proporciona comodidades, es verdad, pero qué importa el dinero sino hay amor? El manjar mas agradable es entónces más amargo que la hiel para los que no sólo viven de

pan. Cuando hay amor el azúcar es tan dulce en la taza de oro del rico como en el jarro de hoja de lata del pobre, y el agua es tan agradable bebida en la copa de cristal del hombre que tiene dinero como bebida en el hueco de la mano que es la copa del hombre que no tiene nada. Nacidas en humilde cuna, la pobreza no nos asusta porque estamos acostumbradas á ella. Seguiremos comiendo plátanos de nuestro platanal, y alumbrándonos con velas de sebo. Acaso los plátanos serán ménos sabrosos? Acaso alumbrarán ménos las velas de sebo? Confiemos en Dios que es el que riega los campos con agua del cielo y dá de comer hasta á los pajaritos que todas las mañanas te despiertan cantando junto á tu ventana.

Angelina se acordó de las últimas palabras de su padre, vió el cuadro desolador que D. Rafael le pintó agonizando, y arrojándose en los brazos de su madre, esclamó en un arranque de su-

blime abnegacion:

—No, no! Tú no seguirás trabajando de la manera que has trabajado hasta aquí, como una negra. Ya que la desgracia siempre te persiguió, quiero que tu vejez sea descansada. Tú no tienes padre, ni hermanos, ni pariente alguno; tú no tienes más que á mí: yo debo ser el apoyo de tu ancianidad. ¿Porqué Arturo no viene á verme? Porque no se acuerda de mí. Yo me casaré con D. Antonio. Ya no me acuerdo de Arturo.

Estas palabras fueron pronunciadas con una resignacion sin límites, con la resignacion del mártir.

—Angelina! si lo que dices es verdad, si es cierto que has olvidado á Arturo, entónces que D. Antonio sea tu marido. Sea así, hija mia, ya que tú quieres que así sea.

—Pero no!—añadió Dª María después de un instante de pausa, fijando en la pobre muchacha una mirada penetrante

como si hubiese querido leer en lo mas íntimo de su pensamiento.—No es verdad lo que me dices. Tú me engañas: tú mientes por la primera vez de tu vida: tú no has olvidado á tu amante porque á menudo te sorprendo con los ojos fijos en el camino real como si esperases de un momento á otro ver aparecer á Arturo; porque tu alegría es fingida pues cuando estás sola una nube de pesar cubre tu frente y empaña tus ojos, y cuando estás delante de los demás, cuando conoces que te miran, que te observan, apelas al disimulo; porque te he visto muchas veces llorando á escondidas; porque cuando duermes pronuncias su nombre; porque en vano quieres ocultar tu dolor cuyo peso te abruma. Angelina! júrame por los huesos de tu padre que has olvidado á Arturo.

—No! no lo he olvidado!—gritó Angelina ocultando el rostro entre las manos.

La jóven no pudo añadir una palabra

mas. Los sollozos, que hasta entónces, haciendo violentos esfuerzos, había podido contener, embargaron, ahogaron su voz; y las lágrimas inundaron sus mejillas.

—Entónces no te cases con D. Antonio, hija mia, porque lo harías desgraciado, porque serías infeliz, porque yo moriría de pena al contemplar el sufrimiento de los dos, porque los huesos de Rafael se estremecerían en su tumba, porque Dios te maldeciría.

—No, madre mia, no me casaré con D. Antonio!—esclamó la pobre campesina abrazando á la autora de sus dias. Seré para con él una hermána, una amiga, una compañera amable y bondadosa, pero nada mas.

—Yo te bendigo, Angelina, porque al fin eres dócil á mis consejos. Yo continuaré trabajando como siempre trabajé: tú tambien trabajarás. La pobreza no nos asusta porque estamos acostumbrados á ella. Esperaremos á Arturo un

año, dos, cuatro, el tiempo que tú quieras. Si no viene, con el trascurso del tiempo es probable que la imágen de ese jóven se desvanezca en tu pecho, cicatrizándose la ancha herida de tu corazon. Si D. Antonio te ama con cariño profundo, no te abandonará, será perseverante, y su amor, y su constancia, te vencerán al fin, harán nacer en tu pecho otro amor, y entónces, amándolo como amas ahora á Arturo, serás feliz eligiéndolo por esposo. Si Arturo no viene, estoy segura que la mano enamorada de D. Antonio no llamará siempre á una puerta de hierro, porque al fin serás vencida. En tu nombre seré franca y leal con nuestro protector. Le revelaré el misterio de tu alma: él se resignará á esperar, ó desistirá de ser tu esposo. ¡Qué Dios te proteja!

II.

En aquel instante, un torrente de luz vivísima y deslumbradora, innndó la atmósfera, y una horrísona detonacion, semejante al estampido de cien cañonazos disparados al mismo tiempo, hizo retemblar la tierra.

Aquel espantoso relámpago y aquel horrible estallido fueron producidos por un desprendimiento eléctrico cuyo fuego desapareció á pocos pasos de distancia de Dª María y de su hija, dejando momentáneamente sin vida á la oveja que rumiaba la yerba y á la vaca que bebía en el arroyuelo del platanal.

La rápida é instantánea conmocion producida por aquel rayo en el organismo de Dª María, dejó paralítica á esta pobre mujer.

....

....

....

III.

Dª María se aprovechó de aquel triste acontecimiento para aplazar hasta el próximo año la celebracion del matrimonio.

Tal fué el pretesto de que se valió aquella buena y desgraciada mujer para no revelar á D. Antonio la resolucion de Angelina.

....

....

....

LIBRO SESTO.

CAPÍTULO I.

I.

Durante aquel año D. Antonio continuó dando á la escogida de su corazon lecciones de lectura, escritura, arismética y geografía de Cuba, envaneciéndose siempre con aparecer ante su amada como el amante mas tierno, cortés y afectuoso.

El honrado campesino no escaseaba á su prometida sus atenciones y solícitos cuidados. Para su novia eran las flores mas lindas de su jardin, las frutas más hermosas de su bosque, los quesos más sabrosos de la leche de sus cabras, los rabanitos mas rosados de su huerto, las cañas mas dulces de su heredad.

Regalóla el carnero más blanco de su rebaño, la vaca mas lozana de su potrero, el venado mas ágil y elegante de su monte.—Hizo un viaje á la Habana para obsequiarla el dia de sus natales con perfumes, libros, trages de muselina y objetos de fantasía.

El noble labriego derramaba sin cesar en el corazon de la vírgen de sus amores esas palabras que solo los enamorados saben pronunciar, hermosas como la pedrería, olorosas como las flores, melodiosas como el canto de los pájaros, dulces como el néctar, suaves como la brisa perfumada de la primavera.

Cada vez que iba á la montaña, á cuyo paseo era aficionado como todos los que aman la sublimidad de los espectáculos de la naturaleza, le traía nidos, panales de miel, plantas salvajes, flores sin nombre, guijarros de los torrentes, y yerbas silvestres de aroma penetrante.

La pobre niña se apresuraba á corresponder á tantas deferencias esquisitas,

á tantas delicadezas de la galantería y del amor, con una sonrisa de dulzura, con una mirada de reconocimiento.

—¡Pobre D. Antonio!—decíase á sí misma la campesina.—Cuán digno es de tener un ángel por esposa que lo ame cual se merece! Si Arturo no ocupara todo mi corazon yo adoraría á D. Antonio. Yo lo amaría sino hubiera conocido á Arturo.

Pero aquel dolor que se dominaba á fuerza de voluntad y que se devoraba á sí mismo era tan intenso algunas ocasiones que la cándida hija de la naturaleza en vano procuraba ocultarlo con la máscara del fingimiento.

D. Antonio sorprendíala á veces en sus accesos de tristeza y le preguntaba con acento de cariñosa reconvencion:

—¿Porqué, porqué estás pensativa y preocupada?

La jóven, como si despertase bruscamente de un sueño, volvía en sí, dominábase súbitamente, y con cualquier

pretesto más ó ménos ingenioso, reía con la alegría del pájaro, no solo para engañar á su amante sino para engañarse á sí propia aturdiéndose.

Creía entónces D. Antonio que aquella tristeza era pasagera, que aquel abatimiento era repentino, y lograba calmar la inquietud de que momentáneamente se sentía poseido.

II.

El perro Sab, que siempre seguía á su amo, saltaba, corría, loqueaba en torno de la campesina lamiéndole las manos y ladrando con alegría, pero cuando se quedaba en la cabaña de Angelina, como si quisiese participar de la afliccion de ésta, vagaba con el rabo caido y el hocico inclinado, ó se echaba perezosamente á los piès de la afligida doncella mirándola atentamente.

CAPÍTULO II.

I.

Al trascurrir el año, Angelina, con imperturbable serenidad, dijo á Dª María:

—Madre mia! Quiero casarme con D. Antonio porque debo casarme con él.

—¿Y porqué debes casarte con él?

—Porque estoy convencida de que Arturo no se acuerda de mí. El tiempo pasa y él no viene. Porque tú estás paralítica y debo proporcionarte una vejez descansada; porque D. Antonio me ama; porque es nuestro protector, porque me ha enseñado lo que él sabe, por que me ofrece su nombre, su corazon y su fortuna, y porque mi gratitud hácia él es tan grande que el matrimonio es la única recompensa.

—Hija mia! Una sola razon me persuade: el olvido de Arturo. Yo tambien estoy convencida de que él no te ama, porque su silencio y el largo tiempo trascurrido así lo prueban. Casamiento y mortaja del cielo baja, he oido decir siempre. Cásate pues con D. Antonio. Si ese es tu destino, cúmplase tu destino

II.

La víspera del dia fijado para el casamiento, Angelina se arrodilló ante un crucifijo, y cruzando los manos sobre el corazon como las estátuas de mármol que se ven en las tumbas, murmuró llorando:

—Perdóname, Dios mio! perdóname si he mentido. Yo no olvidaré jamás á Arturo porque mi pasion es indómita, porque mi amor es inmortal. Si él me olvida, yo nó....pero debo sacrificarme por el porvenir de mi madre, pobre y paralítica....Qué me importa que yo

sea desgraciada si hago feliz á mi madre y tambien á D. Antonio que tanto me ama, que me ofrece su nombre, su corazon y su fortuna; si cumplo la palabra dada á mi padre que, viéndose morir, creyó así asegurar el porvenir de su hija y de su mujer....

II.

El autor de este libro tiene que dejar en blanco algunas pájinas de la historia de Angelina porque no encuentra colores bastantes sombríos para pintar ese tormento infinito, esa angustia suprema, que rompe, tortura, martiriza y desgarra el corazon de la amante de Arturo.

No podemos decir cómo pasó la desgraciada jóven las horas de aquella noche de doloroso insomnio, aislada en el retiro de su cuarto, sin formular una queja, sin exhalar un lamento, sin derramar una lágrima, porque ya en su

alma no había ni una queja, porque ya en sus ojos no había ni una lágrima, porque ya en su corazon no había ni un lamento;—sentada en la orilla de su lecho virginal, ó paseando por su habitacion, ó asomada en la ventana, confiando sus pesares al silencio de la noche; contemplando la luna-nueva que cerca de su ocaso se escondía tras el platanal y alumbraba como lámpara sepulcral, y que parecía, no una hoz de nácar,sino la plateada guadaña de la muerte.

No podemos decir cuán sombría le pareció la luz del alba, esa luz vaga, indecisa, y de color de perla que baña los bordes del horizonte y es siempre precursora de la proximidad del dia;—cuán lúgubre sonó en su oido el canto del gallo madrugador anunciando en el corral la aparicion de la aurora y la llegada de la hora del trabajo;—cuán fúnebre vibró en su corazon el toque del *Ave-María* lanzado al viento de la madrugada por la campana de un injenio.

No podemos decir con cuánta melancolía veía languidecer el lucero de la mañana, esa estrella de oro que al amanecer del otro dia resbalaría sus rayos sobre la losa de su sepultura.

No podemos decir con cuánta amargura oyó la esquila del ganado que empezaba á pacer en la pradera, y que le pareció la campanilla del santo viático.

No podemos decir qué emociones embargaban su alma al oir las baladas de los pastores que salían de sus casitas de guano cantando la poesía rústica de la pátria, cantos de alabanza y paz que se confundían con el murmullar lastimero de los arroyos y el rumor de la arboleda, con el zumbido del insecto, y el balido de la oveja, y las piadas de las avecillas.

No podemos decir qué emocion esperimentó al aparecer el sol, el último sol de su vida que iba á alumbrar la tumba que D. Antonio y su madre, sin saberlo, abrían para ella.

No podemos decir qué embriaguez, qué desvanecimiento, bamboleaba su cabeza calenturienta á medida que avanzaba el tiempo.

No podemos decir, nó sabemos decir cómo pasaron para la novia de Arturo las horas de la mañana, cómo pasaron para la amante de Arturo las horas del mediodia, cómo pasaron para el ángel de Arturo las horas de la tarde.

No, no podemos decir, no sabemos decir lo indecible, lo inenarrable. . . . . .

. . . .

. . . .

CAPÍTULO III.

I.

Al fin, en el reloj del tiempo sonó la hora señalada para la celebracion del matrimonio.

—El momento del sacrificio ha llegado!—esclamó Angelina con heróica entereza.

Y se engalanó con la túnica virginal de los desposorios, con los azahares y azucenas de bodas, con las blancas cintas del himeneo, y con el trasparente velo de la solemne ceremonia nupcial.

II.

La presencia de Angelina entre los convidados al casamiento escitó un murmullo lisonjero, un vaporoso mur-

mullo de admiracion.—Ataviada con el cándido trage de los esponsales en el que no brillaba un diamante, ni una perla, cautivó á todos con su belleza incomparable. Parecía la diosa de la primavera vestida con su perfumado trage de flores. ¡Estaba tan seductora!

El júbilo rebosaba en todos los pechos, pero aquella alegría comunicativa no contagiaba el corazon de la linda cubana cuya languidez añadía nuevo atractivo á su encantadora hermosura.

—Es un canastillo de rosas cubierto con las fúnebres ramas del sauce,—hubiera dicho el novelista Arlincourt al contemplar la belleza y palidez de Angelina, que era la única que no participaba de la alegría comun.

D. Antonio atribuía aquella palidez y aquella tristeza á la melancolía meditabunda y dulce que se apodera de las vírgenes en la noche de bodas.

Nadie adivinaba el dolor lento y silencioso de aquella mártir: nadie com-

prendía aquella muda desesperacion, áquel sufrimiento callado, sereno, glacial: nadie veía aquel desgarramiento del corazon.

III.

Un contento sin límites inundaba el alma del feliz novio.

Angelina, ante los trasportes de radiante alegría de su prometido, tuvo un instante de placer pero ay! la ola de alborozo en que se sumergió su corazon fué una ola de amarga alegría....

Ella hacía venturoso á D. Antonio, pero renunciaba para siempre á la dicha de ser algun dia la esposa de Arturo.

IV.

Apareció la noche, y el génio de las tinieblas, envuelto en su manto de terciopelo negro esmaltado de estrellas azules, blancas, verdes y rosadas, llenó

la tierra de luctuosas sombras, así como el génio de la muerte desplegando sus álas, llena de pálidas sombras la frente de sus víctimas.

Un *quitrin* con los farolillos encendidos aguardaba junto á la puerta de la choza de Angelina.

Aquél carruaje era el carro en que la víctima iba á ser conducida al cadalso.

Rodeaban el quitrin vários hombres á caballo con faroles en la mano cuyo amarillo resplandor imprimía á tal escena un tinte lúgubre que entristecía misteriosamente.

Aquellos hombres, convidados á la boda, formaban la fúnebre comitiva que acompañaba á la inocente víctima hasta el lugar de la ejecucion......

El rumor quejumbroso del rio y el querelloso murmullo de las pencas de los palmares, producían un eco tan triste como el del tambor que marca el paso al reo que vá de la capilla al patíbulo

Las lejanas campanas de los injenios

contiguos interrumpieron en aquellos momentos la calma solemne y el silencio augusto de la soledad de los campos, haciendo zumbar en el espacio ese lento y melancólico toque de la oracion de la tarde que se desprende de lo alto de los campanarios en la hora moribunda del dia.

Aquellos golpes solemnes del bronce sagrado cayeron en el corazon de Angelina como los golpes del hacha de la guillotina sobre el cuello del condenado á muerte: aquella armonía majestuosa vibró en su oido como lúgubre armonía, como música de muerte; aquellos tañidos de la campana llenos de tristeza y desolacion parecían voces de lamentos, quejidos de agonía, gemidos de un corazon moribundo.

V.

D. Antonio dió la mano á Angelina, y Angelina entró en el *quitrin*........

Angelina con su trage nupcial era la víctima coronada de flores..........

VI.

¡Pobre D. Antonio! Al saborear de antemano la miel deleitosa que el Dios del himeneo brinda á cuántos se acercan al altar de las honestas delicias conyugales, creía colmar de dicha el alma de una buena madre, y derramar á torrentes la plácida ventura en el corazon inmaculado de la vírgen de sus últimos amores;—creía que era amado con amor profundo;—creía que el ángel de la felicidad se sentaría á la puerta de su casita para regar á sus piés doradas siemprevivas y hojas de laurel inmortal, para perfumar su atmósfera con aroma gratísimo, para alumbrar el horizonte de su vida con la estrella de la bienandanza.

D. Antonio se engañaba y era engañado pero jamás engaño alguno ha te-

nido un objeto más noble, una cáusa mas sublime, un orígen mas santo.

VII.

¡Pobre Angelina! Al ceñir su frente con la guirnalda de azahares creyó que la coronaban con una diadema de espinas candentes, con un círculo de lenguas de fuego, con una cadena de hierro enrojecido hasta la púrpura.

¡Pobre Angelina! Al colocar en sus hombros el velo de las desposadas creyó que la envolvian en una mortaja, y sintió en su frente la frialdad del mármol de las tumbas, en sus venas un rio de hielo, y en su pecho el frio de la calentura.

VIII.

La comitiva, á través de los verdes campos y de los perfumados bosques, emprendió la marcha hácia la iglesia de la aldea.

IX.

Entretanto, el mulatico Julio y todos los criados de la finca hacían los últimos preparativos de la fiesta, arreglando con bullicioso júbilo el banqnete nupcial.

Unos, hacian caprichosos ramos de flores para embellecer las mesas campestres que habían preparado bajo el ramage de los árboles:—otros encendían los farolillos venecianos de papel de colores que, formando guirnaldas, adornaban el colgadizo de la casa de vivienda y los naranjos y limoneros de la *guarda-raya*, guirnaldas de globos de fuego qne desde léjos, cual mágica vision, producían el más encantador efecto:—otros encendían los vasos de colores que embellecían de una manera fantástica las columnas de las palmas.

Unos colocabau simétricamente en las mesas campestres los ramilletes, los

platos de dulces, los canastillos de frutas, las copas cuajadas de cristal rosado, las copitas de cristal verde, y las botellas de licores cuyos tapones dorados unos, plateados otros, brillaban á la luz de las bujías colocadas, al abrigo del airecillo, en *guarda-brisas* de cristal trasparente:—otros encendían las lámparas de cristal verde y purpurino que alumbraban el surtidor de agua que con dulce y cadencioso murmullo saltaba, imitando, al caer, un canastillo de perlas, entre arcos de limoneros en flor, frente al colgadizo de aquella residencia campestre, aérea y voluptuosa como un sueño de amor, y que en la noche á que nos referimos parecía un áscua de fuego:—y otros alfombraban con flores y ramas aromáticas el piso de la *guarda-raya* de palmas, naranjos y limoneros.

Julio y Abebí elevaban en un estremo del *colgadizo* de la *casa de vivienda* un altar resplandeciente con la ilumi-

nacion de innumerables bujías rosadas, verdes y violadas, y cuajado de flores del jardin, de vistosas flores de papel y macetas de plantas balsámicas.

El *contramayoral Chumbo* repartía entre todos los negros y mulatos los hachones de *cuaba*, *cerillo* y *jayabico* con que iban á recibir á los reciencasados en la portada de la finca y acompañarlos procesionalmente por la *guardaraya*.

En todo resplandecía el buen gusto, la alegría, la sencillez.

Los naranjos y limoneros estaban cuajados de azahares, y las matas de *muraya* cubiertas de un manto de olorosisímas flores blancas.

La fragancia de tantas flores embalsamaba con perfume penetrante aquellos lugares.

La noche, noche de verano, dulce, tranquila, magestuosa, era hermosísima: el tiempo, delicioso, magnífico: el cielo, trasparente y rociado de millares

de estrellas, semejaba un inmenso manto de terciopelo bordado de diamantes. Oíase el rumor de las cascadas de las montañas, y el murmullo lastimero de los arroyos.—Era una verdadera noche de bodas, empapada de aromas, llena de misteriosos resplandores, y de armonías celestiales.

X.

Hemos dicho que la comitiva nupcial emprendió la marcha hácia la iglesia de la aldea á través de los verdes campos y perfumados bosques.

Las luces de los farolillos del *quitrin*, á lo léjos, parecían esas lucesitas flotantes que el vientecillo de la noche hace oscilar en la yerba de los cementerios.

Al *ay*! lastimero que en sus cantos intercalaba el *arriero* que con su récua pasaba por el camino real, mezclábase el sonido monótono y acompasado del cencerro, el ladrido de los perros que

vagaban errantes en las campiñas, el mugido de la vaca, y el rumor solemne y magestuoso del rio cuyos ecos se perdían lentamente en la llanura con salvaje grandiosidad.

Á este concierto sombrío mezclábase tambien el grito fatídico de la lechuza, el ruido que los murciélagos producian con el roce de sus álas en el follage, el quejido de los cimbreantes bambúes, el lamento de las pencas de palmas, el gemido que la brisa de la noche desprende de la enramada despertando un eco melancólico en el corazon, el arrullo de la tórtola silvestre, el canto de las ranas en las lagunas, y la monótona cadencia de los grillos en la maleza.

Á uno y otro lado del camino real se alzaban en medio de los maisales, de los platanales y de los cocales, las chozas de *guano*, semejantes á fantasmas que salian de la espesura para ver pasar á la comitiva nupcial y cuyas luces semejaban estrellas pavorosas que aparecian

en el horizonte y que se acercaban, se acercaban á medida que la comitiva proseguía su marcha, y luego se alejaban, se alejaban hasta perderse en el horizonte opuesto.

XI.

La comitiva se detuvo junto á la torre de la iglesia.

Los altares estaban llenos de frescas flores, y su brillante iluminacion arrojaba, por la puerta y ventanas abiertas, una viva claridad sobre el ramage de los árboles de la plaza.

Los convidados entraron y se aproximaron al ara santa en el que la heróica víctima iba á ser inmolada, sublime víctima que se sacrificaba generosamente en holocausto del amor que sentía por su madre.

Al acercarse Angelina al altar mayor, lentamente como un muerto salido de la tumba, sintió que su vista se turbaba,

que su frente se empapaba de gotas de sudor frio como la nieve, que su corazon palpitaba con tal violencia que alzaba su túnica virginal, que su cuerpo bamboleaba y que un estremecimiento recorría todo su cuerpo;—conoció que sus sollozos iban á estallar, que sus lágrimas, sobrado tiempo contenidas, estaban próximas á humedecer sus mejillas densamente pálidas;—comprendió que no podía presentarse impasible, firme, en el acto de la consumacion del sacrificio;—creyó que la tierra se hundía de improviso bajo sus piés;—creyó que las paredes del templo iban á desplomarse sepultándola entre sus ruinas: y dudó si soñaba ó si estaba despierta.

Tuvo un momento de vértigo, y quiso quitarse el velo de los desposorios y el anillo nupcial; quiso despojarse de la corona del himeneo y arrojar al suelo las flores virginales; quiso arrodillarse á los piés de D. Antonio, revelárselo todo y pedirle perdon.... pero en aquel so-

lemne instante apareció el sacerdote.

D. Antonio, palpitante de alegría, se acercó aún más al altar y la ceremonia religiosa empezó.

Angelina hizo un heróico esfuerzo: la fuerza de voluntad, la energía moral recobró su imperio y la desgraciada jóven logró reprimir su turbacion, dominar su desfallecimiento......

La claridad de la luna,—que en aquel momento se alzaba magnífica y esplendente sobre un palmar,—entrando por las ventanas de la iglesia, reflejaba en el rostro de la pobre Angelina aumentando su palidez hasta el estremo de hacerla aparecer mas blanca que el diáfano cendal de color de espuma que medio velaba su semblante, mas blanca que las azucenas de su corona y los azahares de su vestido.

Parecía la estátua de la amargura, la imágen del dolor colocada en el centro de un brillante cuadro de fiestas.

Angelina sentía su corazon próximo á

estallar: sentía que su cuerpo se quebrantaba: sentía que se rompia su organizacion, y al concluir la solemne ceremonia nupcial su corazon estalló, su cuerpo se quebrantó, su organizacion se rompió, dobló las rodillas, llevóse las manos á la boca para no pronunciar el nombre de Arturo que se escapaba de su pecho, inclinóse hácia delante, su frente chocó contra el altar oprimiendo los azahares de su corona, y quedóse sumergida en profundo letargo........

....

....

LIBRO SETIMO.

CAPÍTULO I.

I.

Han pasado quince dias.

Angelina está salvada pero la madre de Angelina se muere.—Se muere, y nadie la ve morir, nadie oye sus lamentos, porque oculta sus lágrimas, porque oculta su dolor, porque oculta sus llagas.

Dª María, al saber que su hija se había desmayado junto al altar, comprendió toda la sublime abnegacion, toda la grandiosa magnanimidad, todo el admirable sacrificio de aquel corazon sublime, grandioso, admirable.

Entónces empezó para Dª María su martirio silencioso, sus secretos pesares, su callado tormento, entónces empezó tambien á vivir muriendo

La lámpara de las enfermedades había alumbrado durante diez noches el lecho en que Angelina permoneció presa de una ardiente calentura que amenazaba apagar su corazon moribundo con el soplo helado de la muerte.

Angelina en su delirio pronunciaba el nombre de Arturo, y el pobre D. Antonio que no sabía esplicarse la causa del desmayo de su esposa junto al altar, preguntaba á la madre qué significaba aquel nombre en los lábios de la hija.

—Y qué han de signficar las palabras en boca de los enfermos que deliran?—respondía la buena mujer.—Acaso sabe ella lo que dice? Acaso sabe si está viva ó si está muerta?

Y así María alejaba las crueles sospechas del alma de su nuevo hijo á la manera que el arco íris anuncia algunas veces el alejamiento de la tempestad que asoma en el horizonte.

II.

D. Antonio durante la enfermedad de su esposa permaneció siempre sentado en la orilla del lecho, de aquel lecho que á cada instante creía ver trasformado en tumba.—La luna de miel, esa luna límpida, serena, radiante, que alumbra con dulce claridad el tálamo nupcial, se había trocado para él en un sol mústio, opaco, velado por pardos celajes.

Jamás novio mas cariñoso, jamás madre mas tierna, han mostrado mas cariño, mas ternura, junto á la cama de su novia ó de su hijo, que D. Antonio, junto á la cama de su compañera. Allí comía, allí dormía, allí bebía agua, y el mundo con toda la inmensidad de sus anchurosos mares y de sus vastas soledades, estaba reducido para él á aquel pequeño espacio. Allí tenia su templo, su altar, su ídolo, su Dios; allí estaba su pasado, su presente, su porvenir, el tiem-

po, la eternidad: allí tenía su amor, su ambicion, su felicidad, el resúmen de sus aspiraciones: aquella mujer, en fin, era su vida, su alma, su corazon. ¡Oh! bendita sea la naturaleza por haber creado á la mujer!

Cada vez que la mulatica Abebí anunciaba la llegada del médico, D. Antonio creía que un ánjel bajaba del cielo, y corría hácia él lleno de santa esperanza, y lo abrazaba, y le estrechaba la mano, y lo nombraba con los mas dulces nombres llamándole su hermano, su amigo, su ánjel, su salvador.

Y efectivamente, fué su salvador porque salvó á Angelina.

—¡Y yo no he muerto!—esclamó la jóven al abandonar la cama.—Oh! Dios mio! porqué me vuelves á la vida!

CAPÍTULO II.

I.

—Y por qué, Angelina, te desmayaste junto al altar?—preguntóle D. Antonio en la tarde de aquel dia en un momento en que se hallaron solos.

A esta pregunta, que encerraba todo un poema de reconvenciones, saltó el corazon de la jóven, y su débil organizacion sintió tan violenta sacudida como si su cuerpo hubiese estado en contacto con la máquina eléctrica.

Aquel movimiento súbito y rápido como el relámpago, asustó á D. Antonio.

—¿Qué tienes, Angelina?—esclamó alarmado.

—Siento aquí, en el corazon, un dolor que me oprime, el mismo dolor que sentí junto al altar............

—Llamaré al médico,—dijo el honrado labriego levantándose.

—No, no!—esclamó la jóven agarrando á su marido por un brazo.

—Ven, replicó sonriéndose.—Siéntate otra vez, aquí, á mi lado, y háblame de mi enfermedad. Has pasado muchas noches sin dormir?. He estado muy inquieta? He delirado mucho? . . . . . .

—Sí, Angelina, has delirado como una loca, y en los accesos de tu delirio pronunciabas siempre, como si tuvieses un pensamiento fijo, un nombre que ántes de tu enfermedad nunca te oí.

—Un nombre?—murmuró Angelina con voz tan débil que parecía estinguirse al salir de sus lábios balbucientes.

Y se llevó la mano al pecho para comprimir las violentas palpitaciones de su corazon porque aquellas palabras habian caido sobre su pecho como gotas candentes de plomo, como granizada de balas. . . . .

—Sí, un nombre que por la mañana,

por la tarde, por la noche, y á todas horas, salia de tus lábios.

—Y qué nombre es ese?—dijo la jóven rápidamente haciendo un heróico esfuerzo sobre sí misma para dominar su turbacion.

—Arturo,—contestó D. Antonio.

Al oir el nombre de su novio, Angélina creyó que su secreto estaba descubierto, que su marido habia rasgado el ve'o que cubría sn misteriosa pasion.

—¡Qué niña, qué irreflecsiva he sido! dijo entre sí.—¿Porqué le he hecho esa pregunta?

Y sintió su sangre helada, y quedóse inmóvil como una estátua, pálida como un cadáver.

Hay organizaciones tan frájiles, tan delicadas, tan esquisitamente sensibles, que basta una profunda impresion de dolor ó alegría, un sacudimiento del espíritu, para producir el letargo, el síncope, y hasta la mnerte á veces.

Su mirada inmóvil, su lívida palidez,

la espresion de terror que se pintó en su semblante, y la orla cárdena que rodeaba sus ojos, hicieron estremecer á D. Antonio.

II.

D. Antonio, llamando á voces á Julio, corrió á la caballeriza, y dando las bridas al jóven mulato, le dijo, pálido y trémulo:

—¡Corre, vuela! Busca al médico por todas partes.

El mulatico Julio, lijero como el gamo, saltó sobre el caballo, y como una flecha desapareció en la espesura.

III.

Dª María, al ver correr á D. Antonio, al oir las palabras que pronunciaba, arrojó uno de esos gritos agudos y penetrantes que arranca el dolor del corazon de la madre que ve moribundo á su hijo.

Al grito lanzado por Dª María, Angelina volvió en sí, corrió hácia su madre, y la abrazó balbuceando temblorosa:

—Todo lo sabe, todo lo sabe. Yo misma, en mi delirio, le he revelado mi secreto pronunciando el nombre de Arturo....¡Pobre Antonio! Yo lo hago desgraciado.....

—Te engañas, hija mia. No sabe nada: él no conoce á Arturo: él no sabe quien es Arturo.

—¿No sabe nada?—dijo la jóven.

Y el brillo de la radiante alegría reflejóse en sus miradas y en su sonrisa.

—No, tú secreto no está descubierto.

—Oh, mamá! Es verdad cuánto dices!

—Y una madre puede engañar á su hija?

La jóven se acordó que ella había engañado á su madre, y con lábio balbuciente, murmuró:

—Sí, una madre puede engañar á su hija siempre que no encuentre ótro medio que el engaño para evitar á su hija

lágrimas y dolores. Tú, para consolarme, para no hacerme sufrir, para no llevar otra vez la muerte á mi corazon que vive muriendo, no me dices la verdad.

—¡Pobre hija mia! Créeme, créeme.

—Júralo y te creeré.

—Juro por la memoria de tu padre.

—Oh, gracias! gracias porque mi marido no será desgraciado......

Y la madre y la hija se confundieron en uno de esos abrazos apretados llenos de efusion en los que las almas se tocan y se confunden los corazones, uniéndose estrechamente, animados por la misma emocion, conmovidos por la misma impresion.

IV.

—Angelina está enferma del corazon! esclamó D. Antonio abrazando al médico que llegó media hora después de la escena anterior.

Angelina, al oir los pasos del recien llegado, se estremeció porque sus lábios iban á mentir otra vez, porque iba á engañar al médico como había engañado al marido.

El médico se acercó á la enferma, la interrogó, y engañado, recetó.

Dª María, que contemplaba, silenciosa esta escena, compadecía al médico tan inocentemente engañado, compadecía al marido engañado tambien con una mentira tan bella, tan sublime, y compadecía á su hija, heróica víctima que vivía muriendo porque sacrificaba el amor de su amante al amor de la que le diera el sér.

V.

El mulato Julio volvió á atravesar los campos y á saltar los arroyos para buscar el medicamento que segun decía el pobre D. Antonio iba á sanar las dolencias del ídolo de su amor vehemente,

Regresó Julio, y D. Antonio acercó la pócima benéfica á los lábios de su esposa.

—Qué repugnante me es ese medicamento!—dijo Angelina rechazando suavemente el vaso que su marido le presentaba.

D. Antonio para vencer tal repugnancia la acarició, le prodigó los más dulces nombres, y dió á su voz persuasiva las mas tiernas inflexiones.

La jóven subyugada, vencida, cedió al fin, y dijo así á su esposo:

—Beberé ese medicamento ya que así lo quieres.

Y sonriendo, añadió:

—Me es muy repugnante, y al beberlo haré muchas muecas. No quiero que me veas: véte y déjame con mamá.

—Antojos de niña,—dijo el buen marido besando á su esposa en la frente, en los lábios y en las mejillas.

Dijo, y salió del cuarto.

Entónces la linda enferma se levantó,

arrojó el medicamento por la ventana, y entregando el vaso á su madre, murmuró muy quedito:

—Es preciso hacerle creer que he bebido ese remedio que se me ha dado para curar una dolencia que no tengo y que no es sino una enfermedad del alma que la medicina no puede curar.

VI.

El dia siguiente bien temprano, al repetirse la dósis, se repitió la misma escena.—Angelina no quiso tomar el remedio en presencia de su marido; D. Antonio, lleno de dulce enojo, abandonó la habitacion, y apénas éste hubo salido, la preciosa jóven arrojó el medicamento por la ventana.

Momentos después regresó el marido, y creyó cándidamente, como la noche anterior, que su compañera había bebido la pocion benéfica.

CAPÍTULO III.

I.

Miéntras Angelina recuperaba la salud perdida,—aunque su corazon no volvía á la vida,—miéntras D. Antonio veía entreabrirse las rosas de la luna de miel que se habían doblegado un tanto, Dª María, la pobre Dª María, se sentía morir, y moría silenciosa, resignada.

En vano quiso ocultar sus angustias, en vano procuró ocultar los dolores que la atormentaban al ver á su hija sufrir secretamente, al ver inmolada en el altar del sacrificio á la amante de Arturo. Sus ojos adquirieron el brillo de la calentura, y al fin dejó caer su frente en la almohada del lecho de las enfermedades.

Entónces Angelina pasó las horas del dia y de la noche junto á la cama de su madre, como Dª María había pasado las horas del dia y de la noche junto á la cama de Angelina.

Los personajes se habían trocado, pero el cuadro era el mismo: lágrimas, tristura, duelo y quebranto.

II.

Una noche,—eran las doce,—Dª María empezó á delirar.

—Angelina,—decía;—tú me has engañado. Tú amas á Arturo, y para hacerme feliz te sacrificaste casándote con un hombre que te ama pero á quien tú no amas.

Angelina miró horrorizada en torno suyo, y puso sus manos sobre los lábios de la enferma.

Y desde aquella noche, Dª María tuvo accesos de delirio, y en su delirio pronunció el nombre de Arturo.

Desde aquella noche tambien Angelina se sintió torturada por la más cruel ansiedad. Aquel nombre iba á ser oido por D. Antonio, y su madre, su misma madre, por cuya felicidad había sacrificado su felicidad, iba á revelar el secreto de su martirio!

D. Antonio sorprendió muchas veces aquel nombre en boca de la enferma, y sin saber á que atribuir tan estraña coincidencia, preguntó á su esposa qué significaba aquel nombre en los lábios de Dª María.

—Y qué significan las palabras pronunciadas por los enfermos que deliran? respondía Angelina sintiendo palpitar su corazon como si fuese á saltársele del pecho. —Acaso sabe mi madre lo que dice? Acaso sabe si está viva ó muerta?

—Así me contestaba siempre tu madre cuando yo le preguntaba qué significaba ese mismo nombre repetido por tus lábios en el delirio de tu enfermedad.

Y D. Antonio se paseó pensativo sin

poder reprimir un impulso de celos que oscureció por un momento su frente con una nube sombría.

Y Angelina tembló mirando con lástima y piedad á aquel hidalgo campesino que había sido el protector de sus padres y que le había dado su mano, su nombre y su porvenir, generoso amigo á quien en premio de tantos beneficios iba á envolver su corazon en las olas de la desgracia si llegaba á descubrir el amor misterioso que unía las almas de Arturo y Angelina.

III.

—Conoces á algun hombre que lleve ese nombre?—preguntó D. Antonio súbitamente.

—Nó,—respondió la jóven con entereza.

—Conoce tu madre algun hombre que lleve ese nombre?—tornó á preguntar D. Antonio.

—No,—tornó á responder la jóven con igual entereza.

—Coincidencia estraña! Pronunciar la madre y la hija un mismo nombre en el delirio de la enfermedad! Puedes esplicarme, Angelina, esta coincidencia?

—Y acaso puedo yo esplicarte lo que yo misma no puedo esplicarme?

Angelina habia contestado con tal firmeza y habia empleado en la inflexion de su voz tal acento de verdad, que D. Antonio quedó satisfecho y no volvió á mostrar curiosidad alguna al oir el nombre de Arturo pronunciado por la enferma.

Las sospechas no se deslizaron ni una sola vez en el corazon de Don Antonio.

Y cómo sospechar? Era su esposa tan pura, tan angelical! era tan inocente, tan virtuosa!

CAPÍTULO IV.

I.

Las horas pasaban y Dª María empeoraba. En vano D. Antonio y Angelina prodigaban todos sus cuidados á la enferma: en vano el médico empleaba todos los recursos del arte. El génio de la muerte que se habia sentado junto á la puerta de la chozita de guano de Angelina para llevarse el cadáver de D. Rafael, se sentaba esta vez junto á la puerta de la linda casita de D. Antonio para llevarse el cadáver de María.

II.

—Se muere,—dijo un dia el médico moviendo melancólicamente la cabeza.

Y las palabras del médico fueron una verdad. Dª María murió. Murió sin convulsiones, sin agonía, sin jemidos, con la tranquilidad de una santa, y murió en los momentos en que el sol languidecía en el ocaso de una tarde suave y esplendente en que el cielo parecia un inmenso espejo azul tan limpio, tan trasparente, tan terso, como la superficie de un lago de purísimas cristalinas aguas.

Un poeta habria dicho que el último instante de Dª María fué tan apacible como el cielo, la brisa y el ocaso de aquella tarde.

III.

—Oh madre mia! oh, madre mia! yo misma te he matado: yo misma al sacrificarme te sacrifiqué. Tú sorprendiste el secreto de mi dolor, y mi dolor sin nombre pasando á tu corazon sin

consuelo te ha matado bárbaro y cruel sin lástima y sin piedad. Oh Dios mio, Dios mio! Luego mi sacrificio ha sido inútil, completamente inútil! Para qué me inmolé entónces!

Así esclamaba Angelina arrodillada ante el cadáver, arrebatada por la intensidad de su sufrimiento, anegada en llanto, elevando al cielo los ojos y el corazon, abandonándose de tal manera á los trasportes de sus pesares que olvidada de sí misma, olvidaba á su marido que oia profundamente sorprendido sus quejas y sus esclamaciones.

—Sacrificada tú!—balbuceó D. Antonio sobrecojido de espanto.—Habla, no te comprendo.

—Es un secreto que mi madre se lleva á la tumba, murmuró la jóven fuera de sí sin saber quién le hablaba ni á quien hablaba.

—Pero tú no ignoras ese secreto. Habla! habla! esclamó Don Antonio exaltado por su dolor.

—Ese secreto irá tambien conmigo á la tumba. Entre tanto queda entre Dios y yo.

Y Angelina al hablar así quedó profundamente desmayada en los brazos de su esposo.

CAPÍTULO IV.

I.

Muerta María, Angelina tambien quiso morir, y se entregó sin rebozo á los arrebatos y á la espansion de sus padecimientos.

El sueño huyó de sus ojos, sus lábios rechazaron los alimentos, y en el murmullar de los árboles, en las piadas de las avecillas y en la queja eterna del rio, hallaba una armonía lúgubre que zumbaba en sus oidos como el tañido de la campana que desde lo alto de la torre lleva á todos los corazones, sombrios recuerdos el dia en que la iglesia celebra vestida de luto y al resplandor de los cirios amarillos la solemne conmemoracion de los muertos. Su corazon moribundo queria morir y llamaba á la

muerte como al mas supremo bien, como á la mas dulce de las delicias.

—Muerta mi madre, muerto mi padre, qué lazo me liga al mundo?

Así murmuraba á solas, y siempre que así murmuraba se acordaba de su jeneroso é hidalgo esposo, y llamándose la mas cruel, la mas ingrata y la mas desleal de las mujeres, añadia:

—Oh tierno amigo mio! oh el mejor y el mas amable de los hombres! yo no debo morir, yo debo vivir para consagrarme enteramente á tí aunque no sea mas que por gratitud, porque tú me amas con amor profundo, inmenso, imperecedero, porque tú fuiste el protector de mis pobres padres, porque tú me has dado tu mano, tu nombre, tu porvenir. No, yo no debo morir, yo debo vivir para consagrarme enteramente á tí y recompensar así tanto amor, tantos beneficios, tanta generosidad.

Pero siempre que decia estas palabras la imájen de Arturo aparecia en su me-

moria, y entónces estremeciéndose, proseguia así:

—Oh! yo no debo amar mas que á mi Arturo; mi corazon le pertenece esclusivamente, porque soy esclusivamente suya.

—Oh Dios mio!—añadía entónces llorando.—Perdóname si soy impía! perdóname si soy perjura, si soy infiel á la promesa solemnemente prestada en el altar. Antonio es mi esposo, y nadie tiene derecho á mi amor mas que él.

—Pero como he de olvidar á Arturo!—añadia con voz llena de sombria desesperacion.—Oh! yo no puedo olvidarlo, y sin embargo débo olvidarlo porque ya no puedo ser suya, Oh! crees que me vuelvo loca!

El amor le decia incesantemente. Ama á Arturo con ese amor sencillo, virginal é infantil que solo se siente una vez en la vida: ámalo y no lo olvides nunca.

El honor le decia:—Eres casada y á nadie, sino á tu marido, debes amar.

Así la infeliz luchaba sin cesar entre su pasion y su deber.

II.

—Vivir así, es vivir muriendo,—decia á menudo consigo misma la infortunada Angelina.—Esta vida es mas triste que el eco de la campana de la tarde perdiéndose entre los gemidos de las palmas y el triste susurro de los pinos. Dios mio! por qué no me concedes la muerte! qué dulce me seria morir!

Como yo no puedo hacer traicion á mis sentimientos, como yo no puedo ejercer siempre un absoluto dominio sobre mí misma; estoy siempre sobresaltada pues temo á cada momento que mi pobre marido descubra en mis sonrisas, en mis miradas, en mi semblante, las huellas de mi secreto pesar. Oh! estoy condenada á una lenta y terrible agonía: mi vida es un martirio de todas

horas, una larga agonia de sufrimientos.

III.

D. Antonio, lleno de tristeza, se acercaba á su esposa, y procuraba consolarla con sus caricias y con su voz cariñosa y tan dulce que hubiera ablandado un corazon de piedra.

Derramaba lágrimas porque estaba triste, y estaba triste porque era desgraciado.—Era desgraciado desde que las palabras pronunciadas por Angelina ante el cadáver de Dª María rompieron su corazon en pedazos mil!

Estaba triste, y Angelina no notaba su tristeza! Era desgraciado, y Angelina no conocia su desgracia! Padecia, y Angelina no veia sus padecimientos!

CAPÍTULO VI.

I.

Un dia, sintiéndose abrumado por sus pesares, tomó entre las suyas las manos de su esposa, y con voz llena de lágrimas, le dijo con esa dulce inflexion con que hablan los novios cuando se quejan:

—Angelina! Un dia, el dia que murió tu madre, y ante un cadáver, el cadáver de tu madre, sin acordarte, (tan grande era tu dolor que todo lo olvidaste,) que yo estaba á tu lado, hablaste de sacrificios y dolores, y al pedirte yo una esplicacion de tus misteriosas palabras res-respondiste que ese secreto iria contigo á la tumba.

—Oh amigo mio!—murmuró Angelina procurando dominar su emocion y sintiendo que aquella confidencia hacia manar sangre de sus frescas heridas.—Olvida esas palabras.—El dolor me

hacia delirar: yo estaba casi loca.

—No, tú no delirabas, tú no estabas loca, esclamó D. Antonio con la amarga sonrisa de la duda cruel.—Esas palabras encierran una verdad, y una verdad terrible. Hay en tu alma un dolor que me es desconocido. Oh Angelina! por la memoria de tu buen padre, por la memoria de tu buena madre, por mi amor, por este amor inmortal que tú me has inspirado, confiésame tus ocultos pesares. Quién posée tu corazon no es digno de poseer tambien tu secreto? Oh Angelina! no olvides que soy desgraciado al saber que guardas un misterio que no conozco: no olvides que soy desgraciado al saber que me ocultas tus lágrimas y tus lamentos. Oh! qué misterio es ese que así nos separa y nos aleja, á nosotros, que bendecidos por Dios, nos juntamos en el altar como dos árboles que entrelazan sus ramas, como dos palomas que duermen en un mismo nido, á nosotros, que estamos unidos,

fuertemente unidos por un voto santo, solemne, que la muerte tan solo puede quebrantar! Oh! por compasion! dame una parte de ese silencioso tormento! Oh! por piedad! déjame leer en el libro de tu corazon esa historia dolorosa que me es desconocida! Que al ver correr tus lágrimas sepa yo la causa de tu llanto: que al recojer en mis lábios tus suspiros comprenda yo á que parte de la tierra envías esos mensajeros de dolor. Habla, porque la incertidumbre es muy cruel, porque la duda es cien veces mas punzante que la realidad; habla, si no quieres que yo tambien viva muriendo.

Y D. Antonio miéntras hablaba así, acariciaba á la infortunada jóven, la abrazaba, la besaba y apretaba dulcemente sus manos.

II.

Aquellas caricias, aquella voz llena de lágrimas, aquellas miradas suplicantes, conmovieron profundamente el corazon de Angelina, y rodeando con sus brazos el cuello de su esposo cuya frente atrajo hácia su seno, ya iba á vender su secreto, ya sentia que las palabras reveladoras se agolpaban á sus lábios, pero de improviso, echó la cabeza hácia atras y cerrando los ojos para no ver el semblante doloroso de su marido, se dijo á sí misma:

—Oh, no! no serán mis lábios los que lleven la muerte á ese corazon noble y grande. Que ignore toda su vida el misterio de mi vida: que no sepa nunca mis secretos amores. La incertidumbre es cruel, sí, muy cruel, pero es preferible á los horrores de la verdad que mi boca se niega á confesar. Me ama mucho y tiene derecho á conocer todos los pormenores de mi vida; pero por lo mismo

que me ama mucho quiero ahorrarle lágrimas y dolores.

—Por qué callas Angelina? por qué tus lábios no se mueven?. Te complaces en condenarme á un eterno tormento? No comprendes que ignorando el motivo de tus pesares mis horas serán horas amargas, mis noches, noches de sueño intranquilo? No comprendes cuantos son los dolores de un corazon que ama á otro corazon cuyo padecimiento no conoce? Habla, habla por Dios. Oh! cuánta crueldad! ni siquiera una palabra de consuelo, ni siquiera una mirada de piedad.

—Perdóname, amigo mio, perdóname si te hago sufrir. Bien sabe el cielo que yo quisiera hacerte el mas feliz de los hombres: te debo tanto! eres tan digno de ser dichoso! Oh! Olvida por piedad, olvida esas palabras que junto al cadáver de mi madre formuló mi corazon loco en aquellos momentos. En mi alma no hay misterio alguno. Qué secreto es

ese cuya revelacion me pides? Qué he de decirte si nada tengo que decirte?

—Sea, si quieres que así sea,—esclamó D. Antonio con sombría resignacion.

Y elevando sus ojos al cielo, se dijo á sí mismo:

—Me oculta su secreto! Quiere callar y vivirá muriendo. Pues bien: yo tambien calleré y viviré muriendo. Dios mio! soy mártir.

Y dejando caer melancólicamente la cabeza sobre el pecho, aquel héroe juró no hablar jamás á Angelina del misterio que él ignoraba y que á ambos hacía desgraciados.

CAPÍTULO VII.

I.

Aquella casita tan blanca, tan linda, tan poética, deliciosamente situada en la risueña vertiente de una colina coronada de palmas, rodeada de verdura perenne, envuelta en una atmósfera perfumada con las flores de los campos, y que un poeta habría comparado á un nido de amores, era la dorada prision en que jemían dos almas melancólicas, en que vivían muriendo dos corazones hermosos como la virtud. La mulatica Abebí tan alegre, tan juguetona, participaba tambien y sin saberlo ella misma, de aquella tristeza que se había estendido sobre los moradores de aquella mansion de sencillez. Hay ciertas tristezas que contagian ciertos corazones.

El tiempo pasó lento, quieto y casi insensible para ámbos esposos que ya no lloraban porque no tenían lágrimas que derramar.—Parecían resignados porque aunque sin alegrías en el corazon, se esforzaban en complacerse mútuamente prodigándose recíprocamente esas honestas caricias que forman las santas y purísimas delicias del matrimonio, pero ay! la tranquilidad erraba léjos de ellos y devoraban en el silencio las lágrimas de los grandes infortunios.

II.

Angelina procuraba distraer su melancolía, amortiguar su tormento entregándose con ardor á los quehaceres domésticos y á otras útiles ocupaciones.—Bordaba, leía, cosía túnicos y pantalones para los criados, remendaba la ropa

hacía dulces, formaba ramos de flores para la mesa de comer, regaba el jardin, y cuidaba los pájaros y las palomas.

Cuando llegaba su marido del campo le presentaba frutas, vasos de refresco, y le leía novelas y periódicos, sonriéndose para dejar ver el brillo límpido del nácar de sus dientes.

III.

D. Antonio iba á menudo á vagar por las montañas á cuyo paseo solitario era aficionado como todos los que tienen gran fondo de poesía en su alma, como todos los que son inclinados á la contemplacion, como todos los que aman la sublimidad de los grandiosos espectáculos de la naturaleza.—Los corazones lastimados apelan siempre á la soledad....

D. Antonio se dejaba dominar del dulce atractivo de la soledad del bosque siempre acompañado de Sab, su querido é inseparable amigo que no se cansaba de lamerle las manos.

Unas veces el desgraciado D. Antonio caminaba lentamente, afligido; otras veces se sentaba á orillas de un arroyo murmurante y quedaba sumido en profundo abatimiento, acariciando maquinalmente al perro Sab que colocaba con familiaridad su cabeza sobre las rodillas de su amo, mirándolo y gruñendo como si quisiera interrogarle.

Pobre D. Antonio! Una leve sombra empañaba su ilusion dorada.

—Me he equivocado! murmuraba. Yo creia ser el sol de la alegría que inundaría su alma con la luz mas espléndida y no soy sino una estrella, negra en su cielo azul. Ya el camino de mi vida no será sino una interminable cadena de áridas breñas donde no brotará ni un manantial de agua cristalina.

IV.

En vano D. Antonio intentó dominar su melancolía dolorosa, su tristeza paciente, su resignacion pensativa.

Angelina conoció que su marido estaba preocupado, que buscaba la soledad y que insensiblemente el carácter dulce, tranquilo y espansivo de aquel escelente hombre, se trasformaba á menudo en taciturno, reservado, silencioso.

—Antonio está pálido, demudado como yo!—esclamó Angelina un dia al comprender el sombrío dolor de su marido.—Lo veo abrumado por el abatimiento: su corazon se consume como si le devorara un veneno mortal. Y soy yo, su esposa, quien lo hace padecer! soy yo su verdugo! No, nó: esto no puede continuar así. Soy su esposa, y mi deber exige que ni un solo instante me acuerde de Arturo. Es criminal la mu-

jer casada que ama á un hombre que no es su esposo.

Y desde aquel dia Angelina hizo mas esfuerzos que nunca para distraer á su marido, y lo obligaba dulcemente á compañarle á visitar las familias de las fincas inmediatas, y á ir con frecuencia á la iglesia y á los bailes campestres de la aldea.

Angelina queria doblegarse ante el deber pero á despecho suyo un nombre que le despedazaba la garganta, el nombre de Arturo, venia á morir á cada momento á sus lábios.

V.

Todas las tardes, en los momentos en que el sol se acercaba al occidente, acostumbraban pasear por el huertecillo, por el platanal, el cocal y el guayabal, y por los maizales, los tomatales, los buniatales y las guarda-rayas de airosas palmas y floridos rosales.

Cualquiera, al contemplarlos paseando juntos y procurando sonreirse, habria creido que eran dos almas enamoradas que paladeaban los encantos de la luna de miel, pero ay! no eran sino dos corazones mártires, dos corazones desgraciados que, llenos de abnegacion, reprimian sus sollozos para no afligirse mútuamente, y hacian violentos y supremos esfuerzos por mostrarse recíprocamente una suave alegría que estaba léjos de ellos. Así simulaban sus angustias y el uno creía engañar al otro.

Algunas veces, dirigiéndose por las orillas de las sementeras, prolongaban su paseo hasta los remansos del rio. El agua los hacia llorar, pero lloraban sin derramar lágrimas porque los grandes dolores no tienen lágrimas.

Miéntras paseaban, la mulatica Abebí limpiaba los vasos y los platos á orillas del arroyo que atravesaba por el limpio huertecillo formando espumosas y tornasoladas cascaditas y saltando sobre

las piedrecitas azules de su lecho, y miéntras Abebí limpiaba los vasos y los platos, en la misma tonada con que cantan los guajiros al son del melodioso tiple, cantaba los cantos del *Siboney* y las décimas del Cuculambé que D. Antonio le había enseñado.

La lánguida cadencia de aquel canto quejumbroso entonado por una voz fresca, dulce y argentina mezclándose al eco quejumbroso de la campana de la tarde, al balido de la oveja, al mugido de la vaca, al sonido del arroyo, á la esquila del ganado, al rumor de las palmas, de los plátanos y de las cañas bravas, y á los lamentos que se desprendían de los maizales que mecían suavemente sus espigas lijeramente purpurinas, producía en el corazon de Angelina y de su compañero emociones de infinita tristeza que se adaptaban bien á la situacion de su alma.

Angelina y su marido no paseaban nunca sino á la hora en que el sol decli-

na en el horizonte porque es la única hora llena de religiosa melancolía y santa tristeza que aman las almas doloridas y meditabundas, las organizaciones esencialmente delicadas, los corazones esquisitamente sensibles y aminentemente poéticos.

VI.

Cuántas veces la luna, ya en su ocaso, al esconderse tras el platanal, alumbró con sus últimas luces el grupo encantador pero melancólico que formaban los dos esposos sentados, sin hablarse, en el rústico pórtico de la blanca casita!

Cuántas veces oyeron desde allí, el lejano canto de los esclavos que arrojaban cañas de azúcar entre las ruedas de las máquinas del ingenio inmediato!

Entónces los dos esposos se miraban con espresion tristísima, y con aquella mirada parecían decir:—Son mas desgraciados que nosotros.—Pero no!—pa-

recían añadir con la misma mirada:—no son mas desgraciados que nosotros, porque esclavos desde que nacieron están resignados sin saberlo ellos mismos, y nosotros no podemos resignarnos.

VII.

—Qué tiene *su mercé*, niña Angelina? —díjole una vez Abebí tomando cariñosamente entre las suyas la mano de la esposa de D. Antonio.—Yo he reparado que cuando el *amo* está delante, *su mercé* rie y habla, pero cuando él *amo* se vá al campo á dirigir los trabajos de la *gente*, *su mercé* se mete en el cuarto, se esconde de mí, se entristece, le gusta estar sola, y á veces llora. *Su mercé* está triste como el toque de la campana de agonía. Acaso *su mercé* vive muriendo? Antes de que *su mercé* se casara le sucedía lo mismo, y yo atribuía esa afliccion, primero, á la muerte de

D. Rafael, luego á la muerte de Dª María, porque así me lo decía *su mercé* cuando yo se lo preguntaba; pero ahora, que ya el tiempo debe haberla consolado, porque *su mercé* sigue triste?

—Porque una buena hija, Abebí, siempre debe llorar la muerte de sus padres.

—No, niña Angelina, no es por eso solo porque lo que *su mercé* está triste.

—Entónces, Abebí, pregúntale á Dios y no á mí; yo no sé la cáusa de mi afliccion.

Abebí callaba, y cuando veía á Julio, —á quien le referia los raptos de tristeza de la hija de D. Rafael,—le preguntaba afligida:

—¿Qué tendrá la niña Angelina, Julio?

—¿Qué tendrá, Abebí?—contestaba el mulatico no sabiendo qué responder pues ignoraba, como todos, el orígen del dolor secreto de Angelina, del sacrificio de aquel silencio, la cáusa de la sublimidad de aquel martirio.

VIII.

Por la noche D. Antonio leía en voz alta las melancólicas novelas de Alfonso Lamartine, las novelas filosóficas sociales de Eugenio Sué, y las novelas históricas de Alejandro Dumas.

Á menudo Angelina era la lectora, y alguna que otra vez Abebí, y hasta el mulatico Julio que siempre asistía á aquellas lecturas, sentado en un taburete de cuero, junto á la puerta de la sala que caía al comedor.

Cuando la novela les escitaba la atencion, sorprendíalos agradablemente la media noche.—¡Sabrosas veladas cuyas delicias no pueden gustar sino los corazones puros, las almas sencillas, las conciencias limpias!

IX.

Por las tardecitas, D. Antonio, con el objeto de distraer á su esposa, obligábala cariñosamente á que lo acompañára á pasear por la calzada y las *serventías*, seguidos de Julio y Abebí.

Angelina cedía siempre sin resistencia porque le agradaban los paseos á aquella hora melancólica.

La cabalgata se detenía casi siempre algunos momentos, junto á la *puerta de golpe* ó portada de los cafetales, para contemplar el paisaje que ofrecen tan pintorescas *alquerías*.

Abebí, siempre bulliciosa, no cesaba un instante de hablar y reir con Julio, quien, á menudo, tenía ocurrencias naturalmente chistosas.—Las arjentinas carcajadas de la mulatica, las ocurrencias del jóven mulato, y los agasajos de D. Antonio, lograban distraer á Angelina.

Los paseantes regresaban alumbrados por el misterioso resplandor de las estrellas ó inundados por las cascadas luminosas que derrama la luna.

Si Angelina hubiera sido escritora habría descrito con encantadora poesía las impresiones de aquellos paseos vespertinos porque la naturaleza la había dotado de una organizacion esencialmente delicada, esquisitamente sensible.

CAPÍTULO VIII.

I.

La víspera de la fiesta del Patrono de la aldea tambien se vió dulcemente obligada á complacer á su esposo acompañándole á la iglesia.

Angelina, tipo seductor de la trigueña cubana, vistió un trage de muselina blanca, trage tropical, diáfano, aéreo como la bruma de la primera hora de la mañana.

Las campanas del rústico santuario repicaban alegremente, y las detonaciones de los *voladores* de fuego que surcaban fantásticamente los aires interrumpían el silencio de los campos haciendo ladrar á los perros de las fincas circunvecinas.

En el camino encontraron muchos *guajiros* de los sitios situados á dos ó tres leguas de distancia de la aldea, y algunos *mayorales* y *maestros de azúcar* de los ingenios contiguos que acudían á la fiesta religiosa montados en caballos criollos, con el *machete* terciado al cinto, vistiendo camisa blanca de hilo, calzones de pretina de dril blanco, zapatos de venado con espuelas de plata, sombrero de *yarey* y pañuelo de seda al cuello en lugar de corbata.

Alguno que otro, montado en la parte de atrás de la albarda, llevaba á su mujer, ó á su hija, ó á su hermana, sentada delante á la mujeriega.—Tambien algun que otro muchacho, montado en pelo, volaba á la féria á *escondidas*, es decir, sin el consentimiento de su familia.

Los campesinos de los sitios inmediatos á la aldea iban á pié, acompañados de sus chiquillos y mujeres, las cuales vestian *túnico* de muselina de vivos co-

lores, zapatos de raso amarillo, verde, punzó ó azul, aretes y sortijas de oro francés, y pañuelo al cuello de colores encendidos.

II.

Las calles de la aldea estaban muy concurridas, y la iglesia, profusamente alumbrada, estaba tambien llena de gente.

Después de la salve una preciosa niña, de once años, vestida de ángel, salió del santuario y subió á un *quitrin* descubierto y adornado con lazos, guirnaldas y *puchas* de flores.

—Ese *quitrin*, con el *fuelle* caido, parece una concha suspendida en el aire sosteniendo un ángel de *verdad*,—dijo Abebí.

Abrian la marcha cuatro hombres á caballo vestidos de *indios*: seguían dos filas de acompañantes con hachones de *cuaba* que esparcían viva claridad; lue-

ga marchaba una banda de música *ratonera*, cerrando el vistoso cortejo el *quitrin* rodeado de hombres, blancos, negros y mulatos, mujeres blancas, negras y mulatas, y niños blancos, negros, y mulatos.

Deteníase la comitiva en cada esquina, y en medio del mayor silencio, la niña vestida de ángel declamaba una *loa* con pronunciacion fácil y vibrante, con gentileza y donaire.

Después de haber recorrido toda la carrera que la procesion del Patrono iba á seguir el dia siguiente, la comitiva volvió á la iglesia por el mismo trayecto, repitiéndose la *loa* frente á las casas del cura, del capitan de partido, del maestro de escuela y del cuartelillo de la guardia civil.

III.

Las calles de la aldea estaban engalanadas con arcos de *cañas-bravas* y *pencas* de palmas, de cuyos arcos campestres colgaban, como tambien de las puertas y ventanas de las casas, toscos farolillos de papel de colores.

En la plaza se veían multitud de mesitas con dulces del país, *agualoja*, *maní* tostado, *chicharrones*, buñuelos, ponche de leche, y juegos de suerte y azar tales como cubiletes, dados, roleta, lotería de carton, *cinco por uno*, el *infierno*, *ánima sola*, *blancos y prietos*, *pares* y *nones* etc.

En casi todas las casas se oían los sonidos de las cuerdas del melancólico tiple acompañando á los que *punteaban* ó *escobilleaban* el vivaz *zapateo* y á los que cantaban las *décimas* de los *montunos* ó *guajiros*, canto favorito de nuestros campesinos, y conocido en todos

los pueblos de Cuba por el *llanto* y por el *ay* ¡por ser esta interjeccion con la que casi siempre se empiezan las coplas.

El bullicio de aquellos *guateques* se mezclaba con el ruido de los cohetes, la algazara de los muchachos, con los pregones de los que vendían en los *puestos* ó tiendecillas provisionales, dulces,-agualoja, naranjas, *maní* tostado, y marrasquino, y con los gritos de los que escitaban á jugar á la ruinosa *roleta*, y de los que cantaban los números de las bolas de los cartones de la tentadora *lotería*.

En la acera de una esquina había una mesa de pino sobre la que se veían vasos de cristal, alumbrados por la escasa luz de una vela de sebo, encerrada en un farol de papel blanco, que en el estremo de una botella, que suplía al candelero, figuraba en un estremo de dicha mesa.

Al lado, una africana de color negro, reluciente como el ébano bruñido ó

como el azabache pulimentado, agitaba vivazmente, con el molinillo de madera el líquido hirviente y espumoso contenido en una *cazuela* que descansaba en un anafe portátil de hierro lleno de áscuas relucientes.

Aquel líquido hirviente y espumoso, del que se desprendía una nubecilla de humo aromatizado con el agradable y penetrante olor del anís, era el popular *punche* de leche.

Á aquella mesita se acercó D. Antonio con su familia á beber el sabroso líquido que escitaba á los transeuntes con el vapor odorífero que coronaba la cazuela.

IV.

—Estas mal llamadas férias, estos mal llamados juegos lícitos,—decía D. Antonio miéntras paseaban por la iluminada aldea,—son la causa de la vagancia de los campesinos y del atraso de la

agricultura cubana.—Estas férias no son sino *fúrias* que vomitan sobre las muchedumbres las pútridas aguas de la corrupcion. Algunos, para defender las férias porque conviene á sus bolsillos dicen:—Es preciso que salga el oro, es preciso que las gentes gasten para que las tiendas vendan, para que la industria adelante, para que miéntras unos se divierten otros aumenten su capital. —Pues si el progreso *material* de los pueblos,—respondo yo,—ha de ser en perjuicio del progreso *moral*, si ese adelanto *material* ha de sostenerse en un cimiento de lodo, entónces.... que los pueblos estén quietos, que permanezcan estacionarios. Mejor quiero que los pueblos sean *pobres* y tengan el corazan *sano*, que no *ricos* y con el corazon *podrido*, así como prefiero al hombre *honrado* que lleno de miseria vive en un *bujío*, al pícaro que vive en una gran *quinta*.

V.

En la tarde del dia siguiente volvió D. Antonio á la aldea con Angelina, Julio y Abebí, á presenciar la procecion.

Por la mañana tuvo lugar en la plaza la *corrida de patos*, bárbara diversion que embrutece y degrada á los pueblos.

A las cinco salió procesionalmente la imágen del Patrono entre el repique de las campanas, los acordes de la música, el ruido de los cohetes, y las detonaciones de las escopetas disparadas por los dependientes de los establecimientos públicos.

Várias niñas, primorosamente vestidas, regaban flores y yerbas aromáticas por el tránsito.

Todas las muchachas, engalanadas con sus mejores trages, aunque desgraciadamente muchas con el cigarro en la boca, (y decimos desgraciadamente por-

que la boca de las mujeres debe oler á flores y no á tabaco) estaban asomadas á las puertas y á las ventanas despertando simpatías y cautivando corazones.

Al oscurecer regresó la imájen del Patrono á su santa casa alumbrada por la luz de Bengala que imitaba la vivísima y argentada claridad de la luna del esplendente estío.

Angelina, Abebí, y todas las jóvenes, parecían inundadas en un océano de luz fantástica, deslumbradora, radiante que remedaba el reflejo mágico, brillantísimo de un mundo de perlas, diamantes, conchas de nácar, granos de plata y lentejuélas de acero bruñido.

Los ojos de Angelina, los de Abebí y los de todas las muchachas parecían diamantes ó estrellas porque brillaban como diamantes ó estrellas en medio de aquel blanquísimo y afelpado resplandor.

Parecia que caían millares de chispas

refulgentes cubriendo de lluvia de gotas de plata y nácar la cabeza, el rostro, los hombros, los brazos, las manos y el trage de Angelina, de Abebí y de todas las muchachas.

—La luz de Bengala te hace aún más hermosa,—decía D. Antonio á su compañera.

—Tú eres linda, Abebí,—decía Julio, —pero qué linda eres alumbrada por ese resplandor!

VI.

Por la noche hubo baile campestre en la glorieta, y la plaza se llenó otra vez con la gente que recorría las mesas de dulces, refrescos, licores y juegos de náipes, *roleta* y *lotería* de cartones.

—¡Pobre Cuba!—murmuraba D. Antonio al regresar á su finca.

CAPÍTULO IX.

I.

Llegó un dia en que Angelina conoció que iba á ser madre. La pobre jóven no pudo reprimir ese movimiento de infinita alegría que se revela en la mujer que conoce vá á ser madre, pero á esa alegría inmensa se mezcló un sentimiento de profunda tristeza.—Hasta allí Angelina había deseado morir, pero al ser madre tendría que vivir para criar á su hijo, y ella ay! no queria vivir.

II.

En aquellos mismos dias tambien Abebí conoció que iba á ser madre.

Un grito de amor y ventura se escapó de sus lábios. Su alegría no tuvo límites.

Comunicó, sonrojada, tan fausta nue-

va á Julio, quién, al conocer el dulce secreto que era un nuevo lazo de su vida, llenó de besos la frente, la boca y las mejillas de su idolatrada compañera.

Desde entónces empezó Abebí á hacer la canastilla, riendo y cantando más alegre que el pájaro que vuelve á su nido. Compró cintas, encages, y retazos de muselina. Su alborozo parecía contajiar á todos aún á la misma Angelina.

—Angelina y yo seremos los padrinos —díjole D. Antonio.

III.

Pronto D. Antonio conoció el *estado interesante* de su mujer. Abrazóla cien veces, elevó los ojos y el corazon al cielo, y dió gracias á Dios porque su alma iba á paladear las delicias dulcísimas de la paternidad....

Marchó á la Habana, y regresó trayendo en cajas de carton muchas lindas *cosas* para el *canastillero*.

Su contento rayaba en locura.

IV.

Al fin la amante de Arturo fué madre, y al estrechar al niño entre sus brazos, esclamó con una mezcla indefinible de alegría y tristeza:

—Es preciso vivir porque no me pertenezco. Soy toda de mi hijo.

V.

El mismo dia la mulatica fué tambien madre. Una robusta niña fué el fruto de los amores de Julio y Abebí.

El bautismo se señaló para el primer domingo del mes siguiente.

CAPÍTULO X.

I.

Desde el dia anterior al del bautismo de los reciennacidos, todos los habitantes de la finca se pusieron en jubiloso movimiento.

Angelina y Abebí—que desde la semana ántes hacían caprichosas flores y vistosas cadenas de papel de colores para adornar el altar, y encintaban y formaban los lazos de los *medios* de plata y de los *escuditos* de oro que se iban á repartir,—continuaron afanosas su tarea ayudadas por dos negritas.

Los negros barrieron las *guarda-rayas*, deshollinaron los techos, lavaron las persianas, puertas y ventanas, dieron lechada á las paredes, y fregaron los

suelos.—Las negras confeccionaron los dulces; Julio, ayudado por los *criollitos*, hizo farolillos de papel de colores, y D. Antonio, radiante de contento, tan pronto estaba aquí como allí, dirigiendo los preparativos.—Hasta el perro Sab, saltando, corriendo, jugando con todos, parecía participar de aquel júbilo.

Al toque del *Ave-María* del dia siguiente, ya todos, alborozados, se hallaban en pié, arreglando muebles, adornando las mesas y encendiendo las hornillas de la cocina, en cuya chimenea empezó á ondular una columna de humo que al amanecer parecía de color azul, girando y ascendiendo siempre hácia el cielo, y formando caprichosa espiral.

A las ocho de la mañana los preparativos habían concluido.

Vistieron entónces sus trages de fiesta, y una hora despues empezó la diversion familiar con un sabroso almuerzo en el que figuraba en primer término el *le-*

chon tostado, tan indispensable en nuestros festines campestres.

II.

Al medio dia se sirvió una comida esencialmente criolla.—*Ajiaco*, *plátanos* verdes asados, *plátanos* maduros fritos, tortas de *casabe*, ensalada de *guacamoles*, *montería de lechon*, tasajo *ahumado*, *tallullo*, *calalú*, *chicharrones*, *bollos de frijoles*, empanada de maíz, *mojo* crudo, *aporreado de tasajo*, arroz blanco, rosquitas de *catibía*, *majerete*, *buñuelos de viento*, queso de *mano* envuelto en *yagua*, plátano *pasado* que destilaba miel más agradable que el higo de Esmirna, &.

III.

Ante un sencillo y bonito altar, radiante de luces y de flores naturales y artificiales, improvisado en el *colgadizo*

de la *casa* de *vivienda*, bautizó, la mismo tiempo, el buen cura de la aldea, á Virginio, el hijo de Angelina y de D. Antonio, siendo los padrinos Julio y Abebí; á Julia, la hija de Abebí y de Julio siendo Abebí la madrina y D. Antonio el padrino; y á tres negritos, nacidos en la misma finca, cuyos padrinos fueron los mismos de Julía.

Siguiendo la costumbre tradicional del país, los padrinos repartieron á los concurrentes monedas de plata *(medios sencillos)* y monedas de oro *(escuditos de á peso.)* Á cada una de estas monedas se le abre un agujero por donde pasa la cinta de raso de distintos colores con la que se forma un lazo, lazo que los obsequiados, por medio de un alfiler, prenden bien de la solapa de la levita ó del chaleco, bien de la pechera de la camisa.

IV.

En la *guardia-raya* principal se colocó una larga mesa, rodeada de bancos y taburetes de cuero, cubierta de ramos de flores, vasos de cristal, platos de blanca porcelana, fuentes atestadas de dulces *criollos*, y botellas llenas de bebidas especiales del país, como la *chicha*, compuesta de agua, azúcar *quebrado*, y maíz tostado fermentado;—la *sambumbia*, formada de agua, miel de caña y *ají guaguao*;—*agualoja*, echa con agua, miel, canela y clavo;—*garapiña*, refresco compuesto con cáscaras de piña fermentadas y endulzado con azúcar;—y *aurora*, compuesto de leche de almendras y agua de canela.—Aquella mesa se destinó para la gente de color.

No faltaron los indispensables brindis, ni el baile africano al compás del salvaje tambor de Guinea, ni el baile criollo al son del melancólico tiple.

En el colgadizo se colocó otra mesa cubierta de flores, dulces y botellas de cerveza, en cuyo alrededor tomaron asiento el sacerdote, Angelina, D. Antonio y cuatro guajiritas de las cercanías, escogidas por D. Antonio, á quienes acompañaban sus respectivas madres.

Al oscurecer se encendieron los farolitos de papel de colores que, formando de una á otra palma guirnaldas de gigantescas estrellas de múltiples colores, adornaban pintorescamente la *guardaraya*, ofreciendo un paisage que contemplado desde léjos tenía algo de fantástico.

V.

Entregados á aquel regocijo sorprendiólos la noche, noche espléndida cuyo cielo esmaltaban brillantes constelaciones.

Los *cucuyos* (1) tropicales, volando en todas direcciones, ya subiendo, ya bajando, ya trazando arcos luminosos, ya cruzándose en caprichosos giros, lucían

---

[1]—Los *cucuyos*,—que no se ven sino en las noches de verano, especialmente desde abril hasta junio,—pertenecen al género de insectos *coleópteros*, *pentámeros*, de la familia de los *serricornios*, compuesta de sesenta especies naturales de América.

Son del tamaño, color y forma del escarabajo: tienen seis patas. Su luz es tan clara como la de la luna, luz debida al fósforo que contienen sus ojos.

Los *cucuyos*, fuegos artificiales de la naturaleza, brillan como fuegos fátuos y parecen estrellas errantes.

Las cubanas se adornan con estos insectos el peinado, el seno, el pañuelo de mano, y las orlas de sus vestidos de muselina y de gasa.

Los *cucuyos* son un recurso precioso para los novios pues las jóvenes, alumbradas por el brillo fosfórico de estos insectos encerrados en un vaso de cristal ó en una jaulita de alambre, pueden leer furtivamente, en la soledad de sus aposentos, las cartas de sus amantes.

Seis especies de *cucuyos* cuenta el sábio cubano Tranquilino Sandálio de Noda: todas son bellas, muy curiosas, y abundantes en todos los campos de Cuba.

sus lindas luces fosfóricas que brillaban como fuegos fátuos y parecían estrellas erráticas ó diamantes verdes flotando fantásticamente en la inmensidad de los aires.

---

* *Eláter* es el nombre que dió al *cucuyo* el gran Linneo, el inmortal naturalista sueco.

Linneo, nacido en 1707 y muerto en 1778, era hijo de un pobre cura de aldea, y tuvo mucho tiempo que luchar contra la miseria. Estaba de aprendiz en casa de un zapatero, cuando un médico, amigo de su familia, conoció su buena disposicion para el estudio y le proporcionó los medios necesarios al objeto.

Hé aquí porque el célebre botánico sueco Cárlos Linneo dió al *cucuyo* el nombre de *eláter*, palabra griega que significa *elástico*:

Cuando el *cucuyo* cae boca arriba, no puede levantarse del suelo á cáusa de la cortedad de us álas y de sus patas. Entónces hace esfuerzos para recobrar su posicion natural. Entreabre una y otra vez su *corselete* ó *coselete* dejando ver en el interior de su abdómen una franja luminosa cuyo brillo fosfórico aumenta ó disminuye á su antojo.

El *cucuyo* para levantarse se vale de este injenioso mecanismo:—Su cuerpo, acóstado sobre el lomo ó espalda, hace un brusco movimiento, y entónces se arquea apoyándose por la cabeza y la estremidad del abdómen. Por medio

Cuando los cucuyos se posaban en las ramas, los árboles, vistos desde léjos, presentaban un aspecto encantador: parecían cubiertos de millares de puntos

---

de una violenta sacudida introduce la punta en que termina su pecho, en la cavidad que tiene debajo del segundo par de patas. Al mismo tiempo el lomo viene á chocar con fuerza sobre el plano de apoyo, y por reaccion, el *cucuyo*, como movido por un resorte, salta en el aire produciendo un golpe seco, cae sobre sus patas, despliega sus álas después de haber dado la voltereta, y echa á volar.

Todo esto es instantáneo, rapidísimo, y como á veces no logra su objeto, recomienza su maniobra hasta que consigue levantarse.

Los *cucuyos*, llamados *escarabajos de resorte* por el salto que dan cuando vueltos sobre la espalda quieren volverse sobre las patas, se conocen tambien con el nombre de *piróforos nocturnos*.

Piróforo, palabra griega que significa *porta-luz*, *que lleva luz*, es el nombre que daban antiguamente á ciertos individuos que marchaban á la cabeza de los ejércitos griegos y persas, llevando en la mano vasos llenos de fuego como el símbolo de una cosa sagrada. Los *piróforos* daban la señal del combate, y eran respetados por los enemigos que consideraban como un sacrilejio el atacarlos.

brillantes ó cuajados de flores de fuego balanceadas por la brisa.

Los *criollos* y las *criollas* corrían en pos de los lucíparos *cucuyos*, y cuando

---

Los *piróforos* nocturnos, como los gusanos de luz que se llaman *lucernas* ó *luciérnagas* porque brillan durante la noche, son notables por su fosforescencia, siendo más intenso ese vivo resplandor fosforescente en el *cucuyo*, insecto orijinario de la América meridional.

Cucuyera es el nombre de las jáulas donde se guardan los *cucuyos*. Unas son de alambre, otras de calabaza, limpia interiormente, y agujereadas; otras de *güira* tambien limpia y con muchos agujeros, y otras formadas con las varillas de las *pencas* de palmas.

Los *cucuyos*, durante las noches de verano, ofrecen uno de los espectáculos mas curiosos que pueden verse, pues el cielo se halla iluminado de estrellitas errantes, fujitivas centellas, lucesillas áereas del mas entantador efecto.

—Prodigiosa entonces es la mágia de las iluminaciones nocturnas de estos insectos brillantes que esparcidos por millares en el aire forman fantásticos arabescos, caprichos de luz, laberintos de fuegos.

—"Los *cucuyos*,—dice el sábio y laborioso Esteban Pichardo,—tienen tres luces fosfóricas: dos discos detras de los ojos y una en el vientre cuando le abre pocas veces.

lograban cogerlos se adornaban con ellos el peinado, el seno y las orlas del vestido.

Un *cucuyo*, poetizaba de tal manera la

"Al oscurecer,—añade el distinguido geógrafo,—empiezan los *cucuyos* á cruzarse en direcciones inconstantes y se aproximan á las poblaciones pareciendo estrellas volantes. Si duermen ó se consideran perseguidos cubren sus luces con unas membranas opacas: la caña dulce y la lumbre los atraen; se alegran echándolos un rato en agua: sirven de adorno, recreo y luz, conservándose en *cucuyeras*, ó en cañutos de caña ahuecados; pero privados de su libertad y manoseados ó lastimados, van eclipsándose hasta morir, cuando no sean sorprendidos por el *majá* ó el *jubo* que sutilmente se aproxman guiados por sus propias luces.»

--El célebre sàbio aleman Alejandro Humbolt en su *Viaje fuera de la Habana* dice:

«En el camino nos llamó singularmente la atencion un espectáculo con el que dos años de residencia en la parte mas cálida de los trópicos debiera habernos familiarizado. En ninguna otra parte he visto tan innumerable cantidad de insectos fosforescentes, porque las yerbas que cubren el suelo, las ramas y las hojas de los árboles, resplandecian con aquellas luces rojizas y móviles, cuya intensidad varía segun la voluntad de los animales que las pro-

cabeza de la mulatica Abebí, (colocado por la mano de Julio) que los ojos del fosforescente insecto parecían dos diamantes verdes, dos estrellas del color

---

ducen, pareciendo que la bóveda estrellada del firmamento bajaba sobre la sabána ó pradera

«En la casa de los habitantes más pobres del campo, quince *cucuyos*, puestos en una calabaza agujereada, sirven para buscar objetos durante la noche. Basta sacudir con fuerza la calabaza para estimular al *cucuyo* á que aumente el brillo de los discos luminosos que tiene á cada lado de su *coselete.*

«El pueblo dice con una espresion verdadera y muy sencilla, que las calabazas llenas de *cucuyos* son unos faroles siempre encendidos, y, con efecto, no se apagan sino por enfermedad ó muerte de los insectos que son fáciles de alimentar con un poco de caña de azúcar.

«Una jóven nos contaba en Trinidad de Cuba que durante una larga y penosa travesía á Tierra Firme, habia sacado partido de la fosforescencia de los *cucuyos*, siempre que por la noche tenia que dar el pecho á su niño.—El Capitan del navío, por temor de los corsarios, no quiso que se encendiese otra luz á su bordo.»

—«Los mas célebres *cucuyos* ó *piróforos nocturnos*,—dice Mauricio Girard, presidente de la Sociedad entomolójica de Francia,—abun-

de la esmeralda, dos flores de fuego verdoso, dos rayos de luna brotando de su negra cabellera.

Á lo léjos, en las cumbres y en las vertientes de las montañas, se veían las

---

dan en la isla de Cuba, en la Guyana, y en el norte del Brasil.

«La luz de los *cucuyos* procede de dos manchas sobre los costados del *coselete*, y tambien de los anillos del abdómen. Esa luz es bastante viva para permitir leer á corta distancia, sobre todo reuniendo muchos individuos en una jaulita.

«Los indios se los atan á los dedos de los piés, para guiarse de noche en las senderos de los bosques. Los cojen balanceando en el aire carbones encendidos en la estremidad de un palo, lo cual prueba que la luz que esparcen es para ellos una llamada.

«Se los encierra en jaulitas de alambre donde se los alimenta con pedacitos de cañas de azúcar, bañándolos dos veces al dia. Este baño les es indispensable y reemplaza los rocíos de la mañana y de la noche.

«Durante la noche se elevan por miles en los aires, al través de las ramas de los bosques.

«Estos insectos brillantes, que parecen esmeraldas y diamantes verdes con álas, sirven como alhajas vivas, por un brillo superior al de las piedras preciosas.

luminarias producidas por la quema del *espartillo*, y el rojizo resplandor ocasionado por el fuego del pajonar de los cañaverales recien cortados.

«Se llenan con ellos saquitos de tul, que se disponen con gusto sobre los vestidos, en las noches de verano. A otros se les ata con un hilo, pasado entre el corselete y el abdómen, y los colocan en la cabeza de las jóvenes criollas.»

—Hé aquí una cópia de lo que dice con respecto á esto Mr. Channt:

«Estos insectos sirven de juguete á las jóvenes criollas de la Habana, donde se los llama *cucuyos*. Frecuentemente, por un gracioso capricho, los prenden en los pliegues de sus vestidos de muselina, que entónces parecen reflejar los rayos plateados de la luna ó bien los fijan en sus cabellos negros, peinado orijinal que tiene un brillo májico.

«La permanencia de algunas horas en los cabellos ó en los pliegues del traje de una dama, debe fatigar á estos pobres insectos, acostumbrados á la libertad de los bosques. La fatiga se traduce por la disminucion pasajera de la luz que emiten. Se los ajita ó incomoda, para que brillen.

«Al regreso de la tertulia, la dueña los cuida mucho, porque son en estremo delicados.—Primero los sumerje en una palangana

Aquella diversion familiar fué una de esas fiestas domésticas, una de esas fiestas del corazon que proporcionan emociones purísimas, plácidas, tranquilas al alma del hombre honrado que ama las dulzuras y los suaves placeres del sabroso hogar.

ó en un vaso lleno de agua para refrescarlos, y luego los coloca en una jaulita, donde pasan la noche chupando el jugo de pedacitos de caña de azúcar. Miéntras que se ajitan, brillan constantemente y entonces la jaulita, como una lamparilla viva, esparce una dulce claridad en la pieza.

«Las jóvenes criollas suelen llevar de noche los *cucuyos* dentro de un nudo de sus pañuelos de fina batista, y cuya luz viva, aumentada por el movimiento, ha servido mas de una ocasion, para leer furtivamente los caractéres queridos, trazados con un lápiz sobre un pedazo de papel.

—«Las larvas del cucuyo,—añade Girard,—se hallan en lo interior de los bosques, y esto esplica la sorpresa y espanto supersticioso de la poblacion del barrio de San Antonio en Paris, cuando hácia la mitad del siglo décimo sesto, vió esparcirse una noche, por un taller, numerosos *cucuyos* salidos de unos trozos de madera de las islas.»

LIBRO OCTAVO.

CAPÍTULO I.

Una tarde, Angelina se hallaba sentada en la sala junto á la cuna de su hijo. Cosía, mirando á su niño dormido.

Aquella tarde la jóven sin saber por qué estaba mas triste que nunca. El presentimiento oprimía su corazon con mano de hierro.

El sol de los muertos declinaba en el ocaso; sus últimas vislumbres envolvían la frente de Angelina en un reflejo de púrpura que hacía resaltar su palidez y la tristeza de su hermoso semblante.

Aquel dia había pensado mucho en Arturo y en aquellos momentos pensaba tambien en él.—Recordaba el perfil de sus facciones, las líneas de su rostro,

el timbre de su voz, la espresion de sus miradas, la sonrisa enamorada de sus lábios, y sus palabras, aquellas palabras de amor suave y apasionado que habían deslizado en su alma las castas delicias que saborean los castos amantes.

Poco después de haberse ocultado el sol, un murmullo de bronce circuló por el espacio.—Aquel murmullo metálico era el eco de la campana de la tarde que con lenta solemnidad columpiaba en los aires sus quejumbrosas vibraciones.

Las notas aéreas de aquella campana zumbaron en el corazon de Angelina tristes como las misteriosas armonías de esa hora de la tarde en que la soledad y el silencio oprimen con su peso el corazon de los desgraciados.

Aquella campana le recordó la tarde que vió por primera vez á Arturo en el cementerio de la aldea de los baños calientes.

Angelina sintió ruido de pasos, un

ruido de pasos desconocido para ella, y sorprendida, alzó la frente.

Arturo estaba allí, en su casa, á su lado, junto á la cuna de su hijo! Arturo estaba allí, con los brazos cruzados sobre el pecho, triste, silencioso, mirándola fijamente con mirada indefinible!

Arturo estaba allí, y estaba allí para reprocharle su perjurio, su deslealtad, su ingratitud.

Angelina temblo como se tiembla ante una aparicion.

La jóven echó la cabeza hácia atrás, cerró los ojos para no ver, y estendió las manos, trémulas y frias, para rechazar aquella vision. Creyó soñar, pero el recien llegado la despertó de su sueño esclamando:

—Yo soy Arturo.

Al oir aquella voz que estremeció deliciosamente todas las fibras de su organizacion, Angelina olvidó á su hijo, á su marido, al mundo todo, y no se acordó mas que de su amante.

—Perdóname, Arturo!—esclamó la jóven con voz desgarradora cruzando los brazos sobre el seno palpitante en ademan suplicante.

Y gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas.

Aquellas lágrímas, aquel ademan suplicante, aquella voz desgarradora, conmovieron profundamente el corazon del jóven, pero haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo, dió á sus facciones la impasibilidad cruel del corazon seco y gastado en el vertiginoso torbellino de los embates de la vida.

—Perdonádme, señor!—murmuró Angelina enjugando sus lágrimas al notar la fria indiferencia del hombre que mas había amado.

—Ah!—añadió turbada y bajando los ojos, no sé que tratamiento debo dar al hombre que..........

Y se interrumpió, porque los sollozos ahogaron su voz.

—Al hombre que nunca debió conside-

raros digna de ser su amante,—dijo Arturo lentamente y con amarga sonrisa.

Angelina, al oir estas palabras que lastimaron profundamente su corazon, levantó la frente con aire solemne, y con voz mas solemne aun, esclamó:

—Ofendéis cruelmente á una mujer pobre y desgraciada, sì, pero pura é inmaculada como el dia que la conocìsteis.

—Añadid, señora; pero dura y bárbara con mi primer novio.

—¡Oh Arturo!

—No me llameis asì, señora, porque ese nombre no suena ya bien en vuestra boca.

—No puedo llamaros mi amigo?

—¿Llamais amigo al hombre que habeis desairado con soberano desden, con soberbio desprecio? Llamais amigo al hombre que habiéndoos ofrecido su amor, su corazon, su mano y su porvenir, no obtuvo sino vuestra indiferencia y vuestro olvido?

—Mi indiferencia y mi olvido! Oh no! Yo no os he olvidado nunca!

—No me habeis olvidado y perteneceis á otro hombre, y ahí, en esa cuna, duerme un niño hermoso como vos, que es vuestro hijo y cuyo padre no soy yo! Sois madre sin ser mi esposa, y decis, pobre mujer, que no me habeis olvidado! Mentís, desgraciada, mentìs!

—Oh, Dios mio!—murmuró Angelina ocultando la cara entre sus manos.

—Haceis bien eu invocar á Dios para que os perdone ya que yo no puedo perdonaros.

—Oh! tened piedad de mí!—esclamó Angelina con ademan suplicante.

—Piedad de vos! Y la habeis tenido de mí! Qué habeis hecho de mi ventura?

—Oh Arturo! Yo soy mas desgraciada que tú! Perdóname!

—Silencio, desgraciada! no pronuncieis una palabra mas, y escuchad la historia dolorosa que voy á referir, tal vez vuestra historia y la mia.

CAPÍTULO II.

Hay en este país una aldea célebre por sus baños de aguas calientes. En el cementerio de esa aldea os conocì: en aquel jardin de los muertos, en aquel campo de solecad, de silencio, y del reposo eterno, nos vimos por primera vez.

Ay! Vuestro amor estaba muerto al nacer porque no duró lo que duraron las flores que aquella tarde adornaban las cruces rústicas de las tumbas..........

Aquella noche adquirì noticias y supe que érais hija única de unos labrabadores que vivían cuarenta leguas distante en un villorrio.—Supe que el labriego habìa ido á aquellos baños á buscar la salud perdida. —Tambien supe que el enfermo, conociendo su próximo fin, queria volver al valle natal, regreso que iba á tener lugar el dia siguiente.

Yo era empleado de un comerciante de la Habana.

La madre del comerciante habia enfermado y los médicos la aconsejaron las aguas sulfurosas de la aldea.

El comerciante llevó á su madre á los baños y quiso que yo los acompañase á la aldea.—¡Ojalá yo no hubiera ido!....

Al veros partir yo lloraba, y hacìa bien en llorar porque Angelina pérfida, perjura y desleal, olvidó sus protestas de apasionado cariño, y profanó su voto solemnemente empeñado en el religioso silencio de una noche de amor y al resplandor de la luna y de las estrellas.

Sî, apénas Angelina regresó al valle natal, ingrata y crüel, arrancó de su corazon la imájen de su novio, y se acercó al altar admitiendo por esposo á un hombre que no era Arturo. Entretanto, Arturo habia quedado eu ls aldea de los baños calientes solo con su amor y su tristeza pero lleno de santa esperanza, y confiando en las promesas de amor y

en él voto solemne de la vírjen que amaba con pasion deliciosa.

La madre del comerciante empeoró súbitamente, y el retorno á la Habana fué rápido. Entónces la enferma quiso morir en su país, y con celeridad asombrosa se hicieron los preparativos de viaje. Arturo tenía que acompañar á la madre y al hijo porque así era el deseo de la moribunda.

Arturo quiso escribir á su novia, pero su novia no sabia leer. Arturo quiso despedirse de su novia, pero para ir de la Habana á ese valle es preciso emplear cuatro dias de viaje, y el desgraciado amante no tenía tiempo para hacer su viaje de despedida, porque al tercer dia de su llegada á la capital, un vapor dejando flotar en los aires los negros y ondulantes penachos del humo, alejaba de las costas de Cuba al comerciante, á la enferma y al novio de Angelina, llevándolos con rumbo hácia Francia, pátria de la enferma.

Los que saben amar, señora, los que aman de veras, comprenderán el dolor de Arturo al abandonar á su pátria y á su novia, sin despedirse de la vírjen de sus primeros amores.

A los ocho meses de haber llegado á Francia murió la enferma pidiendo á su hijo permaneciese en el suelo francés durante el año de luto, y Arturo tuvo que acompañar á su protector, ahogando en su pecho los gritos de desesperacion que lanzaba su alma torturada al llorar la ausencia de la pátria y de la amante.

Y el desgraciado jóven no tenía mas que un consuelo: el pañuelo que Angelina habia dejado caer junto al puente la mañana que partió de la aldea para su valle natal, pañuelo que un dia habia sido humedecido por las lágrimas de la amante y que luego fué siempre humedecido por las lágrimas del novio infortunado.

Pasó el año de luto, y Arturo volvió

á las playas natales. Los que saben amar la pátria, los que aman de veras la tierra en que han nacido, comprenderán la alegrìa purísima del desterrado al pisar las costas del paìs de sus primeras impresiones.

Apénas Arturo saludó los bosques del patrio suelo, corrió á la aldea de los baños minerales, y de allí al valle en que Angelina vivia.

Llegó á la entrada del valle en una mañana de estío en que la naturaleza abrasada por el calor parecia jadear. El jóven pidió un vaso de agua á la puerta de una casita de guano, donde se le brindó esa hospitalidad singular que distingue á los campesinos cubanos: trabó conversacion con el pacífico habitante de aquella cabaña y supo que Angelina era esposa y madre. ¡Angelina esposa y madre! ¡Oh! No hay dolor comparable al suyo. Quiso morir, y huyó de aquel valle. Su desesperacion fué tan estrema que pensó en el suicidio, y tuvo

lástima de la mujer que lo habia engañado.

Llegó á la Habana, y su frente estuvo reclinada durante tres meses en la almohada del lecho de las enfermedades. Convaleciente aún, y ántes de buscar la muerte, quiso ver por última vez la mujer que amaba con amor entusiasta y eterno, y ha venido pálido, loco, casi sin fuerzas, destrozado por el mas grande de los dolores, á daros su último adios.

Sì, Angelina, estoy aquì para darte mi último adios á orillas de mi tumba, y para devolverte el pañuelo que empapado de tus lágrimas dejaste caer junto al puente en cuyo muro me hallaba yo sentado la mañana que partiste de la aldea para tu valle natal, precioso pañuelo que desde entónces ha enjugado mis lágrimas en tierra extranjera.

Y Arturo pronunció estas últimas palabras con lábio balbuciente y lágrimas en los ojos.

CAPÍTULO III.

—Si habéis concluido, señor, ahora soy yo la que debo hablar, si permitís que mi corazon os revele la historia de sus dolores.

Así dijo Angelina, y despues de un instante de silencio, refirió episodio por episodio, sin ocultar el detalle mas insignificante, la dolorosa novela de su vida.

Refirió su llégada al valle natal; su dolor al sorprender el amor en los ojos de D. Antonio; la muerte de su padre; las últimas palabras del moribundo; su promesa; sus secretos pesares; sus lágrimas; sus gemidos; sus horas de soledad; sus noches de cruel insomnio; su tormento al mostrar la vida en los lábios cuando llevaba la muerte en el corazon; su angustia silenciosa al manifestar en su semblante una tranquilidad que erraba léjos de su alma; la conver-

sacion sostenida con su madre al pié de la higuera; sus estremecimientos al ceñirse la corona nupcial y el velo de las desposadas; su sacrificio; su desmayo junto al altar; el delirio de su enfermedad; su horror al creer que su marido habìa descubierto su secreto; los golpes que sintiera en el corazon al sentir los pasos del médico á quien engañó como habìa engañado al esposo; la inocente estratagema de que se valiera para no beber un medicamento de que no tenía necesidad; la enfermedad de María; su espanto al oir el nombre de Arturo pronunciado por la enferma en su delirio; su sufrimiento profundísimo ante el cadáver de su madre cuya muerte había ocasionado; sus palabras reveladoras escapadas de su corazon en los arrebatos de su dolor; su desesperacion al contemplar la inutilidad de su sacrificio; la confidencia con su marido; sus deseos de complacer al hombre generoso á quien tanto debía; sus paseos melancó-

licos á la caida de la tarde; la mezcla singular de alegría y tristeza que sintió al ser madre; y por último sus recuerdos consagrados al jóven que abama con amor inmortal.

¡Cuánta ternura, cuántas lágrimas, cuántos sollozos, cuánto infortunio en aquella narracion triste como la flor de los sepulcros que á la sombra de un sáuce y al borde de una tumba solitaria se entreabre lánguida á la caida de una tarde melancólica de otoño!

Y miéntras Angelina hablaba con voz turbada por la emocion, Arturo sollozaba, lloraba, y repetía una y otra vez:

—¡Perdon, perdon, oh Angelina! Perdon ¡oh la mas desgraciada de las amantes! ¡oh la mas noble de las hijas! perdon, sublime víctima, heróica mujer! Perdona á mi corazon si fué duro y cruel contigo! perdona á mi lábio si te llamó ingrata, perjura, desleal! Piedad, piedad para mí ¡oh la mas desgraciada de las amantes! oh la mas noble de las hijas!

CAPITULO IV.

Apénas Angelina hubo concluido su narracion, abrióse la puerta del aposento, en cuyo umbral se presentó D. Antonio pálido, con la frente llena de sombría magestad y las huellas de las lágrimas en las megillas.

Arturo reconoció á aquel hombre sin haberlo visto jamás, y en el primer instante no pudo reprimir un movimiento de celos; pero al notar su palidez, su frente llena de majestad y las huellas de las lágrimas en sus mejillas, sintió hácia Don Antonio un impulso de simpatía invencible, y se acercó á él.—Siempre simpatizan las almas grandes: siempre se aproximan los corazones magnánimos.

—Perdóname! gritó Angelina arrojándose en brazos de su esposo.

—Todo lo he oido,—esclamó D. Antonio con voz temblorosa.—Todo lo he oido y he llorado como ha llorado Arturo, y como Arturo he bendecido tu

grandeza de alma, he admirado tu sublime sacrificio.

—Perdóname,—repitió la jóven ocultando su semblante en el pecho de su marido.

—Yo soy el que debo pedirte perdon, —balbuceó Don Antonio abrazando á la madre de su hijo.

Y uniendo las manos de Arturo y de Angelina, añadió con esa espresion de hermosura y grandiosidad que se advierte en el semblante de las almas llenas de abnegacion.

—Perdon, amigos mios, perdon si os he hecho desgraciados. Yo me he interpuesto en vuestro camino, y he separado dos corazones que han nacido para amarse y para estar unidos eternamente. Perdon otra vez! Os he herido mortalmente, pero mi mano está inocente porque no sabía que hería dos corazones enamorados.

Y sonriendo tristemente, añadió, dirijiéndose al jóven:

—He oido tus últimas palabras, Arturo, y he comprendido su terrible significacion. No, desgraciado jóven, tú no debes morir, y mi tumba será el altar de vuestros desposorios.

Arturo y Angelina se estremecieron al comprender la terrible significacion de estas palabras, y se arrojaron en los brazos del hidalgo campesino.

Y aquellas tres almas, magnánimas, sublimes, admirables por su grandeza y abnegacion, se confundiron en un solo abrazo; y aquellos tres corazones nobles, heróicos, impulsados por un mismo sentimiento, mezclaron sus lágrimas santas y dulces.

—El dolor nos mata y es preciso que nos aislemos,—murmuró Don Antonio. —Angelina, recójete con nuestro hijo, y tú, Arturo, mi tierno amigo, mi noble hermano, ven y sígueme. Ya es la noche, y no puedes regresar. Ven, y busca en el sueño bálsamo reparador á tu espíritu agitado.

Y así diciendo, hizo entrar al jóven en el aposento desde donde habia oido, trémulo, llorando, y destrozado por la mas cruel angustia, la novela de los amores de Arturo y Angelina.

—Hasta mañana,—murmuró D. Antonio sonriendo con amarga melancolía.

—Hasta mañana,—dijo Arturo siguiendo tristemente con la vista á aquel hombre tan generoso y tan desgraciado.

CAPÍTULO V.

Don Antonio entró en el aposento situado frente al que ocupaba Arturo, cerró la puerta, y cayendo casi anonadado sobre una silla, dió espansion á sus lágrimas y á sus sollozos.

Lloró como lloran las almas destrozadas por los grandes infortunios: gimió como gimen los corazones que no encuentran consuelo en ningun ángulo del mundo. !Cómo pintar aquel sufrimiento infinito, los desgarramientos de aquel

corazon tan noble y tan desgraciado!

Reinaba un silencio semejante al del desierto: ni apénas se oía el murmullo del lastimero arroyuelo del huertecillo. Era el silencio de la muerte.

Aquellos campos con sus cabañas y sus árboles poblados de insectos de luz, parecían las tumbas de mármol blanco, los bosquecillos de sáuces y cipreses, y los fuegos fátuos y errantes de un vasto cementerio.

D. Antonio sentía que le faltaba aire para respirar. Abrió la ventana, derramó sus miradas por aquella soledad, y contempló su jardin, sus majestuosos árboles, y la grandeza de la poesía de aquel magnìfico panorama.

El cielo, azul y sereno, despejado y trasparente, estaba rociado de estrellas que tililaban con temblorosos y suaves resplandores.—Qué noche tan tranquila qué calma tan apacible!

D. Antonio siguió llorando, y deseó morir en aquel momento, allí mismo, en

aquella casita que en la víspera de sus bodas habìa considerado como un nido de amores, y que en aquellos momentos se trocaba para él en sombría tumba.

El canto del gallo anunció la media noche. Oyóse entónces un leve ruido semejante al que producen las hojas secas al ser holladas por los piés.

D. Antonio nada oyó, ni tampoco vió una sombra que se deslizaba cautelosamente ocultándose entre las sombras de los árboles.

Las horas pasaban y D. Antonio seguía tan profundamente ensimismado en su dolor, que á no ser por sus lágrimas y sus sollozos se le habría considerado cadáver.

Muy adelantada ya la noche, D. Antonio cerró la ventana, sentóse ante su mesa de escribir y su mano trémula trazó estas palabras:

" Mi vida, Arturo, es un obstáculo para tu ventura. Siendo tu felicidad la felicidad de Angelina, debo sacrificarme

por el ángel que amo, y mi muerte sera la prueba mas grande de mi amor. Sí, debo sacrificarme en holocausto de la ventura de dos corazones que nacieron para amarse, y que yo, inocente, he separado cruelmente. Angelina hizo un sacrificio uniéndose á mí....Tócame ahora hacer otro sacrificio separándome de ella....Las grandes acciones deben imitarse. Voy a morir, pero quiero morir, no con muerte vulgar, sino defendiendo algo grande, algo heróico, algo útil a la humanidad.

"En los Estados-Unidos ha estallado una guerra formidable que tiene por objeto elevar la condicion del hombre. Allì se lucha por la libertad de cuatro millones de ésclávos. Voy a trocar el arado del sencillo labrador por el fusil del soldado de la civilizacion: hallaré en esos campos de batalla la muerte que busco, y mi sangre no sera inútilmente derramada porque la sangre de los mártires nunca es estéril.

"Parto ahora mismo: voy á emprender mi primera jornada á la luz de las estrellas que tantas veces alumbraron mis noches de amor, y en el silencio de la madrugada que despierta en mi alma ecos de melancolía.

"Voy a partir, pero no quiero alejarme de estos lugares tan queridos a mi corazon y donde pensé vivir hasta la ancianidad, sin hacerte ¡oh dulce amigo de mi dulce amiga! una peticion que parte directamente de lo mas ìntimo de mi alma dolorida.—Ahí, en esa cuna, que es mi delicia, mi tesoro, duerme un niño, y ese niño hermoso como su madre, hermoso como tu Angelina, es hijo mio, es un pedazo de mi corazon. Adóptalo como si fuese tuyo, oh amigo mio! Es un padre, Arturo, y un padre amantìsimo, el que así te suplica: es un padre, y un padre próximo á morir, el que te confia su hijo. No olvides que ese niño es hijo de tu Angelina y del hombre que muere sacrificándose por la fe-

licidad de la mujer que amas. Adios, adios otra vez. Muero sonriendo, porque mi muerte es la felicidad para tí y para Angelina; es la mas bella ofrenda de mi desgracia, el tributo mas hermoso de mi pesar.

" Una pobre flor para mi tumba: una piadosa lágrima á mi memoria.—Adios, parto solitario y sin consuelo. Adios por última vez. "

Escrita esta carta, cerróla llorando y prorrumpiendo en gemidos y en sollozos como si cerrase la tumba de sus ensueños de amor.

Abrió la puerta de su cuarto, dirigióse lentamente al aposento en que dormìa Arturo, entró sin hacer ruido, y llevándose una mano al pecho para comprimir las violentas palpitaciones de su corazon, puso sobre la mesa la carta que habia escrito, última página de su vida, pero la mas bella, la mas admirable de las páginas de su sencilla historia.

Las lágrimas que empañaban sus ojos no le dejaron ver otra carta que se hallaba sobre la misma mesa, y que otra mano habia puesto allí.....—Si hubiera visto aquella, si la hubiera leido, habría cambiado su resolucion......

Salió del aposento sollozando, abrió la puerta que caía al huertecillo, atravesó la calle de mangos temblando como si tuviese calentura, y se dirigió lentamente al camino real.

Abandonaba su casa, su esposa, su hijo, para buscar el aislamiento, la orfandad, el desamparo, la muerte. El sacrificio de su vida era la flor mas triste pero mas bella que podía colocar en el altar en que, despues de su muerte, sancionaria Dios solemnemente el enlace nupcial de Arturo y Angelina, altar ¡ay! que sería alumbrado por las teas funerarias y el vapor fosfórico de las exhalaciones de su tumba.

—¡Oh no! exclamó súbitamente.—No puedo irme sin dar á mi hijo mi últi-

mo beso, sin ver á mi Angelina por última vez.

Rebosando amargura, desandó lo andado, y se detuvo junto á la puerta del cuarto en que dormìa Angelina.—No se oía ruido alguno: percibíase tan sólo el chisporreteo de la lámpara y el movimiento monótono del reloj. D. Antonio entró y se acercó suavemente á la cuna.—La lamparilla alumbraba con débil claridad en un ángulo de la silenciosa habitacion.

Su hijo dormía ese sueño profundo y delicioso que es el sueño de la inocencia y de la paz del alma. D. Antonio se inclinó, besó las mejillas del niño, y su corazón de padre se oprimió fuertemente al dar su último beso al hijo que abandonaba para siempre.

Miró luego á su esposa y sus párpados se inundaron de lágrimas.—Angelina dormía, pero su sueño era intranquilo. Estremecìase á cada instante, y su anhelosa respiracion levantaba por

intérvalos los globos de su pecho.—¡Pobre D. Antonio! hubiera querido morir allí, junto á la cuna de su hijo y á los piés del lecho de la madre de su hijo.

Cerró los ojos, salió maquinalmente de la habitacion donde quedaba toda su vida, y se dirijió con paso precipitado al camino real.

La luna salía en aquel momento sobre el platanal alumbrando con sus primeros rayos la blanca casita.

D. Antonio se arrodilló, y, estendiendo los brazos hácia su hogar, esclamó llorando:

—Adios, lugares de mi nacimiento donde pensé morir en mi ancianidad con la muerte tranquila y apacible del que siempre blasonó de leal y honrado. Adios, pobre hijo mio! perdóname si te abandono en la tierra, pero yo te seguiré desde él cielo: mi sombra te acompañará toda la vida. Adios, pobre Angelina mia, á quien hice desgraciada pero á la que devuelvo la felicidad que sin sa-

berlo le arrebaté. Mi muerte es la prueba mas grande de mi amor. Qué me importa la vida si la sacrifico por tu ventura....? Adios, pobre Arturo, á quien hice desgraciado pero al que tambien devuelvo la felicidad que sin saberlo tambien le arrebaté. Adios, mis mansos bueyes, mi caballo favorito, mis cándidas palomas. Adios, flores que yo mismo he cultivado para adornar la cuna de mi hijo y las trenzas de la amada de mi corazon. Adios, árboles queridos que mi padre sembró y cuyas sombras fueron testigos de mis espansivas alegrìas de niño. Adios, luna de mi patria que te alzas pálida y triste para alumbrar mi partida. Adios, cielo que me viste nacer y que no me verás morir entre mis palmares y mis cafetos. Adios, sol que alumbraste mi cuna y que alumbrarás mi cadáver en playa estranjera. Adios, Angelina! acuérdate del que tanto te amó, no olvides al que muere por tí: acércate alguna vez al borde de

mi tumba y besa triste y solitaria la yerba de mi sepulcro: pronuncia alguna vez el nombre del desgraciado que va á morir pronunciando tu nombre; pero que mi recuerdo no amargue la miel de tu ventura. ¡Sé feliz, oh Angelina, miéntras yo muero.... Adios, hijo mio! Adios, por última vez....

Dijo, y partió solitario y sin consuelo.

CAPÍTULO VI.

Arturo no pudo buscar en el sueño bálsamo reparador á su espíritu agitado. Ni siquiera intentó cerrar los párpados. Las violentas emociones de aquella entrevista que tan profundamente habian conmovido todas las fibras de su organizacion, alejaban el sueño de sus ojos cuyo esmalte empañaban las lágrimas, y cuyas pupilas reflejaban el brillo de la calentura.

Sentado en la orilla del lecho se en-

tregó á los trasportes de sus pesares, y lloró como lloran las almas destrozadas por los grandes infortunios, y gimió como gimen los corazones que no encuentran consuelo en ningun ángulo del mundo.—¡Oh! Cómo pintar aquel sufrimiento infinito! cómo comunicar al lector las emociones profundamente desgarradoras de aquel corazon tan infortunado! ¡Ay! la palabra, aun usada por las grandes inteligencias, es imperfecta para reproducir las grandes emociones.

A la luz de la lámpara escribió esta carta que empaparon sus lágrimas.

"Recibe mi último adios ¡oh desgraciado amigo mio! oh el mas noble de los hombres! oh generoso protector de los padres de Angelina! El santo lazo que te une á mi Angelina la muerte tan solo puede desatarlo, y tú eres muy jóven aun para morir. Vive, y el tiempo y la resignacion cauterizarán tus heridas y las heridas de mi Angelina. Vive, y goza la felicidad de que tan digno

eres. Vive, y que la ventura te sea propicia.... ¡Prometo solemnemente no volver á estos lugares: prometo no ver á Angelina porque es casada.

"Renuncio para siempre á Angelina porque es necesario que renuncie, porque para que Angelina sea mia es preciso que tú seas cadáver, y el altar de nuestro matrimonio seria entónces una tumba, la tumba del mas generoso de los hombres. Pero no! mi labio mintió: yo no puedo renunciar á la mujer que amo con amor inmortal: yo seguiré amándola como hasta aquì aunque viva muriendo: desde léjos le consagraré una adoracion muda, resignada, purìsima, inmaculada. Mi amor no tiene nada de terrenal: desde léjos la amaré como el Petrarca amó á Laura.

"Aunque hay dolores que matan, confio en Dios que el tiempo y la resignacion cauterizarán tambien mis heridas; pero para calmar los primeros trasportes de mi sufrimiento necesito emociones violentas.

"El estruendo del cañon resuena en los campos de los Estados-Unidos. Voy á ocupar un puesto entre esos soldados que quieren elevar la condicion del hombre. Tal vez encuentre la muerte.... Entónces ¡oh, amigo mio! desde el cielo mi alma participará de las alegrías y de los dolores de mi Angelina.... Recibe mi último adios lleno de lágrimas.

"Y moriré sin duda alguna porque veo reflejar en mi frente ese no se qué sombrìo y profundamente melancólico que distingue á los corazones destinados á morir temprano, porque mi alma que vino al mundo tan solo para sufrir, me dice que mi muerte está próxima.

"Pero ántes de morir, perdóname ¡oh, amigo mio! porque he cometido una gran falta. Angelina siempre me amó, y su pasion era un secreto, un misterio. Al verla padecer, tú padecías, pero ignorabas la terrible verdad. Yo he descubierto ese secreto, yo he revelado ese misterio, y te he clavado un puñal, y te

he hecho el más infeliz de los hombres. Mis mismos lábios te han dado á conocer mi amor desgraciado, mi mano te ha herido mortalmente. ¡Oh! por qué he venido aquí! por qué he sido tan cruel! por qué te he hecho ver la terrible verdad que desconocías! Este remordimiento me acompañará á la tumba; es la única sombra que empaña mi conciencia.

"Yo nunca debí haber llegado hasta este valle, pero ay! mi dolor exaltado no me dejaba reflexionar, y ántes de morir quise dar á Angelina mi último adios y devolverle el pañuelo empapado de lágrimas que me diera un dia. Yo conservo aún ese pañuelo con que enjugo los lágrimas que derramo aquì, en tu casa, en la misma casa en que ella vive, y lo conservaré hasta que, empapado con la sangre de mis heridas, lo llevé á mis lábios para que recoja mi último suspiro."

Escrita la carta cerróla llorando como

si cerrase la tumba de sus ensueños de amor.

Apagó la lámpara y rodeóle la oscuridad, la oscuridad sombría del helado sepulcro. Creyó entónces que la luz de su vida se apagaba, que le rodeaban las tinieblas de la muerte.

Levantóse, abrió la puerta y se detuvo en el umbral para llorar otra vez. Dió luego algunos pasos y se arrodilló en el cento de la sala, llorando y llevándose el pañuelo á la boca para reprimir sus sollozos, el mismo pañuelo que Angelina le había dado un dia empapado de las santas y suaves lágrimas del amor santo y suave. Aquel jóven, hermoso en su desgracia, próximo á alejarse para siempre del ángel de sus primeros y últimos amores, próximo á morir en playa extranjera defendiendo la causa de la humanidad; aquel jóven, bello y admirable en su infortunio, arrodillado en el centro de la sala de una casita perdida entre montañas, llorando y gimien-

do solitario en el silencio religioso de la noche, en la soledad augusta de los campos, ofrecía uno de los cuadros más desoladores, más simpáticos y más tristes que pueden presentarse á la fantasía del poeta y del pintor inspirado.

El canto del gallo anunció la media noche.

Arturo se levantó, abrió la puerta que caía al huertecillo, y se deslizó cautelosamente como una sombra entre las sombras de los árboles temiendo que el ruido de las hojas holladas por sus piés descubriesen su huida.

Al llegar al camino real se detuvo para contemplar por última vez aquella casita donde dejaba su vida, su corazon, y entónces vió á D. Antonio asomado á la ventana llorando solitario en el silencio de la noche y á la luz de las estrellas.

—Llora, ¡oh el más noble de los hombres!—murmuró Arturo llorando tambien.—Llora, pero tus lágrimas serán

pronto enjugadas. Mañana, al alumbrar el sol estos campos, la tranquilidad se deslizará en tu generoso corazon que yo te he rasgado cruelmente. Sí, la tranquilidad se deslizará en tu corazon, porque en mi carta recibirás mi último adios y la palabra de un hombre honrado tan solemnemente empeñada, en ningun tiempo puede quebrantarse ni profanarse. Adios, ¡oh Angelina! tu amor me acuesta en la tumba, pero me es tan dulce la muerte! me es tan delicioso el último sueño, el sueño de la eternidad!.... Adios,.... yo moriré pronunciando tu nombre!

Dijo, y llorando, partió solitario y sin consuelo.

CAPÍTULO VII.

Al entrar D. Antonio en el cuarto de Arturo ya hacía una hora que el amante de Angelina había partido.

Una hora tan solo los separaba! Una

hora tan solo decidia del porvenir de aquellos dos hidalgos corazones!

Marido y amante habían partido por un mismo camino sin encontrarse una sola vez, y habían partido para morir ignorados porque ámbos pertenecían á esa raza de heroes y mártires desconocidos para quienes el mundo no tiene un recuerdo. Ay! cuántos mártires mueren ignorados! cuántos héroes mueren desconocidos!

Aquellas dos cartas dictadas por el más amargo de los dolores fueron leidas por Angelina.....

Ya el sol estaba sobre el horizonte cuando la desgraciada jóven, asustada del silencio que reinaba en la casa y arrastrada por secreto impulso, llamó á Abebì para preguntar por el marido y por el amante.

Abebí se presentó llevando las dos cartas que había visto sobre la mesa miéntras barría el cuarto donde Arturo pasára una parte de la noche.

Angelina, estremecida, helada de espanto, leyó las dos cartas, sin exhalar un grito, ni una queja, ni un lamento. Ay! aquel corazon que siempre habìa rebosado de ternura y sensibilidad, parecía muerto, seco, marchito. Habìa sufrido tanto que su sensibilidad estaba embotada. Una sonrisa siniestra alteró el arco airoso de su boca. Miro á su hijo y esclamó con acento indefinible:

—Todavía debo vivir muriendo! No te puedo abandonar porque eres muy niño aún. Debo sacrificarme por tì! Soy madre y te pertenezco.

LIBRO V.

CAPITULO I.

Angelina moría lentamente. Pasaba las noches en doloroso insomnio entregada á los amargos trasportes de su infortunio.

Sus ojos adormidos, su frente pálida,

sus lábios marchitos y sin frescura, y su sonrisa melancólica, inspiraban la lástima y simpatìas de todos.

Angelina se moría y no se quejaba, y no lloraba. Parecía una estátua animada.

No era la jóven lozana y exhuberante de vida que conocimos el dia que regresó de la aldea de los baños calientes, era una sombra encantadora y vaporosa.

No hay palabras, no hay colores, no hay armonías para reproducir tal abatimiento, tal dolor, tal angustia.

- -

Pasó un mes.

CAPITULO II.

Una tarde, próximo el sol á trasponer el collado, Angelina se hallaba sentada junto á la cuna que el viento mecía bajo el follaje de un grupo de gimientes bambúes. Su hijo dormía: ella estaba entregada á un éxtasis doloroso.

La tarde era triste y sombría. La luna, de escaso disco, opaca, triste y sombría, se alzaba solitaria entre los penachos de las palmeras.

Los pastores regresaban á sus cabañas de palmas modulando las últimas y conmovedoras notas de las sentidas melodías de los campesinos cubanos.

Las campanas de los ingenios cantaban con voz funeraria la oración de la tarde, acento funeral que á esa hora de silencio misterioso y religiosa melancolía, nos anuncia siempre que nos hemos acercado un dia más á orillas de la tumba.

Una lechuza posada en el almendro dejaba oir sus siniestros y salvajes gritos.

Un hombre á caballo se detuvo á la entrada de la calle de mangos. Era el cartero del pueblo que todas las semanas se dirigía á aquel valle para entregar la correspondencia de D. Antonio.

Abebì corrió hácia el cartero, tomó el

paquete de periódicos, y dirigiéndose luego hácia el sitio donde se hallaba la madre y el hijo, sacó á Angelina de su éxtasis doloroso entregándole los periódicos.

Al abrir el paquete la desgraciada jóven sintió una impresion desconocida, un vértigo desconocido, una angustia desconocida. Sus ojos se fijaron maquinalmente en un diario, y leyeron estas líneas:

"En el hospital de sangre ha muerto esta mañana un bizarro soldado que, siempre temerario, se hallaba siempre en las mas encarnizadas batallas, allí donde el peligro era mas inminente y la muerte mas segura. Cuba es su pátria: Arturo su nombre. Murió besando un pañuelo que sus heridas habian empapado de fresca y humeante sangre: murió pronunciando con amorosa espresion el nombre de Angelina.—Una hoja de laurel para su frente helada: un rayo de gloria para su pátria: una lágri-

ma de simpatía para su novia: una siempreviva para la ignorada tumba del héroe desconocido que dió su vida para ayudar á arrancar de la esclavitad á cuatro millones de negros.

"Entre los héroes muertos en nuestros campos de batalla por elevar la condicion del hombre, lavando la mancha que empañaba nuestro pabellon, hemos contemplado con dolor el cadáver de un cubano que se ha distinguido por su denuedo, y cuyo nombre ignoramos. Veíasele siempre al frente de los soldados y en lo más crudo de la pelea. Sus compañeros de armas le seguian admirados, y cuando le preguntaban su nombre contestaba:—¿Qué os importa mi nombre? Mi pátria es la pátria de Plácido y Heredia.

"Cubierto de heridas, casi moribundo, peleaba aún con valor singular hasta que una bala enemiga mató su caballo. Entónces el caballero cayó sin vida so-

bre el noble corcel esclamando:—Angelina! mi tumba es el altar de tu felicidad."

—Tres veces asesina!—esclamó la infeliz jóven arrojando uno de esos gritos que parecen romper las fibras del corazon. He matado á mi madre! he matado á mi marido! he matado á mi primer amante! Tres veces asesina! Muera yo porque la tierra se estremece de horror al sentir el contacto de mis piés.

Y trémula, como el mármol fria, como un cadáver pálida, con la exaltacion de una loca, arrancó á su hijo de la cuna, y corriendo más ligera que el venado perseguido por el cazador, atravesó la calle de mangos, y siguió el camino real con rumbo hácia el rio.

Iba á arrojarse con su hijo en las aguas....

—¡Asesina otra vez! Oh! no, no!—esclamó súbitamente deteniéndose junto al remanso del rio.

Y dejando á su hijo sobre la yerba iba

á arrojarse sola en las aguas, pero se detuvo de nuevo al oir llorar al niño.

—Yo no puedo morir!—gritó precipitándose sobre la tierna criatura.—Yo me sacrifico por tí, hijo mio: ay! vivir otra vez es un sacrificio, el más grande de mis sacrificios.

—Perdon, perdon, ¡oh, Dios mio!—añadió elevando los ojos al cielo.—Perdon, porque iba á cometer un crímen! Viviré todavía. Cúmplase tu voluntad! Viviré muriendo....!

Y tomando al niño en sus brazos, descubrió su pecho helado para hacer callar á su hijo, é inclinando la frente agobiada por tantos sufrimientos, se dirigió lentamente á su solitaria casita.

CAPITULO III.

Ay! El pobre niño no bebió el agua de la vida sino el néctar de la muerte. La influencia de las impresiones morales de Angelina envenenaron su leche,

y aquel veneno corrompió la sangre de la tierna criatura.

El niño enfermó, y enfermó gravemente. Angelina sin llorar, sin quejarse, sin dormir, sonriendo con sonrisa indecible, se ocultó en su cuarto sin apartar de sus brazos ni un solo momento al hermoso pedazo de sus entrañas. Le hablaban y no respondía.

El niño murió. Entónces Angelina colocó el cadáver en la cuna, se dirijió al jardin, volvió cargada de flores y plantas aromáticas, y con aquellas flores y plantas aromáticas adornó los despojos mortales de su hijo.

En sus párpados no temblaba una lágrima, su corazon no exhalaba un gemido. Ay! aquellos ojos ya no podian llorar: habìan llorado tanto! ya las lágrimas no enturbiaban sus pupilas porque ya se habìan agotado aquellas fuentes de donde brotáran tantos cristalinos raudales de perlas líquidas. Aquel corazon ya no podía quejarse: se había quejado tanto!

Angelina se arrodilló junto á la cuna y ocultó su cara entre los piecesitos del niño.

Un pintor inspirado habría hecho inmortal su nombre copiando aquel grupo desolador formado por el cadáver de un niño y por una madre moribunda cuyo dolor inmenso, infinito, inenarrable, era mudo, paciente, resignado.

Cuando las jóvenes del valle se acercaron á la cuna para llevar al camposanto el cadáver del niño, prorrumpieron en un grito de dolor.—¡Angelina estaba muerta!



Errata notable.

En la página 109, línea 6, donde dice: "siendo Abebi la madrina,"—léase: siendo Angelina la madrina.





LOS CUCUYOS.

VEASE LA NOTA DEL TOMO TERCERO DE
LA CAMPANA DE LA TARDE
ó
VIVIR MURIENDO,
NOVELA CUBANA

POR

Julio Rosas.

—HABANA.—

IMPRENTA, "EL ALTAR DE GUTTENBERG."
1873.

ADVERTENCIA.

No puede reimprimirse sin autorizacion del autor de la novela.

LOS CUCUYOS.

I.

Los *cucuyos*,—que no se ven sino en las noches de verano, especialmente desde abril hasta junio,—pertenecen al género de los insectos *coleòpteros*, *pentámeros*, de la familia de los *serricornios*, compuesta de sesenta especies naturales de América.

Son del tamaño, color y forma del escarabajo: tiene seis patas. Su luz es tan clara como la de luna, luz debida al fósforo que contienen sus ojos.

Los *cucuyos*, fuegos artificiales de la naturaleza, brillan como fuegos fátuos y parecen estrellas errantes.

Las cubanas se adornan con estos insectos el peinado, el seno, el pañuelo de mano, y las orlas de sus vestidos de muselina y de gasa.

Los *cucuyos* son un recurso precioso para los novios pues las jóvenes, alumbradas por el brillo fosfórico de estos insectos encerrados en un vaso de cristal ó en una jaulita de alambre, pueden leer furtivamente, en la soledad de sus aposentos, las cartas de sus amantes.

Seis especies de *cucuyos* cuenta el sábio cubano Tranquilino Sandálio de Noda: todas son bellas, muy curiosas; y abundantes en todos los campos de Cuba.

II.

Eláter es el nombre que dió al *cucuyo* el gran Linneo, el inmortal naturalista sueco.

Linneo, nacido en 1707 y muerto en 1778, era hijo de un pobre cura de aldea, y tuvo mucho tiempo que luchar

contra la miseria. Estaba de aprendiz en casa de un zapatero, cuando un médico, amigo de su familia, conoció su buena disposicion para el estudio y le proporcionó los medios necesarios al objeto.

Hé aquí porque el célebre botánico sueco Cárlos Linneo dió al *cucuyo* el nombre *eláter*, palabra griega que significa *elástico*.

Cuando el *cucuyo* cae boca arriba, no puede levantarse del suelo á causa de la cortedad de sus álas y patas. Entónces hace esfuerzos para recobrar su posicion natural. Entreabre una y otra vez su *corselete* ó *coselete* dejando ver en el interior de su abdómen una franja luminosa cuyo brillo fosfórico aumenta ó disminuye á su antojo.

El *cucuyo* para levantarse se vale de este ingenioso mecanismo:—Su cuerpo, acostado sobre el lomo ó espalda, hace un brusco movimiento, y entónces se arquea apoyándose por la cabeza y la

estremidad del abdómen. Por medio de una violenta sacudida introduce la punta en que termina su pecho, en la cavidad que tiene debajo del segundo par de patas. Al mismo tiempo el lomo viene á chocar con fuerza sobre el plano de apoyo, y por reaccion, el *cucuyo*, como movido por un resorte, salta en el aire produciendo un golpe seco, cae sobre sus patas, despliega sus álas después de haber dado la voltereta, y echa á volar.

Todo esto es instantáneo, rapidísimo, y como á veces no logra su objeto, recomienza su maniobra hasta que consigue levantarse.

III.

Los *cucuyos*, llamados *escarabajos de resorte* por el salto que dán cuando vueltos sobre la espalda quieren volverse sobre las patas, se conocen tambien con el nombre de *piróforos nocturnos*.

Piróforo, palabra griega que significa

portaluz, *que lleva luz*, es el nombre que daban antiguamente á ciertos individuos que marchaban á la cabeza de los ejércitos griegos y persas, llevando en la mano vasos llenos de fuego como el símbolo de una cosa sagrada. Los *piróforos* daban la señal de combate, y eran respetados por los enemigos que consideraban como un sacrificio el atacarlos.

Los *piróferos* nocturnos, como los gusanos de luz que se llaman *lucernas* ó *luciérnagas* porque brillan durante la noche, son notables por su fosforescencia, siendo más intenso ese vivo resplandor fosforescente en el *cucuyo*, insecto orijinario de la América meridional.

IV.

Cucuyera es el nombre de las jáulas donde se guardan los *cucuyos*. Unas son de alambre, otras de calabaza, limpias interiormente, y agujereadas; otras de *güira* tambien limpia y con muchos

agujeros, y otras formadas con las varillas de las *pencas* de palmas.

V.

Los *cucuyos*, durante las noches de verano, ofrecen uno de los espectáculos más curiosos que pueden verse, pues el cielo se halla iluminado de estrellitas errantes, de fujitiva centellas, lucesillas aéreas del más entantador efecto.

Prodigiosa entónces es la mágia de las iluminaciones nocturnas de estos insectos brillantes que esparcidos por millares en el aire forman fantásticos arabescos, caprichos de luz, laberintos de fuego.

VI.

—"Los *cucuyos*,—dice el sábio y laborioso Estéban Pichardo,—tienen tres luces fosfóricas; dos discos detrás de los ojos y una en el vientre cuando le abre pocas veces.

"Al oscurecer,—añade el distinguido geógrafo,—empiezan los *cucuyos* á cruzarse en direcciones inconstantes y se aproximan á las poblaciones pareciendo estrellas volantes. Si duermen ó se consideran perseguidos cubren sus luces con unas membranas opacas: la caña dulce y la lumbre los atraen; se alegran echándolos un rato en agua: sirven de adorno, recreo y luz, conservándose en *cucuyeras*, ó en cañutos de caña ahuecados; pero privados de su libertad y manoseados ó lastimados, van eclipsándose hasta morir, cuando no sean sorprendidos por el *majá* ó el *jubo* que sutilmente se aproximan guiados por sus propias luces."

VII.

—El célebre sábio aleman Alejandro Humbolt en su *Viaje fuera de la Habana* dice:

"En el camino nos llamó singularmente la atencion un espectáculo con el que

dos años de residencia en la parte más cálida de los trópicos debiera habernos familiarizado. En ninguna otra parte he visto tan innumerable cantidad de insectos fosforecentes, porque las yerbas que cubren el suelo, las ramas y las hojas de los árboles, resplandecian con aquellas luces rojizas y móviles, cuya intensidad varía segun la voluntad de los animales que las producen, pareciendo que la bóveda estrellada del firmamento bajaba sobre la sabána ó pradera.

"En la casa de los habitantes más pobres del campo, quince *cucuyos*, puestos en una calabaza agujereada, sirven para buscar objetos durante la noche. Basta sacudir con fuerza la calabaza para estimular al *cucuyo* á que aumente el brillo de los discos luminosos que tiene á cada lado de su *coselete*.

"El pueblo dice con una expresion verdadera y muy sencilla, que las calabazas llenas de *cucuyos* son unos faroles siempre encendidos, y, con efecto, no se apa-

gan sino por enfermedad ó muerte de los insectos que son fáciles de aumentar con un poco de caña de azúcar.

"Una jóven nos contaba en Trinidad de Cuba que durante una larga y penosa travesía á Tierra-Firme, habia sacado partido de la fosforescencia de los *cucuyos*, siempre que por la noche tenia que dar el pecho á su niño.—El Capitan del navío por temor de los corsarios no quiso que se encendiese otra luz á bordo.

VIII.

–"Los más célebres *cucuyos* ó *piróforos nocturnos*,–dice Mauricio Girard, presidente de la Sociedad Entomolójica de Francia,—abundan en la isla de Cuba, en la Guayana, y en el norte del Brasil.

"La luz de los *cucuyos* procede de dos manchas sobre los costados del *coselete* y tambien de los anillos del abdómen.

Esa luz es bastante viva para permitir leer á corta distancia, sobre todo reuniendo muchos individuos en una jaulita.

"Los indios se los atan á los dedos de los piés, para guiarse de noche en los senderos de los bosques. Los cojen balanceando en el aire carbones encendidos en la estremidad de un palo, lo cual prueba que la luz que esparce es para ellos una llamada.

"Se los encierra en jaulitas de alambre donde se los alimenta con pedacitos de caña de azúcar, bañándolos dos veces al dia. Este baño les es indispensable y reemplaza los rocíos de la mañaña y de la noche.

"Durante la noche se elevan por miles en los aires, al través de las ramas de los bosques.

"Estos insectos brillantes, que parecen esmeraldas y diamantes verdes con álas, sirven como alhajas vivas, por un

brillo superior al de las piedras preciosas.

"Se llenan con ellos saquitos de tul, que se disponen con gusto sobre los vestidos, en las noches de verano. A otros se les ata con un hilo, pasado entre el corselete y el abdómen, y los colocan en la cabeza de las jóvenes criollas."

IX.

—Hé aquí una cópia de lo que dice con respecto á esto Mr. Chanut:

"Estos insectos sirven de juguete á las jóvenes criollas de la Habana, donde se los llama *cucuyos*. Frecuentemente, por un gracioso capricho, los prenden en los pliegues de sus vestidos de muselina, que entónces parecen reflejar los rayos plateados de la luna ó bien los fijan en sus cabellos negros, peinado original que tiene un brillo májico. La permanencia de algunas horas en los cabellos ó en los pliegues del traje

de una dama, debe fatigar á estos pobres animalitos acostumbrados á la libertad de los bosques. La fatiga se traduce por la disminucion pasajera de la luz que emiten. Se los ajita ó incomoda, para que brillen.

"Al regreso de la tertulia, la dueña los cuida mucho, porque son en estremo delicados.—Primero los sumerje en una palangana ó en un vaso lleno de agua para refrescarlos, y luego los coloca en una jaulita, donde pasan la noche chupando el jugo de pedacitos de caña de azúcar. Mientras que se ajitan, brillan constantemente y entónces la jaulita, como una lamparilla viva, esparce una dulce claridad en la pieza.

"Las jóvenes criollas suelen llevar de noche los *cucuyos* dentro de un nudo de sus pañuelos de fina batista, y cuya luz viva aumentada por el movimiento, ha servido más de una ocasion, para leer furt vamente los caractéres queridos trazados con un lápiz sobre un pedazo de pa pel.

"Las larvas del cucuyo,—añade Girard,—se hallan en lo interior de los bosques, y esto esplica la sorpresa y espanto supersticioso de la poblacion del barrio de San Antonio en Parìs, cuando hácia la mitad del siglo decimo sesto, vió esparcirse una noche, por un taller, numerosos cucuyos salidos de unos trozos de madera de las islas."

POLVOS FEBRÍFUGOS

formulados por el Dr. Catalá.

—

Úsanse estos polvos para combatir las calenturas intermitentes.

BLACKINA

ó

TINTE DE AZABACHE

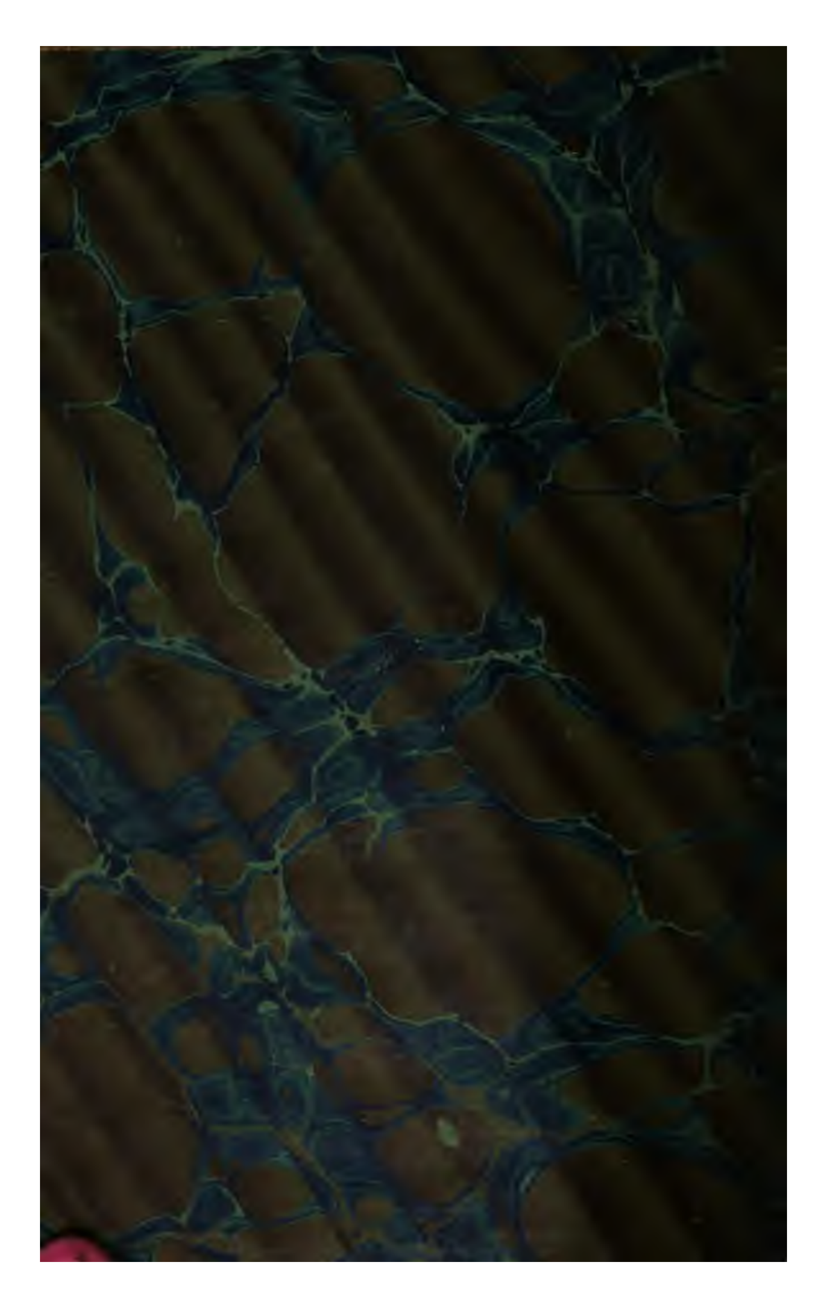
para teñir instantáneamente las canas.
No mancha el cutis ni es perjudicial al pelo.

MANTEQUILLA

preparada expresamente para sustituir al aceite de hígado de bacalao, sin alteracion, olor, ni sabor.

++++

Véndense en la botica de *Santo Domingo*, 27, Obispo, entre San Ignacio y Mercaderes.




3 2044 004 873 220